



CIUDADANÍAS EMERGENTES EN COLOMBIA

UNA PERSPECTIVA HUMANA



Fuente: <https://www.eltiempo.com/uploads/2018/06/22/5b2d18e1f0b9c.jpeg>



CIUDADANÍAS EMERGENTES EN COLOMBIA UNA PERSPECTIVA HUMANA

Autores:

Jeisson Tobías Rengifo,
director del Centro de Investigación y
Acción Psicosocial Comunitaria CIAPSC).

Tobías Rengifo Rengifo,
Universidad Surcolombiana;

Julián David Castañeda,
Corporación Universitaria Minuto de Dios -
UNIMINUTO.

Gloria Isabel Vargas Hurtado, directora
Zona Sur.

UNIVERSIDAD NACIONAL ABIERTA Y A DISTANCIA – UNAD

Jaime Alberto Leal Afanador

Rector

Constanza Abadía García

Vicerrectora académica y de investigación

Leonardo Yunda Perlaza

Vicerrector de medios y mediaciones pedagógicas

Edgar Guillermo Rodríguez Díaz

Vicerrector de servicios a aspirantes, estudiantes y egresados

Leonardo Evemeleth Sánchez Torres.

Vicerrector de relaciones intersistémicas e internacionales

Julialba Ángel Osorio

Vicerrectora de inclusión social para el desarrollo regional y la proyección comunitaria

Myriam Leonor Torres

Decana Escuela de Ciencias de la Salud

Clara Esperanza Pedraza Goyeneche

Decana Escuela de Ciencias de la Educación

Alba Luz Serrano Rubiano

Decana Escuela de Ciencias Jurídicas y Políticas

Martha Viviana Vargas Galindo

Decana Escuela de Ciencias Sociales, Artes y Humanidades

Claudio Camilo González Clavijo

Decano Escuela de Ciencias Básicas, Tecnología e Ingeniería

Jordano Salamanca Bastidas

Decano Escuela de Ciencias Agrícolas, Pecuarias y del Medio Ambiente

Sandra Rocío Mondragón

Decana Escuela de Ciencias Administrativas, Contables, Económicas y de Negocios

Ciudadanías emergentes en Colombia. Una perspectiva humana

Autores: Jeisson Tobías Rengifo Cuervo, Tobías Rengifo Rengifo, Julián David Castañeda, Gloria Isabel Vargas Hurtado

**321.8
R412**

Rengifo Cuervo, Jeisson Tobías

Ciudadanías emergentes en Colombia: una perspectiva humana/ Jeisson Tobías Rengifo Cuervo, Tobías Rengifo Rengifo, Julián David Castañeda ... [et al.] -- [1.a. ed.]. Bogotá: Sello Editorial UNAD /2023.

ISBN: 978-958-651-930-4

e-ISBN: 978-958-651-931-1

1. La crítica ciudadanía en Colombia 2. Participación ciudadana 3. Colonialismo 4. Violencia en Colombia 5. Formación ciudadana I. Rengifo Cuervo, Jeisson Tobías II. Rengifo Rengifo, Tobías III. Castañeda, Julián David IV. Vargas Hurtado, Gloria Isabel.

ISBN: 978-958-651-930-4

e-ISBN: 978-958-651-931-1

Escuela de Ciencias Sociales, Artes y Humanidades - ECSAH
Centro de Investigación y Acción Psicosocial Comunitaria - CIAPSC.

©Editorial
Sello Editorial UNAD
Universidad Nacional Abierta y a Distancia
Calle 14 sur No. 14-23
Bogotá, D.C.
Octubre de 2023.

Corrección de textos: Angie Sánchez

Diagramación: Olga L. Pedraza Rodríguez

Edición integral: Hipertexto - Netizen

Foto de Portada: https://farm1.static.flickr.com/217/498669705_fa7cd30f7e_o.jpg

Esta obra está bajo una licencia Creative Commons - Atribución – No comercial – Sin Derivar 4.0 internacional. https://co.creativecommons.org/?page_id=13.





CONTENIDO

PRÓLOGO	7
INTRODUCCIÓN	11
CAPÍTULO 1. Aproximación a una mirada crítica de la historia de la ciudadanía	19
CAPÍTULO 2. La antigüedad del Viejo Mundo y el origen de la ciudadanía	23
CAPÍTULO 3. Roma: de la ciudadanía política a la ciudadanía jurídica	29
CAPÍTULO 4. Medioevo: doble ciudadanía, es decir, ninguna ciudadanía	33
CAPÍTULO 5. Edad Moderna y Contemporánea: los derechos como protagonistas	37
CAPÍTULO 6. De la colonia al colonialismo y a la colonialidad	45
CAPÍTULO 7. La crítica ciudadanía en Colombia. Una mirada humana	51
CAPÍTULO 8. De la insurgencia obligada a la emergencia ciudadana	75
CAPÍTULO 9. La participación ciudadana como resistencia descolonizadora	97
CAPÍTULO 10. Participación: factores, necesidades y problemas	105
CAPÍTULO 11. Una apuesta humana por la ciudadanía: la dignidad humana	133
CAPÍTULO 12. Emergencias ciudadanas	139
CAPÍTULO 13. Aproximación a algunas reflexiones finales a manera de conclusiones	149
ANEXOS	153
REFERENCIAS	157



Fuente: <https://bogota.gov.co/sites/default/files/styles/1050px/public/2020-06/convocatoria-educacion-superior.jpg>.

PRÓLOGO

*“El lector tiene derecho, en primer lugar,
a exigir la claridad discursiva mediante conceptos”.*

Kant (2005).

“Ella, Manuelita, entendió tres décadas antes que el gobierno, la importancia de la educación escolar”. De esta manera narran los autores de este libro para mostrar la necesidad de una perspectiva humana de la ciudadanía, que trascienda el marco meramente legal o normativo como fundamento de la ciudadanía, e instale su cimiento en la dignidad de toda persona. En este libro los autores provocan la reflexión en torno a que es el ciudadano “de a pie” la razón de ser de la ciudadanía, su principal fuente, y no el Estado que, como lo demuestran, se ha quedado invocando el imperio de la fuerza imponiendo la razón violenta y la violencia de las armas para circunscribir en los intereses de cada gobierno los límites del ciudadano, al igual que sucedía en la antigua Roma con el cariz de cada emperador. Si el gobierno colombiano era conservador a los liberales se les menguaba su capacidad de ejercer la ciudadanía, y viceversa en los gobiernos liberales, llegando en algún momento al acuerdo que generó el llamado Frente Nacional, donde se determinó negar a la ciudadanía cualquier expresión política por fuera de este esquema bipartidista, con el pretexto de apaciguar la violencia, precisamente violentando el ejercicio de la ciudadanía. Es este contexto el que inspira, incita y excita la emergencia de nuevas ciudadanías desde la subversidad que reclama el derecho a la pluriversidad ciudadana en contra de la monolítica forma de ser ciudadano, circunscrita a los intereses del partido del gobierno o de quienes manejan el poder en el Estado.

La novedad de este libro consiste en mostrar la dignidad humana como fuente inspiradora de la ciudadanía, lo que allana el camino en las discusiones del derecho internacional y los tratados multilaterales para el reconocimiento de la ciudadanía cosmopolita o universal, y cómo la participación ciudadana, y su necesaria formación, puede ser el camino emergente. Que el derecho consulte la costumbre, pero que la costumbre llegue a ser reconocer la dignidad de todo ser humano como razón suficiente para que los Estados y gobiernos actúen en consecuencia. Escribía Cicerón (1987): *Consuetudinis magna vis est*, “grande es la fuerza de la costumbre” (p. 74). Esa costumbre que es reconocida también como fuente del derecho: ¿Cómo volver costumbre, es decir, ley la dignidad de todo ser humano como fundamento último y razón primera y suficiente para que el Estado y sus gobiernos desplieguen su poder y accionar en este reconocimiento? El ejercicio de la ciudadanía ha estado limitado a lo que la ley de cada Estado disponga y a lo que los gobiernos buenamente quieran hacer, supeditando los derechos

ciudadanos a otros intereses, casi siempre anteponiendo intereses económicos y de control político, desconociendo muchas veces que la ciudadanía, como lo dispone la Constitución Política de 1991, artículo 3, es poseedora de la soberanía. Por esta razón es que los autores de este libro plantean, como tesis de fondo, que la ciudadanía ha de fundamentarse en la dignidad humana, en la persona misma, ante la cual las leyes (nacionales y supranacionales), en reconocimiento de esa dignidad, deben garantizar el ejercicio de la ciudadanía.

La otra novedad de esta obra es la perspectiva humana, más que académica o conceptual, para plantear esta tesis de una ciudadanía con fundamentos originarios diferentes a la ley. Y es novedosa porque parte de narrativas generativas, de investigar historias y contarlas, en pro de hermenéuticas performativas y transformadoras de los relatos como punto de partida para la emergencia de nuevas ciudadanías cada vez más inclusivas. En tres historias narradas de sujetos reales, cruzadas por la violencia ejercida por los gobiernos de la época en que suceden los hechos, y teniendo como territorio principal los actuales departamentos del Tolima, Valle y Quindío, los autores van dejando entrever que fueron los gobiernos bipartidistas los que asfixiaron la vida de los campesinos hasta llevar a algunos de ellos a tener que tomar las armas como forma de sobrevivir, mientras que otros se desterritorializaron encontrando en la resiliencia y la resistencia pasiva nuevas maneras de poder seguir estando o sobreviviendo. Estas historias se convierten en los ejes de todo el libro, y es desde ellas desde las que se presenta una mirada crítica a toda la historia de la ciudadanía, especialmente del llamado mundo occidental y particularmente en Colombia.

Mirar críticamente la historia de la ciudadanía es revisar en lo acontecido la génesis de lo que acontece y podrá seguir aconteciendo. ¿La historia de la ciudadanía se agota en lo acaecido en Grecia, Roma, el Medioevo europeo, la época Moderna, con criterios exclusivamente eurocéntricos? O ¿es posible leer esa historia, revisarla desde un lugar de enunciación diferente al academicista, precisamente relatos de campesinos que luchan y sobreviven a la persecución del Estado, que debió garantizarles su existencia de manera digna? El recorrido histórico de la ciudadanía se presenta de manera magistral. Hay una idea recurrente de que a un ciudadano no le es suficiente tener una ciudadanía por nacimiento, sino que requiere de la educación para evitar la manipulación; a manera de ejemplo, el ejercicio de los derechos y deberes, nota constituyente de la ciudadanía, le demandará necesariamente una toma de consciencia de su ser como sujeto que se construye. Por eso, los autores hacen una contextualización más que pertinente sobre la aparición enrevesada de la ciudadanía en Colombia, con padecimientos para los más pobres, que son la mayoría, y altos costes sociales, políticos, económicos y culturales que acompañan al colombiano de a pie hasta el día de hoy. Este áspero y desigual camino de la ciudadanía en Colombia ha obligado a muchos colombianos a tener que abrirse

sendas insurgentes para tratar de construir nuevas maneras de ser ciudadano en el Estado que se niega a la inclusión; esto explica la necesaria resistencia y los labrados surcos de la violencia generados por tantos desconocimientos.

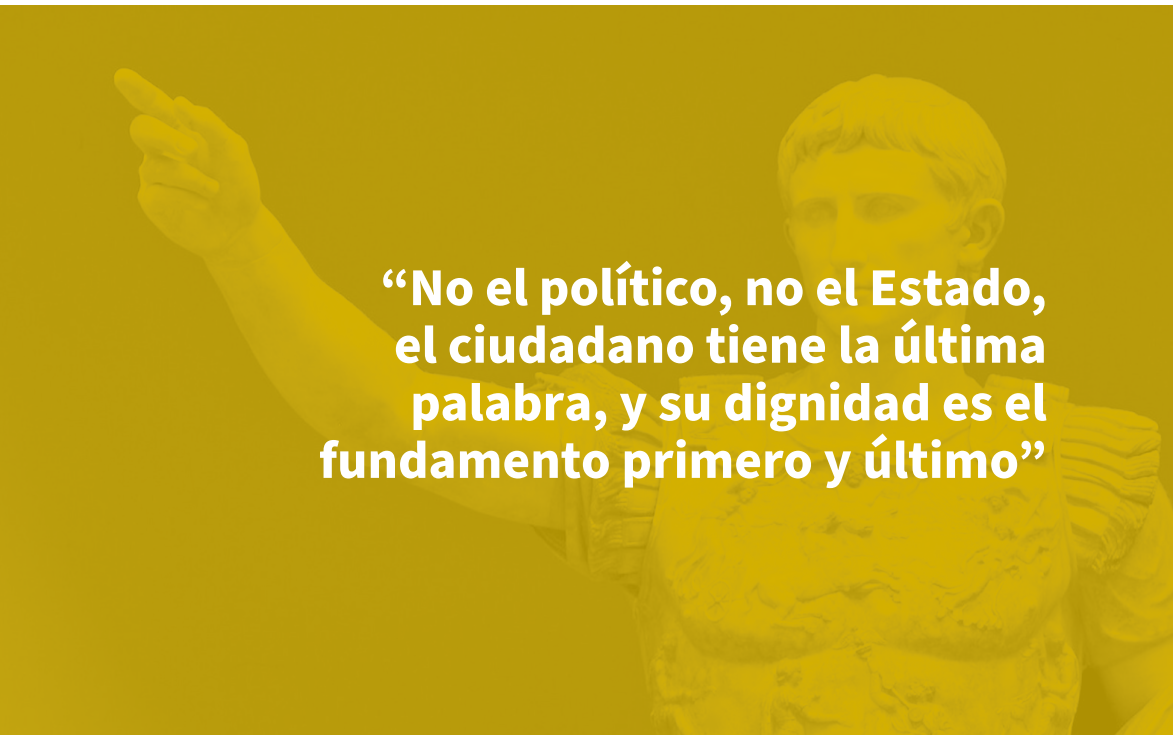
La actual definición de ciudadanía, la cual se puede encontrar en cualquier libro de texto que aborde dicha temática, señala que esta puede ser entendida como una condición que tiene y adquiere toda persona en función de sus derechos políticos y sociales que le permiten convivir en un Estado organizado. Advirtió Aristóteles que ser ciudadano es pertenecer a una ciudad, lo que, en otras palabras, significa actualmente pertenecer a una nación específica dentro de un orden jurídico puntual, donde se garantizan los derechos y deberes que se tienen como ciudadano. De igual forma, este concepto comprende varios elementos que configuran y fundamentan los derechos reconocidos bajo una ley y que pretenden ser respetados dentro de una sociedad. Sin embargo, a partir de las reflexiones y mirada crítica hecha por los autores queda claro que en Colombia la ciudadanía es una categoría en construcción porque está arraigada a su condición de conflicto interno, que más allá de los acuerdos de paz, aún hoy siguen tensionando las realidades en todo el territorio nacional y no solo por el fenómeno de la violencia, sino por otras lastres, tanto aún más crueles como la desigualdad e injusticia social a la que está sometida la mayor parte de su población, expresión de la corrupción que invade y carcome los cimientos de toda democracia, en este caso de la colombiana.

Los autores presentan una categoría también esencial de la ciudadanía, la participación, desde la que hace tangible la respuesta de Habermas a Sloterdijk, cuando recibió el premio en Artes y Filosofía, en Kioto, año 1994: “No el filósofo, el ciudadano tiene la última palabra” (Hoyos, 2006, p. 117). Es decir: “No el político, no el Estado, el ciudadano tiene la última palabra, y su dignidad es el fundamento primero y último”. En la efectividad de la participación ciudadana se demarca la comprensión crítica desde la que se puede justipreciar los modelos de gobierno. Por eso se presenta un fundamentado informe acerca de la participación de líderes. Sin lugar a duda, hay coexistencia en el Estado colombiano de una permanente ambigüedad que facilita al mismo tiempo que coarta la participación, quedando supeditadas estas diferencias de respaldo o restricción a la participación, a los intereses políticos del gobierno de turno. Se puede anticipar como resultado de esta pesquisa acerca de la participación que urge fortalecer los procesos de formación para la participación, y esta es una tarea pendiente en Colombia, lo que hace recordar la respuesta de Erhard (1994) cuando una revista alemana a finales del siglo XVIII le pregunta qué es la ilustración: “Pero el derecho humano que corresponde al pueblo colectivamente no es otro que el derecho a la ilustración” (p. 94), y lo plantea Erhard como el primer derecho de un pueblo y como condición para que se dé la ilustración.

La trama de este libro de comienzo a fin, su original propuesta: visibilizar el fundamento de la ciudadanía más allá de la ley y el derecho, inclusive del mismo Estado, lo que en apariencia puede ser una contradicción para las teorías y teóricos que sostienen que la ciudadanía no es posible sin el Estado que la respalde, sin una ley que la garantice y sin un derecho que la exija. Pero ver en la participación concreta el camino para que la ciudadanía se empodere. No es que los autores desconozcan esta realidad de la importancia del Estado y la ley, sino que buscan más allá del Estado, la ley y el derecho un fundamento de la ciudadanía y de toda ciudadanía en la dignidad de todo ser humano; pues la ley, el Estado y el derecho, en palabras de Enrique Dussel (1990) con base en Marx, son condiciones condicionadas condicionantes, mientras que la dignidad es la razón fundamental para crear toda condición y garantizar toda ciudadanía, especialmente las que emergen desde las insurgencias obligadas, y que aún algunos Estados se niegan a reconocer.

José Julián Ñañez Rodríguez

Director Académico del Doctorado en Ciencias de la Educación
de la Universidad del Tolima – Rudecolombia.



**“No el político, no el Estado,
el ciudadano tiene la última
palabra, y su dignidad es el
fundamento primero y último”**

INTRODUCCIÓN

*“El aleteo de las alas de una mariposa
se puede sentir al otro lado del mundo”.*

Proverbio chino.

“Y a lo largo del tiempo”, sería la frase para completar el proverbio chino. ¿Qué tanto se puede sentir o qué relación pueden tener las formas de vivir la ciudadanía vividas a lo largo de varios siglos, en la antigüedad europea, con las particulares maneras de ejercer la ciudadanía en Colombia? Lejos de cualquier pretensión de relaciones causales, se trata de aproximar reflexiones desde la historia de la ciudadanía, que hunde sus orígenes en la antigua Grecia y que recorre los caminos de la Europa medieval hasta imbricarse en el proceso de colonización de América y en lo que acontece como historia reciente en Colombia. No se pretende mostrar –y menos demostrar– que lo que acontece en Colombia, en el ejercicio de la ciudadanía, sea una consecuencia de la historia de la ciudadanía en Grecia, Roma o Europa, sino plantear reflexiones que permitan vislumbrar salidas a la crisis social, política y cultural en que está atrapada y entrampada la ciudadanía colombiana. Por esta razón, el libro comienza presentando historias antiguas y lejanas, con pretensiones universales, planteamientos más académicos y formales, para luego desembocar en historias concretas, situadas regionalmente y muy próximas temporal y espacialmente.

Se trata de los siguientes casos específicos: 1. El desplazamiento de una pareja de jóvenes esposos campesinos, Tobías y Manuela, sucedida en el corregimiento Riomanso, del municipio Rovira, del departamento del Tolima, en 1948, tras el asesinato en Bogotá del líder Jorge Eliécer Gaitán; 2. La persecución de un joven campesino, Pedro Antonio Marín, quien aspiraba a ser comerciante, por parte de grupos armados que actuaban en connivencia con agentes del Estado, hasta convertirlo en el legendario Tirofijo. Estos hechos sucedieron entre los departamentos del antiguo Caldas, en la parte del actual departamento del Quindío, y del Tolima, entre las décadas del 40 al 60; 3. El desplazamiento de una niña, llamada Ana Belén, en la década del 50, del municipio tolimese de Villarrica, y cómo, para el momento en que se escribe este libro, ella aún recuerda con detalles lo acontecido; además de narrar pormenores, expresa su reflexión política de lo acontecido.

El caso de Tobías y Manuela se conoce con detalles por la proximidad familiar, el conocimiento directo del espacio físico, el análisis de mapas, acontecimientos políticos y normas de la época. Mientras que de Pedro Antonio Marín existen varias biografías, incluso

una autobiografía, lo que facilita un trabajo hermenéutico, relacionando las decisiones del Gobierno regional y nacional con el contexto internacional, especialmente por la particular relación que históricamente ha manejado Colombia con Estados Unidos, y los hechos de violencia que iban en ascenso. Y, para el caso de Ana Belén, se mantuvieron varios diálogos con ella, a manera de entrevistas a profundidad, y se cotejó lo relatado por ella con lo que ampliamente se conoce de la historia de la violencia en Colombia.

Afirma Noguera (2010): “A cada instante, la vida se celebra. Se da y vuelve a darse, sin prisa, lenta, maravillosa y dolorosamente. La tierra no cesa de florecer, de incorporarse en los cuerpos que la contienen” (p. 3). Mirar en perspectiva humana la emergencia de la ciudadanía, investigar cómo ha acontecido la ciudadanía, particularmente en el ámbito de la violencia sistemática, constante en Colombia, lleva necesariamente a buscar metodologías flexibles, caminos que se trasieguen más allá de los simples datos históricos o estadísticos; se requiere de nuevas metodologías donde la sensibilidad por el otro, por lo otro esté en primer plano. La filósofa colombiana Patricia Noguera ha explicado detalladamente el término “metodoestesis”, como caminos del sentir, en cuanto que **αἰσθησία** (estesía) es sensibilidad y sensualidad, se relaciona con sentir y crear; y toma distancia de las epistemes lógicas porque responden a políticas, mientras que la vida es poética (Noguera, 2020). La metodoestesis permite una mayor libertad investigativa, facilitando la combinación de múltiples rutas que entretejidas brinden confiabilidad en la investigación. Por eso, en esta investigación hay aportes metodológicos del estudio de caso que busca descubrir detalles, reconstruir hechos al entrelazar fuentes de información que ayuden a cimentar una mirada más comprensiva del fenómeno estudiado. También, aportes de la etnografía crítica, del interaccionismo simbólico, donde los actores sociales se convierten en aportantes sabios, por medio de grupos focales, entrevistas, guías de preguntas y narraciones espontáneas, porque parten de su experiencia vivida que rigurosamente se contrasta con hechos históricos. Se puede afirmar que la metodoestesis ayuda a configurar una plasticidad metodológica.

La ruta que ha seguido la ciudadanía, desde Europa, colonizadora, hasta Latinoamérica, colonizada, no tiene el nombre eufemístico de una ruta de la seda, sino que ha sido una *via doloris*, el *mare tenebrosum*, porque la senda para el ejercicio de la ciudadanía en las nacientes naciones no se allanó, sino que se llenó de dificultades. Al encuentro de dos mundos se le llamó “descubrimiento”, al sometimiento “conquista”, y a la manera de ese sometimiento, para ocultar el dolor (y el olor del dolor) “colonia”. De la independencia hasta la época republicana el camino ha sido siempre tortuoso, la violencia ha sido la constante histórica. Se trata de comprender los sentidos de la experiencia de la ciudadanía en el convulsionado territorio colombiano, donde la teoría ciudadana, especialmente relacionada con los derechos y la construcción de espacios democráticos, se ve permanentemente contrastada con las experiencias vividas por muchos colombianos,

reflejados en tres historias que se narran, y que, al igual que el Menochio de la obra de Ginzburg, buscan mostrar y demostrar lo que significa realmente ser ciudadano en un territorio convulsionado.

En este sentido, la mirada crítica a la historia de la ciudadanía, planteada *in extenso*, desemboca en la experiencia vivida por una pareja de campesinos en los primeros meses de la época llamada La Violencia, con mayúscula (Ríos, 2021). Rastrear esta historia real, no ficticia, exigió combinar los aportes del amplio espectro de la investigación cualitativa, con los que se buscó reconstruir unos hechos combinando fuentes de información. El análisis minucioso de los mapas del espacio geográfico donde acontecieron los hechos, el reconocimiento *in situ* de algunas partes de lo narrado, la revisión de noticias y documentos de la época, revisados con rigurosidad histórica y criterios aportados por las hermenéuticas, el examen de la amplia normatividad de la época, los fundamentos de la teoría y metodología del estudio de caso, aproximan esta narración a la evidencia del hilo conductor de la experiencia de la ciudadanía, recargada de gestas y luchas sin fin, donde los protagonistas son sujetos que han experimentado las dificultades de pretender ser ciudadanos en un Estado que, en la práctica, se niega a garantizar los derechos fundamentales, como el de la vida misma.

La Violencia ya desatada en Colombia, como los vientos de Eolo para impedir que Eneas descendiera en Troya, impidieron que desembarcara la paz y la tranquilidad durante décadas, especialmente en el campo. El Gobierno azuzó la violencia, la incentivó desde los discursos y las prácticas gubernamentales, ahogando cada vez más la paz. Por eso, los relatos que se hacen parten de la comparación con las semillas que se niegan a morir a pesar de las condiciones adversas, y terminan irguiéndose en contra de los obstáculos, siendo insurgentes.

Desde esta metáfora se narra parte de la historia de dos personas reales que pasaron por similar proceso: una de ellas aún vive, y narra con claridad descriptiva precisando lo vivido, sin dejar el sentido reclamo por haber sido expuesta a la violencia del Estado, al bombardeo de los aviones de las Fuerzas Militares colombianas, siendo ella una niña, y teniendo que cargar a lo largo de su vida con los problemas psicológicos que esa violencia les dejó, especialmente a una de sus hermanas, solo por vivir en algún lugar que fue declarado por el Gobierno de la época como lugar donde había “células comunistas”, campesinos que no eran liberales ni conservadores. El otro personaje encarnó en su vida la insurgencia, después de que no le quedó otro camino en medio de la violencia bipartidista. Estas historias también están cruzadas por un ambiente internacional, estimulado por la guerra declarada por los países capitalistas, liderados por Estados Unidos – EE. UU., al comunismo, liderado por la Unión de las Repúblicas Soviéticas Socialistas – URSS. La aplicación del Plan LASSO (*Latin American Security*

Operation) en Colombia, programa contrarrevolucionario para frenar los movimientos revolucionarios que aparecieran en América Latina, están como otro telón de fondo más en la narración de estas historias de ciudadanos que encontraron en la insurgencia activa o pasiva la única manera de sobrevivir en medio del conflicto y el asedio del Estado. Colombia fue el mejor escenario en Latinoamérica que tuvo EE. UU. para llevar a cabo el programa Alianza para el Progreso, con el mismo propósito del Plan LASSO.

Ser ciudadano en Colombia tiene ribetes especiales y muy particulares si se entiende que ser ciudadano significa pertenecer a una nación específica dentro de un orden jurídico puntual, donde se garanticen los derechos y deberes que se tiene como ciudadano. La situación no ha cambiado; la violencia ha encontrado mil facetas, desde la corrupción enquistada en todos los poderes estatales, que abre y amplía brechas por doquier, generando zozobra y creando caldos de cultivos para otras formas de violencia física, desde la represión de las fuerzas del Estado a la ejercida en cualquier calle por cualquier ciudadano, ya que el uso de la fuerza no está bajo el control del Estado. Otras maneras de violencia son las negaciones sistemáticas y disimuladas de participación ciudadana, o participación sin efectos concretos, que no llegan al nivel de la decisión, donde todo se queda en que la mayoría participa, pero otros deciden, desconociendo de tajo el sentido de lo colectivo, por tanto, de lo público y, por ende, de lo político. Es por esta razón que este libro integra una mirada, desde narrativas y hermenéuticas, a la percepción de los procesos de autogestión ciudadana y comunitaria, como otra expresión de la vivencia de la ciudadanía. Se trata de ampliar la comprensión de la ciudadanía desde la resistencia a la necesidad de participación ciudadana. La ciudadanía como concepto ha estado jalonada a lo largo de la historia por los actores sociales, otorgándole una dinámica y dialéctica enriquecida en las luchas sociales que se dan al interior de la misma participación ciudadana. Son gestas invisibilizadas por el control estatal y del mercado que les facilita a los gobiernos aparecerse como dadivosos ante la comunidad, antes de cumplir con el mandato legal y constitucional, pues la participación ciudadana no es un acto de generosidad de ningún Gobierno, sino que se instala en el corazón mismo del ser ciudadano. Este debiera ser el camino de toda democracia y no la insurgencia obligada.

¿Ha sido la insurgencia una necesidad histórica? En Colombia abundan ejemplos como la Masacre de las Bananeras en 1928, donde los trabajadores de la multinacional United Fruit Company reclaman sus derechos, y el gobierno colombiano, en vez de defender a los trabajadores colombianos, responde con una masacre de incontables muertos. Quizá uno de los mayores inconvenientes frente a este histórico y simbólico hecho, que genera un principio hermenéutico de la historia de los siglos XX y, muy especialmente,

XXI, es una suerte de agnosia sociopolítica¹. Ver y escuchar a muchos colombianos, indistintamente de su rango socioeconómico, incapacitados de hacer una lectura crítica, un análisis sencillo, pero profundo, de cómo un Estado prefiere masacrar a sus conciudadanos ante el reclamo, por demás justísimo, por la exigencia de unas condiciones mínimas como obreros que eran de una multinacional, ni siquiera se trataba de una empresa nacional. Bastaba escucharlos; ellos necesitaban una interlocución y no dieciséis nidos de ametralladoras para fusilarlos, y luego llenar los vagones del tren antes de que amaneciera y poder botar los cuerpos al mar, dejando solo nueve cuerpos asesinados y tres heridos, que fue el reporte oficial, en contra del informe del General conservador (como lo era el Gobierno de Miguel Abadía Méndez), donde decía que fueron más de 1.000 los muertos, o como lo dice Gabo en *Cien años de soledad*, que fueron más de 3.000.

En la gramática de la política colombiana se lee, así como se puede ver, el sistemático atropello como política de Estado. Los dirigentes que han pretendido llegar al poder anunciando hacer las cosas de manera diferente han muerto en el intento; y los que han logrado el poder no se les ha permitido realizar lo que han prometido, como fue el caso de la “Revolución en marcha” de Alfonso López Pumarejo:

Y echó a andar la Ley de Tierras, para reformar la propiedad rural, y los otros proyectos modernizadores. Pero esos jefes que parecían convencidos de la urgencia de ese conjunto de transformaciones, en cuanto vieron que la Iglesia reaccionaba, en cuanto vieron que el conservatismo se enardecía, ante el primer tropiezo de su revolución decretaron “la gran pausa”, y renunciando a la posibilidad de modernizar el país, abandonaron su proyecto histórico. (Ospina, 2013, p. 54).

Algunas élites colombianas son responsables, en cuanto generadoras iniciales, de lo que ha sucedido en materia de violencia. En sus manos está gran parte de la solución, pero no se vislumbra el camino, ni la luz al final del túnel, porque pareciera que el túnel no tuviera final; cada uno debe llevar su propia lámpara y juntarse con el otro para

1 Por agnosia sociopolítica, para este escrito, se refiere a la incapacidad de comprender la trascendencia de un hecho y su repercusión en la historia, más allá de los simples datos. Para muchas personas, inclusive estudiantes de educación superior y profesionales, el hecho de la actuación del Estado colombiano frente al justo reclamo de obreros colombianos ante United Fruit Company se debió al necesario control del orden público, no teniendo la capacidad de ver la obligación ineludible del Estado para defender la vida de los colombianos reclamantes de sus derechos.

iluminar mejor el camino a seguir. Para esto se requiere de una educación comunitaria, al estilo de la propuesta por Paulo Freire, y por las sendas marcadas por la filosofía y la teología de la liberación, recogidas en gran medida en las epistemologías del sur, como metáfora del sufrimiento, pero también de la esperanza. En este trasegar es necesario hacer caso de lo indicado por Habermas (1987) en su tesis central de su obra *Teoría de la acción comunicativa*. La acción comunicativa es ejercicio de la inteligencia humana y está encaminada al entendimiento, que deviene en la racionalidad que subyace al lenguaje. En ella, cada acto de habla permite construir comunicación. En el sentido heideggeriano, el ser humano se constituye a partir del lenguaje; esa es su gran característica, ser capaz de lenguajear, de conversar, de corazonar, dirá Santos (2019), de comunicar-se, y a partir del lenguaje establecer redes que organizan comunidad. La comunicación es esencial inclusive para la sobrevivencia, más allá de permitirle al ser humano desarrollarse como ser humano. Por el lenguaje se constituyeron las lenguas en torres de Babel que no muestran confusión, sino riqueza semántica y cargada de múltiples sentidos, pues la lengua siempre está relacionada con la tierra y los espacios histórico y geográficos, como coordenadas que han configurado muchas formas de ser y estar. No es lo mismo el campesino de la montaña, donde, según Borges, no hay dos iguales, que el campesino de la pampa, el valle o la llanura, donde, según el mismo Borges, todas se parecen.

La densidad de casos, que, si se presentaran en una exhaustiva exposición, permitirían llenar nuevas enciclopedias Espasa, con cientos de tomos, que suman millares de páginas, con referencias a millones de víctimas del conflicto armado en Colombia. Ha sido una guerra inútil, donde siempre los pobres han puesto los muertos: pobres campesinos liberales y pobres campesinos conservadores, pobres soldados y pobres guerrilleros, pobres líderes sociales y ciudadanos de pueblos pobres que han sido tantas veces víctimas de desplazamientos² y bombardeos sin cuenta, pero que fueron los únicos que salieron masivamente a votar por el sí del plebiscito por la paz. Es necesario afirmar que por la sangre del colombiano ha corrido rebeldía, y que basta pensar en la insurrección de los Comuneros, en 1781, y tantas manifestaciones y próceres en la época de la Colonia, y durante los inicios de la era republicana; el siglo XX comienza en guerra, la de los Mil Días, que termina en 1902. Quedarán por mencionar tantos momentos, eventos y situaciones que se deben visibilizar, y desde las cuales surge la posibilidad de conquistar la soberanía para cada colombiano de a pie. La insurrección de los Llanos Orientales fue traicionada cuando creyeron en el Gobierno; las guerrillas campesinas que hicieron

2 iDMC. (2022). *Las cifras que presenta el Informe Global sobre Desplazamiento 2022*. <https://www.unidadvictimas.gov.co/es/registro-y-gestion-de-informacion/las-cifras-que-presenta-el-informe-global-sobre-desplazamiento#:~:text=La%20cifra%20reportada%20por%20el,31%20de%20diciembre%20de%202021>. Varias páginas de organizaciones especializadas brindan información acerca del desplazamiento en Colombia. Coinciden en afirmar que superan los 8 millones de campesinos desplazados por la violencia.

la paz pagaron con la vida de muchos de sus líderes por haber confiado en el Gobierno de turno, todos iguales hasta el día de hoy. La esperanza ha estado puesta en los movimientos de pensamiento y acción, que van desde el grupo Golconda, la insurrección de algunos intelectuales que han terminado conformando guerrillas como el ELN o el M-19, hasta los jóvenes de la primera línea; pasando por expresiones de mucha fuerza simbólica como Magdalenas por el Cauca y las Tejedoras de Mapuján; todos, siendo más los que faltan por mencionar, han gestado nuevas emergencias ciudadanas desde las insurgencias a las que fueron compelidos.

La negación del ciudadano por parte del Estado y de los gobiernos, la extensión de la pobreza con la consabida concentración de la riqueza en pocas manos y los ambientes caldeados para la violencia, son todas opresiones que han obligado a la insurgencia, y desde la cual se han ido matizando y labrando caminos que permitan mejores posibilidades de ser ciudadanos. Ante esto, este libro presenta caminos reales que se pueden y deben andar, como el de la participación ciudadana, aprovechando los espacios creados en la Constitución Política de 1991. Esta Constitución Política también es resultado de quienes desde la insurgencia han labrado caminos que obligan la mirada de los gobiernos. Uno de los grandes logros constitucionales, desarrollado en leyes y decretos, es precisamente la participación ciudadana. Se busca que el ciudadano haga parte de la historia de la nación y decida con su voto. Por esta razón, y de manera sucinta, se presentan los resultados de una interesante investigación adelantada con varios líderes sociales, quienes nos permiten apreciar sus percepciones acerca de la participación. ¿Hasta dónde la administración pública, que debe estar al servicio de la participación ciudadana, dificulta este ejercicio?

Este ejercicio escritural se condensa como resultado de conjugar distintos tipos de investigaciones, en el amplio bazar de posibilidades de las investigaciones cualitativas, en diferentes escenarios y con la mirada particular de cada uno de los investigadores (documental, historia de vida, estudio de caso, enfoque etnográfico, con el apoyo de las hermenéuticas para comprender mejor las narrativas). Pero será el énfasis en los contextos los que permitan una mirada humana y crítica con el propósito de robustecer la comprensión de la dignidad humana como el fundamento inamovible, la piedra angular de la ciudadanía, más allá de las circunscripciones legales de los Estados, que configure a una ciudadanía emergente y crítica en un Estado y gobiernos que se empeñan en negar la urgente necesidad de la pluriversidad de ser ciudadanos en un mundo que cambia todos los días, en medio de esta crisis civilizatoria y profunda.



Fuente: <https://historiando.org/wp-content/uploads/2018/07/Antigua-Grecia-1.jpg>

APROXIMACIÓN A UNA MIRADA CRÍTICA DE LA HISTORIA DE LA CIUDADANÍA

“Algún día el yunque, cansado de ser yunque, pasará a ser martillo”.

Mijaíl Bakunin (citado por Amate, 2017)

¿Por qué ir a los orígenes de la historia de la ciudadanía, historia lejana en el tiempo y en el espacio, para entender de manera crítica lo que acontece en Colombia en las últimas décadas? Son varias las razones. En la introducción se recordaba el proverbio chino acerca del aleteo de la mariposa y su efecto en un mundo que está interconectado por acontecimientos aparentemente separados, y que hunde sus raíces prístinas en lo que Harari (2013) describe como revolución cognitiva, que aconteció hace 70.000 años, y que permitió la aparición del lenguaje ficticio, al darle sentido a algunos sonidos, unirlos para formar palabras, unir palabras y formar frases, es decir, mensajes más complejos y con sentido. Las permanentes movilizaciones humanas, aunadas a la interacción entre distintos grupos y la evolución de las culturas facilitaron la aparición de los idiomas. Entre Europa y Asia meridional se da la cuna de los denominados idiomas indoeuropeos; en ellos encontramos la génesis remota de muchas de las palabras con la que cuentan varios idiomas actuales. Esta necesaria arqueología permite precisar el sentido primigenio de palabras que por el excesivo uso de moda pueden perder su caracterización original, como la palabra “crítica”, adherida ahora a muchos sustantivos comunes: “lectura crítica”, “pensamiento crítico”, “actitud crítica”, historia crítica”.

De acuerdo con las averiguaciones realizadas en varios diccionarios griegos, por ejemplo, Sanz (2005), y consultas realizadas en páginas especializadas, como etimologías.dechile.net, la palabra crítica está relacionada con la raíz indoeuropea *krei*, que significaba separar, diferenciar o cortar. El griego recoge esta palabra en el verbo *κρίνειν*, decidir, juzgar; así como en *κρίτης*, para referirse al que decide, ya que el sufijo *της* se refiere al que hace la acción, al agente. Por lo que se puede afirmar que crítico es el que

tiene la capacidad para separar lo bueno de lo malo, a partir del juicio que emite. En este sentido, crítica como adjetivo puede referirse a un juicio, que corresponde a una búsqueda insaciable de la verdad, a una mirada *inter legere* (entre líneas), inteligente. La mirada crítica de la historia de la ciudadanía en Colombia, por ende, tendrá que ver con la indagación profunda exegética de lo acontecido en otras épocas y lugares, acontecimientos metamorfoseados, imbricados, subsumidos en las nuevas maneras de ser ciudadanos. Se trata de ir más allá de simples relaciones acomodaticias, de superposiciones amañadas; por el contrario, la tarea solo es posible en cuanto se encuentren o construyan hermenéuticas políticas pertinentes, incluso performativas, donde la crítica sea *le trait de union* que permita unir crítica, historia y acontecimientos políticos en Colombia.

Con base en esas mismas fuentes (Sanz [2005] y etimologías.dechile.net), la arqueología de historia nos remite al griego **οἶδα** (yo sé), reconocida esta palabra en la famosa frase socrática: **οἶδα ὅτι οὐδέν οἶδα** (solo sé que nada sé). Se relaciona con **οἶστος** (sabio) y con **οἶστορία** (cualidad de saber). Historia en un sentido arcaico se refiere a aquel que sabe algo y lo sabe contar, ya que el sufijo griego **τορ** indica al agente, al agente que cuenta, al agente que sabe. Por eso, la historia nace como tradición oral, como narración que va de generación en generación, y que atraviesa muchas veces siglos para ser positivada en un texto escrito, como es el caso del relato bíblico del éxodo, vivido aproximadamente entre el siglo XIII y XII antes de Cristo, pero puesto por escrito entre el siglo IX y VIII, es decir, unos 400 años después, o también se puede ver un claro ejemplo en el rastreo investigativo de la tradición oral, desde África hasta América, con base en el cual Alex Halley escribió el libro *Raíces*.

Hacer una mirada crítica a la historia particular de la ciudadanía necesariamente nos convoca esta consideración desde la etimología de los términos crítica e historia. No se trata de una historia crítica, sino de una mirada crítica a esa historia, a la historia de la ciudadanía desde una perspectiva que quiere escudriñar entre líneas, en búsqueda de verdades que soportan lo que ha acontecido con la ciudadanía durante más de una veintena de siglos; cómo se ha ido configurando el ser ciudadano y cómo esa historia de desconocimientos y reconocimientos se revive casi de manera cíclica en Colombia. Para esta relación es necesario saber quiénes han sido, etimológicamente hablando, los sabios contadores de la ciudadanía, desde qué condiciones sociopolíticas lo han hecho, cómo se ha ido conformando el ser ciudadano con el paso de acontecimientos históricos, agrupados en épocas llamadas edades, como la antigua, la media y la moderna, que ya esta organización así de la historia demanda toda una revisión crítica, pues es muy eurocéntrica, afincada en el racionalismo cartesiano. Quedarse en esa historia fragmentada por momentos antiguos, medievales o modernos no es el propósito de este libro, sino ver cómo la historia de la ciudadanía en construcción y reconfiguración

permanente puede estar atrapada y entrampada en un lenguaje ficticio o en una práctica que palidece ante las demandas de la realidad histórica, simbolizadas –para este caso– en el rastreo de la vida de cuatro campesinos colombianos, para los cuales ser ciudadano no tiene sentido más allá de poder sobrevivir. La aproximación crítica a la historia de la ciudadanía es un recorrido por extensas épocas y amplias extensiones, pero también precisada en la particular crítica ciudadanía colombiana, en un periodo de tiempo y un espacio más delimitado y reconocido como “La Violencia”, que se intensificó desde 1948 en el centro de Colombia.

El término historia, así aparezca como un sustantivo en singular, casi siempre denota el plural, ya que la historia, por lo general, son muchas historias. Para esta aproximación no se trata del artículo determinado “la” historia, “la” mirada crítica de la historia, sino del artículo indeterminado “una” mirada crítica de la historia. Este arribo a algunos momentos de la historia en que la ciudadanía se fue configurando ofrecerá el punto de partida para escudriñar por qué y cómo en la actualidad la ciudadanía se ve asediada por tantas condiciones venidas inclusive de quien debiera ser siempre la principal y mayor garantía para el ejercicio de la ciudadanía: el Estado. Al Estado le corresponde la garantía de condiciones básicas como la convivencia, para la cual los ciudadanos terminan siendo el soporte antropológico y la ciudadanía el soporte legal para que el Estado la garantice. Vivir con otros también exige unos mínimos de entendimiento entre los que habitan el mismo espacio. La convivencia aparece como la utopía realizable porque se fundamenta en una necesidad humana, se convierte en una demanda de la sociabilidad. Nada de esto es posible sin la participación de los ciudadanos en su destino. De ahí la urgencia de una educación para el ser y el hacer ciudadano, especialmente en la participación, lo que Kant llama hacer uso público de la razón.

La historia de la ciudadanía, desde la antigua Grecia hasta el siglo XXI en Colombia, es la historia de la lucha por la convivencia a partir del reconocimiento del otro; esta convivencia no ha estado garantizada *per se*, como sí lo está el carácter social. De la antigua Grecia a la actual Colombia, en un recorrido a través de los siglos y naciones que lucharon para ser incluidas y reconocidas, para que los privilegios de pocos se convirtieran en derechos de todos. La extensión de los derechos no es garantía de la inclusión de todos; por lo menos, eso se pretende analizar ya que pareciera que la larga historia de la ciudadanía, tejida a lo largo de 25 siglos, retrocediera con cada familia desplazada en Colombia, con cada acción de los gobiernos por desconocer derechos. Ya no es el momento de la resistencia armada, inclusive como forma de sobrevivencia, pero mientras la ciudadanía sea desconocida, la resistencia es el camino. La participación, cada vez más incluyente, es la expresión más visible de la ciudadanía hoy.



Fuente: <https://travelholics.es/pics/2023/04/08/los-monumentos-mas-importantes-de-la-cultura-griega.png>

LA ANTIGÜEDAD DEL VIEJO MUNDO Y EL ORIGEN DE LA CIUDADANÍA

Costa (2006) señala que: “La creciente credibilidad en un paradigma aplicable de una manera unitaria a Grecia o a Roma, resultan muy problemáticas en los análisis más rigurosos al ignorar las transformaciones internas sufridas por cada una de estas realidades” (p. 40). Aunque Costa solo hace referencia a Grecia y Roma, es necesario hacer extensivo este criterio hermenéutico en todos los momentos y acontecimientos históricos, con el propósito de una mejor comprensión de lo que ha significado la ciudadanía en su devenir. ¿Qué tanto heredaron los griegos y romanos de Egipto y de las culturas mesopotámicas? Cuanto aquí se establece también un potente criterio para la formación ciudadana, que debe estar caracterizada por la comprensión histórica, tanto del pasado como del presente, para proyectar un razonable futuro cada vez más incluyente. En este sentido, podemos afirmar que tanto la historia del concepto de ciudadanía como el ejercicio mismo de la ciudadanía son una polifonía de historias, y la ciudadanía son muchas ciudadanías, entendidas desde una gran riqueza semántica del concepto.

El punto de partida para la ciudadanía y para la formación ciudadana es el hecho de que el ser humano es social por naturaleza (Aristóteles, 1930). La sociabilidad del ser humano, más que una estrategia para sobrevivir, es una necesidad de la misma naturaleza humana para realizarse y encontrar un sentido y un destino común a la existencia; sin embargo, esa sociabilidad, de raigambre natural, demanda tener horizontes de sentido que se logran a través de la educación y la formación. Esa sociabilidad se ha expresado de múltiples maneras dependiendo de las coordenadas espacio-temporales, de los acontecimientos históricos que han perfilado diferentes clases de asociaciones, pero siempre ha sido constante la agrupación porque pertenece ontológicamente a la naturaleza del ser humano, mas no una educación igual para esa natural asociación, lo que ha derivado en un sinnúmero de relaciones y agrupaciones diferentes.

Si bien se ha afirmado que el nacimiento de la ciudadanía se dio en la antigua Grecia, no es posible establecer con claridad y precisión un momento y un lugar donde se

gestó, de acuerdo con la tesis de Costa (2006). Quizás porque tampoco se dio en un lugar específico ni en un momento determinado, sino que fue fruto de la confluencia de varias circunstancias y acontecimientos que se fueron entrelazando, para dar como resultado el reconocimiento de cierto estatus a un grupo selecto de personas, no a todos los habitantes de la región. Esa comprensión histórica de la ciudadanía como proceso permite considerar la historia de la ciudadanía como un asunto que exige permanente reflexión acerca de qué ciudadanía iba emergiendo, o diluyéndose, y por qué. Se podría señalar que una constante en la historia de la ciudadanía es que esta no ha sido constante, ni que los logros alcanzados por determinados grupos no tienen garantizada la continuidad de su reconocimiento, ni en el espacio ni en el tiempo.

Las antiguas ciudades-Estado griegas fueron construyendo sus propias leyes y gestando formas de gobierno, independientes unas de otras, con lo que configuraron estilos de vidas particulares y diferentes para sus habitantes, buscando cierta unidad al interior de la ciudad-Estado. Lo cual supone la práctica de algunas costumbres como obediencia a las leyes, algún grado de tolerancia en la convivencia, renuncia a intereses individuales en favor de los intereses comunes, reconocimiento a un grupo de personas de su capacidad para participar, bien sea en la elaboración de las leyes o en el gobierno de la ciudad-Estado; lo que lleva implícita la discriminación o desconocimiento de una gran mayoría, pues, a manera de ejemplo, a la mayoría no se les reconoce la misma capacidad para participar en la toma de decisiones políticas, ni necesariamente las leyes pretenden favorecer a los más pobres y necesitados, sino garantizar la unidad político-administrativa de la ciudad-Estado.

Es necesario, además, en este bazar de intelecciones para comprender el nacimiento de la ciudadanía en el ambiente de la antigua Grecia (o Grecias, para ser más exacto y menos preciso) entender que la ciudadanía no es fruto exclusivo de un proceso racional, en el que va emergiendo con el paso del tiempo, la importancia de caminar hacia una democracia, especialmente de Solón a Pericles, sino que se requiere el auxilio del mito a este proceso racional. En la amplia y rica mitología griega hay varias formas de abordar estos aportes del mito para la aparición de una génesis de la ciudadanía. En el diálogo de *Protágoras* se afirma que, al principio de la creación, cuando aún los seres creados no habían “salido a la luz”, los dioses encomendaron a los titanes Prometeo y Epimeteo, hermanos, para que distribuyeran entre los seres vivos “las cualidades convenientes”, buscando un equilibrio. Epimeteo (el que piensa después) le pidió a Prometeo le permitiera hacerlo solo, y que después él mismo revisara. La distribución fue aceptable para todos los animales, menos para el ser humano. A los animales que les dio fuerza, no les dio velocidad, mientras que a los que les dio velocidad, les disminuyó fuerza; a los grandes les permitió que en su corpulencia tuvieran su propia defensa, mientras que a los pequeños les dio cuevas para esconderse o alas para volar.

Al término de la labor realizada por Epimeteo, Prometeo se fijó en que el hombre había quedado en gran desventaja frente a los demás animales, por lo que tomó la decisión de ir a robar el fuego a Hefesto y a Atenea las artes. Así, el hombre trató de sobrevivir, suministrándose con estos poderes lo que necesitaba; pero, aún tenía un problema mayor. Cada vez que se reunían en grupos, por pequeños que fueran, terminaban agrediendo porque no sabían nada de vivir en comunidad, no conocían la política. Compadecido Zeus porque así los humanos nunca podrían construir ciudades y vivir en ellas, le envió al dios Hermes para que les repartiera el buen sentido y la justicia. Hermes preguntó si debía repartirlos igual que las artes, es decir, para algunos sí, como el arte de la medicina, pero para otros no; a lo que Zeus le aclaró que para todos por igual. De esta manera, todos los seres humanos gozan de buen sentido, de *sindéresis*, de la posibilidad de distinguir entre lo bueno y lo malo, y pueden opinar acerca de lo justo y lo injusto. Y esa es la base para la política y para la democracia, ya que todos gozan de esas virtudes, y esas virtudes se pueden cultivar, se pueden enseñar y, por tanto, se pueden aprender.

Lo significativo es que la virtud ya no es exclusiva de los dioses, sino que también la tienen los mortales humanos. Esa virtud (*αρετή*) está a la base de la democracia, porque, de acuerdo con Platón, el gobierno debe ser de los mejores, de los virtuosos, por tanto, de la aristocracia; pero no es una aristocracia que se hereda, sino que se ejerce en el esfuerzo de practicar la virtud de la justicia y del buen juicio. De esta manera, lo que racionalmente no se había logrado entender, el mito lo aclara, dando un fundamento claro de la necesidad de la democracia y la política que garantice la convivencia. En el caso de Pericles, a manera de ejemplo, y según Rubio (2007), la pobreza y la aspiración a una vida mejor son los motores que tiene para gobernar: ¿cómo solucionar la pobreza y, de esta manera, aspirar a una vida mejor? “Pericles partía de la idea de que la penuria económica es el origen de todos los problemas. Cada ciudadano debe aspirar a conseguir una vida cómoda y libre, sin penurias ni dependencias personales” (p. 29). La penuria económica la compartía la mayoría de griegos, pero no la aspiración a una vida mejor que seguía siendo privilegio de pocos; realidad de los pueblos griegos que ha atravesado siglos y fronteras, y sigue siendo un proyecto inacabado en muchas partes del mundo. De ahí que el mejoramiento de las condiciones de vida sigue siendo un anhelo y propósito en el que la ciudadanía cobra sentido y razón de ser. Por eso una buena formación ciudadana considera necesariamente un mejoramiento de las condiciones de vida. De ahí la pertinencia de la afirmación de Cortina (1997) para que la formación vaya más allá de lo meramente informativo:

La formación no se refiere únicamente a la adquisición de habilidades profesionales, sino también a la capacidad de utilizarlas desde los valores éticos de la ciudadanía, desde los valores de una ética cívica consciente de la igual dignidad de cualquier persona, sea cual fuere su capacidad mental y profesional. Educar en estos valores es condición indispensable para conseguir un mundo en que se respete como iguales en dignidad a los que son diferentes en otros aspectos. (p. 124).

Todo lo anterior ilumina cómo se fue configurando el ser ciudadano en el ambiente griego, mezclando el mito con la razón. Zeus le pidió a Hermes publicar una ley que expresara que el humano que despreciara al buen juicio y la justicia tendría que ser “exterminado y considerado peste de la sociedad” (Platón, 1980, p. 23). Este es el origen de la política, y el germen de la ciudadanía, de acuerdo con el mito, que viene en auxilio de la comprensión racional. La gran novedad en este diálogo platónico entre Protágoras y Sócrates es la posibilidad de enseñar la virtud, ya que esta no se hereda como en el caso de algunos semidioses, a manera de ejemplo Aquiles o Hércules. Con Platón queda claro que la virtud se puede enseñar al mismo tiempo que la aristocracia, es decir, la virtud se ejercita, no se hereda, por lo que se requiere la educación.

Con base en Sócrates (Platón, 1980), se hace necesario afirmar que para ser buen ciudadano se requiere la práctica de la virtud y una buena formación; y que “la virtud política es la virtud característica del hombre” (*Protágoras*, citado por Rubio, 2007, p. 21); por lo que no ser buen ciudadano también es problema de ignorancia. En otras palabras, la ciudadanía está ligada desde un comienzo a la necesidad de formación para su ejercicio. Con Platón se entiende a través de sus obras, especialmente en *Gorgias* (Platón, 1982), *La República*, Libro VII (Platón, 1997) y *Protágoras* (Platón, 1980), que a la ciudad-Estado le corresponde establecer las normas y educar para que sean observadas, así, en una mirada crítica, estas normas delimiten la condición ciudadana, es decir, la hagan excluyente para la mayoría. Es claro que la ciudadanía aparece como un privilegio del que lograban gozar los que, a su vez, podían participar del gobierno de la *polis*. Sin una formación que saque de la ignorancia, el único destino posible es la prolongación en el tiempo y el espacio de la negación de los derechos.

Para Aristóteles (1930), quien es el primero y el que mejor teoriza en la antigüedad acerca de la ciudadanía como tal, especialmente en su obra *La Política*, la ciudadanía es considerada como una condición natural al ser humano que exige una educación especial. Aristóteles aclara el aspecto ontológico de la ciudadanía y traslada al plano teleológico la cuestión, al por qué, a la razón de ser de la ciudadanía, a la justificación de la misma, a la necesidad de la formación para su práctica. En este sentido, afirma:

“El fin de los ciudadanos es la conservación de la comunidad” (p. 120). Aristóteles plantea varias posibilidades de ciudadanía a partir de las distintas formas de gobierno: un gobierno proclive a la oligarquía privilegia la posibilidad de ciudadanía solo para los ricos; mientras que el de corte aristocrático otorga el estatus de ciudadano a la nobleza (regresa al sentido de la herencia); pero si los criterios son más democráticos, son los hombres libres quienes serán reconocidos como ciudadanos.

De todas formas, “Aristóteles se mueve en el elitismo republicano y no comparte el populismo democrático de Pericles” (Rubio, 2007, p. 33). Luego la ciudadanía no fue para los griegos un reconocimiento al individuo por el solo hecho de ser persona; etimológicamente ciudadanía y práctica de la misma son términos sinónimos, lo que equivale a decir que no es la ciudadanía la que da la potestad de participar, sino que es la capacidad de participación la que da la condición ciudadana en los griegos. Con Aristóteles queda claro que el ser humano es social por naturaleza y que la finalidad de esta naturaleza social tiene sentido en el bien de la comunidad:

Toda compañía se ajusta por causa de algún bien, y muy señaladamente aquella que es la más principal de todas, y que comprende en sí todas las demás compañías, habría de pretender el bien principal de todos. Esta es, pues, la ciudad y la compañía civil. (Aristóteles, 1930, p. 11).

Además, el estatus de ciudadano dependió en esa época de cada ciudad-Estado, según Aristóteles: “Aquel que tiene derecho y libertad de participar del gobierno, del Consejo y de la judicatura, se dice ser ciudadano de tal ciudad” (1930, p. 116). La ciudadanía está inscrita en la naturaleza humana, tiene su razón de ser en el bien del grupo de ciudadanos (aunque desconozca la mayoría de personas que no alcanzan este privilegio), se ejerce mediante la participación, pero requiere de una formación básica. La formación ciudadana toca íntimamente al ser humano, en cuanto que tiene que formarse para convivir con los demás; esa es tarea del Estado. Es pertinente aclarar que la concepción de ciudadanía elaborada por los griegos, especialmente por Aristóteles, es aplicable a sociedades pequeñas, culturalmente homogéneas, tal como lo señala Peña (2003). En cuanto a Colombia, en relación con la propuesta de la antigüedad griega y la capacidad de participación de los ciudadanos en el destino de la nación, la Constitución Política que rigió a Colombia por más de 100 años, y que tuvo vigencia hasta hace solo tres décadas, afirmaba en el artículo 41: “La instrucción primaria costeada con fondos públicos, será gratuita y no obligatoria”. Imposible pensar en formar una ciudadanía crítica, cuando ni siquiera la educación primaria era obligatoria en pleno siglo XX. Esto también explica el sometimiento irreflexivo de tantos ciudadanos al gobierno de turno.



Fuente: www.icarito.cl/wp-content/uploads/2012/05/antigua-Roma.png

ROMA: DE LA CIUDADANÍA POLÍTICA A LA CIUDADANÍA JURÍDICA

Terminado el auge de los griegos con la muerte de Alejandro Magno, la disolución de las ciudades-Estado griegas y la expansión del Imperio romano, el concepto de ciudadanía se vio necesariamente modificado en su concepción helénica. “Si se altera el régimen político, se altera automáticamente el ámbito de la ciudadanía” (Rubio, 2007, p. 33). Las circunstancias históricas hicieron que muchos filósofos de las llamadas escuelas helénico-romanas formaran centros de reflexión ética que se preguntaron por el sentido de la vida en un mundo cada vez más extraño; es así que epicúreos, estoicos, eclécticos, escépticos y neoplatónicos, más que preocuparse por el ejercicio de una participación activa de los ciudadanos en lo político, se inquietaron mejor por llevar una vida ajustada a determinadas normas éticas y reclamarán una vida más digna para el ser humano (Cicerón, 1974), pero no tanto una participación política, ya que esta no tenía cabida en el nuevo mapa geopolítico: el Imperio. El ejercicio de la ciudadanía extendida para todos como reconocimiento básico en la época del Imperio romano no fue necesariamente reclamada por los pensadores y representantes de las diferentes escuelas éticas.

Así como el espacio geográfico del Imperio se expandía con cada nueva batalla, la condición de sus habitantes también cambiaba, era inestable, tornadiza, voluble y caprichosa, pues dependía del carácter de cada emperador (Suetonio, 1992) y de las concesiones que se otorgaban por las colaboraciones de los distintos pueblos a las intenciones expansionistas. Ser ciudadano residía en estar reconocido por la ley romana, poseer un atributo legal que se concedía incluso a aquellos nacidos en pueblos más allá de las fronteras de Roma, en la medida de su simpatía y colaboración con el Imperio; la ciudadanía romana era una estrategia política que buscaba asegurar la unidad del Imperio; no se obtenía por el hecho de ser personas; era una concesión de tipo legal que se podía perder al no cumplir con las obligaciones. En fin, lo que se da es “una relación inversa entre extensión e intensidad de la ciudadanía” (Peña, 2003, p. 217). Al tratarse de una ciudadanía jurídica el ejercicio de la ciudadanía demanda el aprendizaje de las normas que hacían valer esa condición. No conocerlas podría acarrear consecuencias, pero conociéndolas era posible exigir las, y tenían inmediato cumplimiento:

Cuando le tenían estirado con las correas, dijo Pablo al centurión que estaba allí: “¿Os está permitido azotar a un ciudadano romano sin haberle juzgado?” Al oír esto el centurión fue donde el tribuno y le dijo: “¿Qué vas a hacer? Este hombre es ciudadano romano”. Acudió el tribuno y le preguntó: “Dime, ¿eres ciudadano romano?” – “Sí”, respondió. “Yo, dijo el tribuno, conseguí esta ciudadanía por una fuerte suma”. – “Pues yo, contestó Pablo, la tengo por nacimiento”. Al momento se retiraron los que iban a darle tormento. El tribuno temió al darse cuenta que le había encadenado siendo ciudadano romano. (Hechos de los Apóstoles, capítulo 21)

Edicto de Caracalla o *Constitutio Antoniniana*

El emperador César Marco Aurelio Severo Antonino Augusto declara: [...] puedo manifestar mi agradecimiento a los dioses inmortales que me protegen [...], considero, pues, que puedo [...] servir a su grandeza [...], haciendo participar conmigo en el culto de los dioses a todos los que pertenecen a mi pueblo. Por ello concedo a todos los peregrinos que están sobre la tierra la ciudadanía romana [salvaguardando los derechos de las ciudades] con la excepción de los dediticios. Pues es legítimo que el mayor número no sólo esté sometido a todas las cargas, sino que también esté asociado a mi victoria. Este edicto será [...] la soberanía del pueblo romano. (Wolff, 1978, p. 213).

La ciudadanía romana, por ser una cuestión más política que jurídica, va a depender de la voluntad de cada emperador; cada uno define, agrega o quita casi que a su antojo el *ius civile*. Así como hubo 81 emperadores entre Augusto hasta Constantino II, más conocido como Constantino el Grande, con quien la religión cristiana empezó a ser oficial, y cambiando lo jurídico también se modifica lo ciudadano, asimismo hubo diferentes momentos del ser ciudadano en el Imperio romano. Sin embargo, indudablemente hay momentos que marcaron hitos especiales para la ciudadanía, como el del emperador Caracalla, de la dinastía de “los severos” quien expidió la Constitución Antoniniana (ese era uno de sus seis nombres), también conocida como Edicto de Caracalla. En esta norma dice el emperador: “Haciendo participar conmigo en el culto de los dioses a todos los que pertenecen a mi pueblo”, lo que da entrada a que es necesario participar del culto a los dioses para hacer parte del pueblo. Emperadores como Diocleciano (245-316)

acrecentaron las persecuciones a los cristianos buscando que sirvieran a los dioses que obligaba el emperador, y podrían tener beneficios relacionados con la ciudadanía, o perdían todos los derechos (προσκύνησις). Constantino cambió radicalmente este estilo, y Teodosio firmó, en el 380, el Decreto *Cunctos Populos* (A toda la gente), con el que el cristianismo pasaba a ser religión del Estado, pero se empezaba a perseguir a quienes no se convirtieran.

En relación con la ciudadanía, lo que estaba en juego era los derechos que podía tener quien fuera ciudadano, eran derechos políticos como poder elegir y ser elegido, poder apelar las condenas y no ser sometido a pena de muerte, a no ser que se tratara de un crimen contra quien ostentaba el poder; también derechos comerciales, contraer matrimonio, tener patria potestad, heredar y poder ser juez. Por la misma voluntad de cada emperador, los del primer siglo de la era cristiana (Augusto, Tiberio, Calígula, Claudio y Nerón), para asegurarse el sometimiento de los ciudadanos, les cambiaban por propiedades un nuevo sometimiento, como tener casa y alimento, poder asistir al circo y otras diversiones. Lo que lleva a pensar en la dificultad para ejercer una ciudadanía, si no se tiene lo básico garantizado. Igual sucede en la actualidad, y son varios los gobiernos que, a cambio de pan, de aparente seguridad ciudadana y algo más, mantiene sometida la voluntad de los ciudadanos. Esta forma de chantaje del emperador hacia los ciudadanos fue característica durante los primeros siglos, por lo que el ser ciudadano en esa época muchas veces quedaba más en el imaginario. Algo similar sucede ahora cuando hay chantajes con programas de gobierno, como “Familias en acción” u otros similares, inversión focalizada como distracción, que han logrado un crecimiento de la pobreza, la que genera una mayor dependencia en los ciudadanos. Otro aspecto que incidió en la forma de ser ciudadano en la época romana se debió a que las ciudades fueron poco a poco quedándose sin habitantes, que preferían huir de ellas, que continuar con insoportables cargas tributarias. En Colombia se huye del campo a la ciudad, como se relatará más adelante, por la creciente inseguridad y la ausencia casi absoluta del Estado.



**“El fin de los ciudadanos es la
conservación de la comunidad”
Aristóteles .**



Fuente: <https://historiando.org/wp-content/uploads/2018/07/Edad-Media.jpg>

MEDIOEVO: DOBLE CIUDADANÍA, ES DECIR, NINGUNA CIUDADANÍA

La noción de ciudadanía hunde sus raíces en la cultura grecorromana, pero se va imbricando y solapando en los siglos venideros, estrechando vínculos con el desarrollo del pensamiento medieval y la cultura moderna de Occidente. El mundo de las ideas de Platón ayudó a crear cierto imaginario de Estado perfecto, ideal, que San Agustín (2004) cristianizará en *De Civitate Dei*. Esta obra es indiciaria, en buena medida, de lo que iba a ser la ciudadanía en el Medioevo: hay una ciudad terrena, basada en las leyes humanas, que se corrompe y destruye a sí misma, por la imperfección misma del hombre; pero también existe “la Ciudad de Dios”, indestructible, eterna, basada en el amor cristiano. Una formación ciudadana debe pensarse también en esta doble perspectiva: educarse para ser ciudadano del cielo y de la tierra.

Pero, antes de adentrarse en esa doble ciudadanía es necesario entender que la época llamada Medioevo hereda de la antigüedad grecorromana no solo la idea de ciudadanía, sino las particularidades de la misma. Por ejemplo, a partir del Edicto de Milán, 313, extiende los derechos de ciudadanía solo a los bautizados, dejando por fuera a los antiguos ciudadanos romanos que continuaban rindiendo culto a los anteriores dioses romanos, así como a los judíos y demás que no fueran cristianos. Lo que no garantizaba que los bautizados sí pudieran gozar de una ciudadanía plena, pues como pecadores, también eran ciudadanos imperfectos, que necesitaban quien los gobernara. Por eso, la idea de dos ciudadanías, la terrenal y la celestial, que debió traducirse en un doble reconocimiento de parte de quienes ostentaban el poder, en esa época intensamente feudal, aconteció lo contrario: se terminó aplazando tanto el desarrollo del concepto de ciudadanía como la práctica de los derechos del ciudadano (Peña, 2003, p. 218), quedando solamente la nobleza y parte del clero con ciertos derechos y privilegios, y el resto de hombres y mujeres nuevamente excluidos, desconocidos o no reconocidos. La poca educación que fue apareciendo estuvo al abrigo de la Iglesia, por medio de las comunidades monásticas y parroquiales. Se instruyó más al cristiano y no se formó al ciudadano; se manipuló la fe de las personas para que aspiraran a un reconocimiento pleno después de esta vida, haciendo de la pobreza y la obediencia una virtud.

El sistema feudal, basado en la desigualdad social, con fuerte estructura piramidal, hace imposible que se dé en la práctica una ciudadanía como expresión de derechos de cualquier índole y se plantee una formación viable: “La ciudadanía es incompatible con el feudalismo medieval” (Marshall y Bottomore, 1997, p. 314). Por tanto, la formación ciudadana es inexistente, ni siquiera se piensa, lo mismo que tampoco se demanda la necesidad de reconocimiento. Reconocimiento y formación ciudadana son ausentes en el Medioevo, teñido en algunos momentos de oscurantismo, que recubrió las exigencias sentidas de la sociedad medieval. Aunque no todo es negativo, y sería un error histórico y anacrónico hacer un juicio del Medioevo sin resaltar que fue allí donde se conquistó la razón para que se diera el Renacimiento y naciera la Edad Moderna, de acuerdo con la tesis de Gilson (1965).

Tales son los hechos. Antes de encontrar una fórmula para definir a la Edad Media, sería necesario encontrar una para definir a Eloísa. Yo aconsejaría enseguida buscar una para definir a Petrarca. Hecho esto, habría que buscar una tercera para definir a Erasmo. Una vez resueltos estos tres problemas, se podría proceder, con toda seguridad, a definir la Edad Media y el Renacimiento. Tres más dos, son cinco imposibilidades. (Gilson, citado por Echauri, 1971, p. 40).

Los cambios más significativos en la práctica de algunos derechos fueron conquistados por los burgueses y jalonados por el comercio como verdadero motor de dichas transformaciones. La relectura del libro de *La Política*, realizada especialmente por Santo Tomás, “inspiró de una manera continuada, a base de sucesivos renacimientos, el pensamiento político-jurídico occidental hasta el siglo XVIII” (Costa, 2006, p. 42). Como consecuencia, se vuelve a poner sobre la mesa lo logrado por los antiguos griegos y romanos en materia de ciudadanía; y de allí, como de una nueva fuente, se irán sirviendo los comensales del pensamiento político en la temprana Edad Moderna. El feudalismo medieval retomó una antigua idea griega de ciudadanía ligada a la posesión, a la propiedad; idea que sublimará posteriormente Kant en el conocimiento como propiedad del ciudadano. La ciudadanía “pervive en algunos núcleos urbanos (ciudades hanseáticas): ser ciudadano es ser miembro de una urbe o burgo, acreedor a ciertos privilegios y sujeto a una ordenación local relativamente autónoma” (Peña, 2003, p. 218).

Desde los griegos hasta finales de la Edad Media, la ciudadanía estuvo asociada con el privilegio de unos pocos, lo que lleva implícita la exclusión de la mayoría; quienes gozaban de algunos privilegios eran una minoría frente a la gran mayoría del pueblo,

desconocida o no reconocida, desprotegida y abandonada por todos los gobiernos, indistintamente si eran monarquías, imperios o repúblicas. La educación y la formación como se entiende actualmente no existió en el Medioevo; aunque allí nació la universidad, que fue antecedida por las escuelas monásticas, palatinas y catedráticas; y configuró métodos propios de enseñanza, especialmente en la escolástica, como la *lectio*, la *quaestio* y la *disputatio*, que prefiguraron las actuales competencias básicas de interpretación, argumentación y proposición (Cuervo y Rengifo, 2009). La aparición de una nueva época, conocida como Edad Moderna, empezó a llamar la atención sobre el individuo, sobre la persona como sujeto de derechos. En estas nuevas lógicas del pensamiento humano se fueron gestando axiologías desconocidas hasta entonces y que permitieron poner sobre la mesa de discusión los derechos de la mayoría, a veces en contra de las minorías que a lo largo de la historia sometieron y manipularon.

En la Constitución de 1886, que como ya se dijo, gobernó a Colombia por más de un siglo, y tuvo vigencia hasta hace escasos 30 años, se estableció en el artículo 41: “La educación pública será organizada y dirigida en concordancia con la religión católica”. A renglón seguido afirma que no será obligatoria, aunque sí gratuita “la instrucción primaria”. En la instrucción cívica y religiosa en Colombia, no en la formación ciudadana, que no existía como tal, se enseñaba como dogma: “*Omnis potestas est a Deo*” (todo poder viene de Dios), lo que hacía incuestionable a los gobernantes, pues según la misma Iglesia, si el presidente o los gobernantes tenían poder es porque había sido dado por Dios; el pueblo solo legitimaba ese poder divino que revestía los gobiernos. ¿Qué diferencia, en este sentido, hay con el Medioevo? Por eso, los relatos de desplazamientos que se harán más adelante están impregnados del espíritu medieval que facilitaba el abuso del gobernante sin garantías para los ciudadanos. Aunque ni en Colombia ni en América Latina se dio el fenómeno feudal, sin embargo, algunas de sus características se han enquistado en la sociedad colombiana, donde muchos campesinos son percibidos como siervos de la gleba, la que trabajan y tributan a los dueños, con pago de jornales irrisorios, manteniéndolos siempre en la pobreza³.



“La ciudadanía es incompatible con el feudalismo medieval” .

3 Al respecto, se pueden leer los estudios realizados por Camilo Torres (2015) acerca de la violencia y los cambios sociales: <https://www.filosofia.org/hem/dep/pch/n01p004.htm>



Fuente: https://intercienciassociales.files.wordpress.com/2010/03/botticelli_venus1.jpg

EDAD MODERNA Y CONTEMPORÁNEA: LOS DERECHOS COMO PROTAGONISTAS

En el umbral de la llamada Edad Moderna cabe subrayar una exclamación que hace Peña (2003) y que permite centrar el objeto mismo que persigue la ciudadanía en esta nueva época: “¡Qué es, entonces, el ciudadano, sino un sujeto de derechos!”, por lo que se “identifica la ciudadanía con los derechos” (p. 220). La afirmación es cierta, en cuanto que los derechos serán el eje del acontecer del ciudadano durante este nuevo tiempo, pero no está en el umbral de la Edad Moderna, no fue su punto de partida. Los comienzos de esta época están marcados dentro de varias características por el desarrollo del absolutismo, de la concentración de poderes en manos del soberano. “El discurso de los siglos XVI y XVII sobre los derechos ni es una variación inocua sobre temas medievales... ni supone el triunfo imprevisto de una modernidad finalmente emancipada de la barbarie feudal” (Costa, 2006, p. 63). Fueron las nefastas consecuencias para el pueblo por la práctica del absolutismo lo que principalmente llevó a varios pensadores a cuestionarse acerca de la administración política a preguntarse nuevamente por el hombre y a proponer alternativas de gobierno. En muchas ocasiones, no se trataba de oponerse al soberano, al que necesitaban para que garantizara la seguridad y el orden en los habitantes del pueblo. “Ciudadano es el súbdito que obedece al soberano y obtiene a cambio protección en los enfrentamientos con los enemigos internos y externos” (Costa, 2006, p. 53).

Abre la Edad Moderna, desde lo filosófico, una frase de Descartes (2010) al comienzo de su escrito *El discurso del método*: “El buen juicio es lo mejor repartido en el mundo, a tal punto que nadie quiere tener más del que tienen porque cree que es suficiente” (p. 33). Si eso es así, no es más lo que se necesita para el ejercicio mismo de la ciudadanía. Sin embargo, hay otros pensadores en estos albores de la modernidad, como Maquiavelo (1970) con su obra *El Príncipe*, que pretende darle mayor estabilidad al Estado, empoderando a su gobernante, debido especialmente a la debilidad de los incipientes Estados nacionales y al afán de libertad y autonomía: “Es menester que sepáis que hay dos modos de defenderse: uno con las leyes y otro con la fuerza” (p. 84). Aunque no se

puede afirmar que tenga una clara conciencia del ser ciudadano, afirma: “Otro medio según el cual un particular puede hacerse príncipe sin valerse de crímenes ni violencias intolerables, es cuando, con el auxilio de conciudadanos, llega a gobernar en su patria” (p. 47). Con esto subraya la importancia de la aprobación de los conciudadanos para el control del poder; existe en su planteamiento un germen de ideas políticas y civiles que se desarrollarán en los siglos venideros, donde se fortalecerá la idea de un gobierno central, fuerte que exige obediencia (Costa, 2006, p. 48).

“La máxima de Ulpiano: *‘quod principi placuit legis habet vicem’* la voluntad del príncipe tiene fuerza de ley” (Anderson, 2007, p. 22), corresponde exactamente al ideal legislativo de organización monárquica de los nuevos Estados. Tomas Hobbes, al partir de un concepto diferente de hombre donde prima la ley del más fuerte sobre el más débil, señala que su naturaleza tiende a hacer daño a los demás (*homo lupus homini*), termina justificando la necesidad de una sociedad, de un Estado fuerte y de unas leyes para garantizar la convivencia y la búsqueda de la paz. El ciudadano no puede vivir de manera independiente frente al Estado, sino que debe cederle sus derechos al soberano absoluto a cambio de tranquilidad y paz; el sometimiento al soberano es requisito sustancial para establecer el orden en cualquier parte.

Con John Locke se desarrolla una filosofía política propiamente dicha. Afirma que la ley es fruto de la razón humana y que pretende la igualdad y el bien de la comunidad; la razón tiene como propósito dar cuenta de las relaciones armónicas entre los hombres; por lo que estas relaciones deben caracterizarse por la reciprocidad y la conservación de la sociedad. A partir del consentimiento de los ciudadanos es que existe un poder civil, la constitución de un Estado, que tiene por objetivo garantizar la libertad de los individuos, conservar y promover la sociedad civil; donde los individuos nunca pueden renunciar a sus derechos y deben estar prestos a rechazar cualquier arbitrariedad que de allí se derive. No cabe duda que Locke constituye el prólogo del liberalismo revolucionario.

En el siglo XVIII el poderío de la razón se muestra en una doble cara: por un lado, el desarrollo vertiginoso de las ciencias y, por otro lado, la fuerza incontrovertible de los argumentos que describían las condiciones infrahumanas e inaceptables a las que estaban sometidos los gobernados, y que terminará en la Revolución francesa. Es una época donde predomina la razón, lo útil y lo práctico que agudizará el caos social, pero que acabará con el absolutismo y dará nacimiento a la proclamación de los derechos del hombre y del ciudadano. “La importancia del reconocimiento se modificó y se intensificó a partir de la nueva interpretación de la identidad individual que surgió a finales del siglo XVIII” (Taylor, 2001, p. 47).

Son varios los pensadores que se circunscriben dentro de esta fértil época; entre ellos Charles Louis de Secondat, barón de Montesquieu (2004). En su obra *El espíritu de las leyes* (1845) muestra que antes que el caos o el desorden existen las leyes que regulan la naturaleza y ayudan a controlar la vida del hombre en sociedad. No se le puede culpar al azar ni al fatalismo lo que sucede, pues la desigualdad entre los hombres no se debe a la casualidad sino a las decisiones de los hombres que han querido negar y olvidar los derechos de los demás. Aunque la igualdad total es imposible, sí pueden y deben el Estado y las leyes poner límites para evitar el abuso, que se convierte en la negación de los derechos de la mayoría.

Juan Jacobo Rousseau (1995), en *El contrato social*, afirma que cuando a las personas se les permite y favorece para que voten libre de toda clase de presiones, cada uno decide por su propio interés, que termina siendo el legítimo interés general; y, en *El Emilio*, especialmente, se puede leer su amplio pensamiento con el que contribuyó de manera definitiva a que tomaran fuerza y se desarrollaran los movimientos que caracterizaron el siglo XVIII, y que repercutieron en el llamado pensamiento moderno. Afirma Gutmann en la introducción a *El multiculturalismo y la política del reconocimiento* de Taylor (2001) que:

La política rousseauiana de reconocimiento, como lo llama Taylor, desconfía de toda diferenciación social y a la vez es sensible a las tendencias homogeneizantes –en realidad, incluso totalitarias– de una política del bien común, en la que éste refleja la identidad universal de todos los ciudadanos. Según este plan, se puede satisfacer la exigencia de reconocimiento, pero sólo después de que han sido social y políticamente disciplinada, de modo que las personas puedan jactarse de ser poco más que ciudadanos iguales y por tanto esperen ser públicamente reconocidas sólo como tales. Con razón, Taylor arguye que ése es un precio excesivo por la política de reconocimiento. (p. 18).

El orden social y político no es de origen natural, sino que surge de la expresión de la voluntad general; la única asociación que es de derecho natural es la familia. A través de la manifestación de su querer, los hombres se convierten en soberanos y súbditos: “Ciudadanos en cuanto participan de la autoridad soberana, y súbditos, en la medida que están sometidos a las leyes del Estado” (Rousseau, 1995, p. 94).

El ciudadano requiere unir sus fuerzas a las de los demás con el fin de proteger y defender sus bienes y los de los demás: “El soberano es la comunidad y resulta inconcebible que un cuerpo pueda perjudicar a uno de sus miembros” (Costa, 2006, p. 67). Esto lo logra a través de un contrato social, que da origen a la persona pública, y esta persona pública, por la alianza con todas las demás, se denomina Estado; es decir, es en el pueblo en el que reside la soberanía, así esta esté representada por el monarca, y que tiene como propósito al beneficio público. De esta manera, se ha ido allanando el camino, especialmente durante el siglo XVIII, para que su majestad el ciudadano sea el protagonista; lo que se empezará a concretar con la Revolución francesa, donde por primera vez en la historia hay una declaración formal de los derechos del hombre y del ciudadano.

Partirá del principio de que la soberanía descansa en el pueblo, en el ciudadano, y que este puede expresar su voluntad a través de sus representantes para que ellos establezcan las normas que garanticen el disfrute de los derechos, que ya no son voluntad del soberano rey, sino del soberano pueblo, de la soberana ley. Así nace el concepto moderno de ciudadano: sujeto de derechos, súbdito de la ley para poder vivir en la libertad. “No es de sorprender que podamos encontrar algunas de las ideas seminales acerca de la dignidad del ciudadano y del reconocimiento universal, si bien no en esos términos específicos, en Rousseau” (Taylor, 2001, p. 56).

Costa (2006) asevera que el resultado de la Revolución francesa consistió en hacer que los derechos naturales fueran reconocidos como derechos civiles:

Para los hombres de 1789, el futuro consiste en la creación de un Orden que lleve a cabo la transformación –rousseauiana– de los derechos naturales en derechos civiles, y encuentre su propio gozne en la libertad y en la propiedad de los sujetos. (p. 117).

Mientras que los derechos naturales no tienen otros límites que los necesarios para garantizar a cualquier otro hombre el libre ejercicio de los mismos derechos, los derechos del ciudadano son exclusivos y, por tanto, excluyentes, pues, aunque todos son hombres y tienen iguales derechos por su condición humana, no todos son ciudadanos. Se puede decir que la Revolución francesa planteó el problema, lo puso en el orden del día, pero no creó inmediatamente las condiciones para su solución; mucho tiempo después solamente los hombres (no las mujeres), adultos, blancos (no los negros), propietarios (no los pobres), podían disfrutar de los llamados derechos del hombre y del ciudadano; nótese el género de los términos: del hombre y del ciudadano.

La Revolución francesa colocó la piedra angular para plantear una formación ciudadana que vaya más allá de lo conquistado por la revolución misma. En este sentido, aparecerán las propuestas de La Chalotais, que proponía la educación pública como condición para lograr la igualdad entre ciudadanos, mientras que Condorcet insistía en la obligación inherente a la sociedad para educar a todos los ciudadanos. Estas propuestas aunadas a las ideas sobre educación venidas de pedagogos como Rousseau, y sumadas al empeño de personajes comprometidos con la educación como San Juan Bautista de La Salle, hicieron posible la configuración de la escuela en el seno del Estado, “*ad abundantiam*, Estado moderno” (Costa, 2006, p. 51).

La relación entre formación ciudadana y derechos, como acto de reconocimiento del otro de parte del Estado, basada en la reciente declaración de los derechos del hombre y del ciudadano, demanda esbozar una correspondencia dialéctica compleja, en cuanto que no siempre ciudadanía ha significado lo mismo, y los derechos tampoco han estado disponibles de la misma manera. ¿Para qué momentos, para qué lugares y bajo qué condiciones formar a un ciudadano? No todos los ciudadanos han tenido derecho a todos los derechos, ni todos los derechos han sido propios o exclusivos de todos los ciudadanos. Desde la formación ciudadana cabe la pregunta, nunca anacrónica, acerca de que si el ser humano no ha sido digno por el solo hecho de existir; pregunta que cuestiona las razones que se han usado para aplazar el reconocimiento fundante de toda convivencia, llevando a prácticas indignantes por el desconocimiento de la dignidad del otro. Una formación ciudadana necesariamente ha de partir del reconocimiento de la igual dignidad, por encima de circunstancias.

Preguntarse por la ciudadanía, por las ciudadanías, por la formación ciudadana, por el reconocimiento, por el derecho y por los derechos, y su relación con la justicia, establecer sus orígenes y sus intereses, no siempre explícitos, no es tarea fácil. Tanto la ciudadanía como el derecho están cobijados por historias de exclusión y de desigualdad: la ciudadanía ha sido su medida; son conceptos y prácticas que se han manejado con intereses de las clases dominantes para mantener a los gobernados como verdaderos súbditos. Por esta razón es que cuando se ha pretendido brindar una formación ciudadana, esta ha estado marcada por tendencias ideologizantes, inclusive en la actualidad, y desde los gobiernos mismos, que han utilizado la educación como instrumento no de liberación, sino de manipulación y sometimiento (Freire, 1996).

En este ambiente se presenta otro escenario, y es el de la relación entre teoría y práctica; una cosa es que conceptualmente existan y que se hable de ciudadanía y de derechos, y otra, muy diferente, que en la cotidianidad se respeten los derechos y se viva la ciudadanía. ¿Qué sentido tendría un planteamiento teórico y retórico, si no existen condiciones prácticas para que se materialicen los derechos y se haga valer la ciudadanía?

“Esta creciente conciencia nacional... sentimiento de pertenencia a una comunidad y a una herencia común, no tuvieron ningún efecto material en la estructura de clases y en la desigualdad social... la masa de trabajadores carecía de verdadero poder político” (Marshall y Bottomore, 1997, p. 319).

La relación de los derechos y la ciudadanía va apareciendo cada vez con mayor fuerza, así mismo, la formación ciudadana, que ha experimentado un proceso venido de menos a más. Ciudadanía ha sido sinónimo de derechos, aunque con carácter de exclusividad. No se concibe un ciudadano sin derechos; es más, son los derechos y su práctica los que definen el ser ciudadano. Todo ciudadano es un sujeto de derechos, así no lo sea de todos, pero mínimamente le reconocen los sustanciales o fundamentales, así le pertenezcan todos los demás. Esto da a entender que los derechos desbordan la ciudadanía, por lo que esta se circunscribe dentro de ellos, sin que sea condición ciudadana abarcarlos. Es posible encontrar sujetos de derechos sin que sean ciudadanos, pero no ciudadanos sin que sean sujetos de derechos. Lo que plantea retos cada vez más sutiles a la inaplazable formación ciudadana desde una perspectiva crítica, capaz de cuestionar y proponer, pero siempre de llevar al sujeto a reconocerse en el rostro del otro, como rostro donde lo público se hace realidad concreta (Del Basto, 2007).

Es posible, entonces, decir que son los Estados, representados por sus gobernantes y sus modelos de política, los que excluyen o incluyen, los que reconocen o desconocen, los que causan desigualdad o la evitan. Pero paradójicamente son los Estados los que proponen la formación de sus ciudadanos, ¿con qué intereses? Un ciudadano es tal, solamente en la medida en que es miembro de un Estado o de un colectivo que le reconocen su condición; fuera del Estado o fuera del grupo, la ciudadanía no es más que una entelequia, una ficción; porque lo que constituye el ser del ciudadano son los derechos, como expresión del reconocimiento debido. Lo que se cuestiona de fondo es que igual debiera suceder con todo ser humano; es cuestionable que a un ser humano no se le reconozcan sus plenos derechos, por el simple hecho de ser humano, y que se le someta a una insoportable taxonomía de su condición; por eso, toda formación ciudadana ha de ser crítica, ha de sondear en la ontogénesis del reconocimiento sus fundamentos epistémicos.



“El buen juicio es lo mejor repartido en el mundo, a tal punto que nadie quiere tener más del que tienen porque cree que es suficiente”

La diferencia entre negarle los derechos a un ser humano que ostente la condición de ciudadano y a otro que no exhiba esa misma condición, radica en que para el ciudadano se convierte en un atentado contra su misma definición, expresión de su dignidad, pues lo que hace al ciudadano es el reconocimiento de sus derechos, es decir, es un problema de tipo epistemológico conceptual; mientras que negarle los derechos que le corresponden a todo ser humano, por el simple hecho de existir, es decir, no reconocer su igual dignidad, esa negación se convierte en un problema de tipo existencial ontológico. Si bien todo ciudadano es ser humano, no a todo ser humano se le reconocen sus derechos de parte del Estado. Realidad que cada día avanza metamorfoseándose en las políticas neoliberales que convierten los derechos en negocios, como la educación y la salud, por ejemplo.

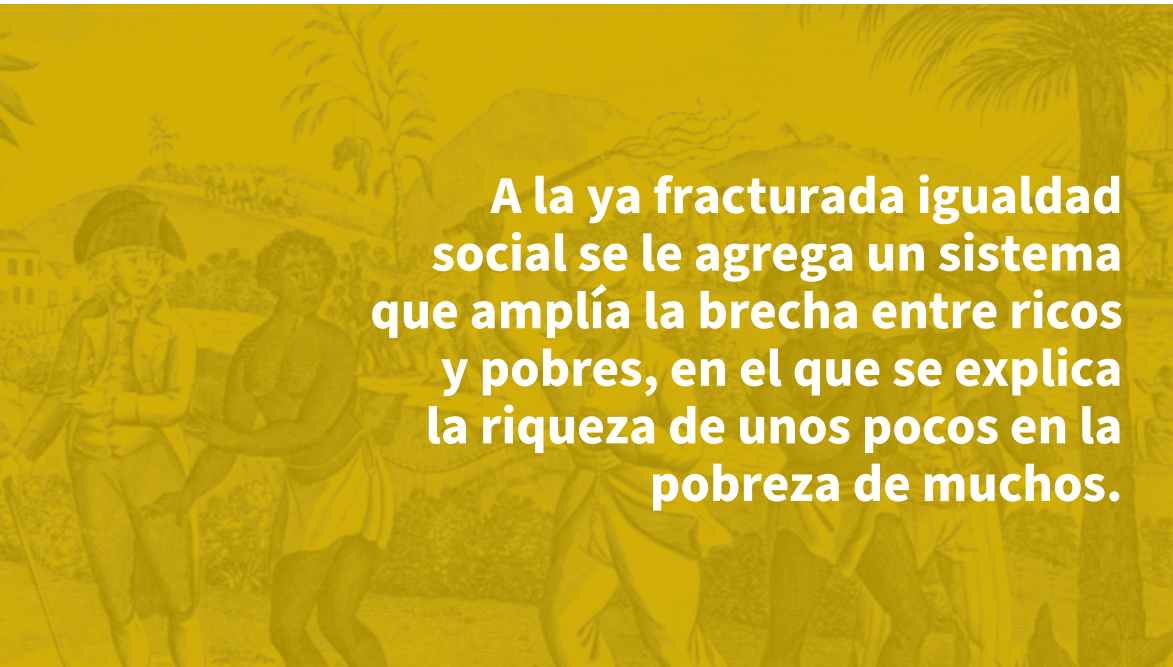
Algunos autores consideran especialmente desde una perspectiva iusnaturalista que el hombre antes que ciudadano, acreedor de derechos que lo definen como tal, es persona, es individuo, es hombre; lo humano, lo social en él es anterior a lo político, a lo civil (Peña, 2003). Sin embargo, humanidad y ciudadanía son conquistas, conseguidas a través de la resistencia y de las luchas bélicas y dialécticas; y, si bien la humanidad es anterior a la ciudadanía, la ciudadanía ha conquistado mojones de humanidad para el ser humano, a pesar de que históricamente haya tenido, y siga teniendo, un carácter exclusivista. La formación ciudadana ha de auscultar esta realidad histórica y proponer el jalonamiento de nuevas, necesarias y urgentes conquistas. Aquí cobra mayor importancia el relato de cuatro campesinos empujados por las circunstancias políticas del momento, más que por un inexorable e inexistente destino. Son decisiones concretas tomadas por quienes han ejercido el poder las verdaderas causas de los interminables desplazamientos⁴ y de la configuración de la subversidad como manera de sobrevivencia. Es la resistencia pasiva del que se desplaza sin decir nada como condición para conservar la vida, pero llevando en su alma el dolor del desarraigo; pero, también es la resistencia armada, sofocada hasta la lucha de confrontación bélica la que muchas veces permite que esos mojones de humanidad conquistados no se pierdan. No es una justificación de la violencia, sino una referencia a que algunos alzados en armas no han tenido otro camino, y que la participación ciudadana es un logro que aún no se logra del todo.

A la ya fracturada igualdad social se le agrega un sistema que amplía la brecha entre ricos y pobres, en el que se explica la riqueza de unos pocos en la pobreza de muchos; buscando para ello inclusive justificaciones hasta en las mismas teorías evolucionistas: los ricos hacen parte de una especie superior, llamada a sobrevivir y gobernar, mientras que los pobres, por carecer de las habilidades necesarias, están llamados a desaparecer o a vivir sometidos.

4 Informe de la ACNUR acerca de los desplazamientos forzados en Colombia: <https://www.acnur.org/5b97f3154.pdf>

La intimidación, la amenaza de violencia y la censura estatal han sido en el transcurso de la historia humana los instrumentos con los cuales los que detentan el poder, siempre supieron impedir que la capacidad de aprendizaje de los oprimidos pudiera llevar al socavamiento moral de su propio dominio. (Honneth, 2009, p. 23).

Al respecto, afirma Marshall y Bottomore (1997): “Aunque la pobreza pueda ser necesaria, no es necesario que ninguna familia sea pobre” (p. 314). Las condiciones mínimas que se vienen exigiendo, especialmente desde el siglo XIX, también buscan garantizar que el sistema democrático sea legitimado por el ciudadano y estable; donde la propiedad no limite los derechos, a pesar de la desigualdad social, considerada por algunos como natural y compatible con la ciudadanía (Peña, 2003, p. 223). Si bien la época llamada moderna desde las lógicas del pensamiento Occidental ha significado el mayor avance en la conquista de la ciudadanía, esta conquista no se ha extendido de manera homogénea o similar por el resto del mundo, teniendo en el marco colombiano la combinación simultánea de antípodas en las formas de vivir la ciudadanía. Perviven los privilegios para castas exclusivistas, en detrimento de la mayoría, que aún vive en la desesperación por la falta de oportunidades. Basta mirar el panorama de los desplazados por acciones del mismo gobierno, como los relatos que aquí se presentan.



A la ya fracturada igualdad social se le agrega un sistema que amplía la brecha entre ricos y pobres, en el que se explica la riqueza de unos pocos en la pobreza de muchos.

DE LA COLONIA AL COLONIALISMO Y A LA COLONIALIDAD

“Encarnamos la paradoja de ser Estados-nación modernos e independientes y, al mismo tiempo, sociedades coloniales, en donde toda reivindicación de democratización ha sido violentamente resistida por las élites ‘blancas’”.

Quijano (2014)

La anterior afirmación es lapidaria y sintetiza todo lo que ha significado la principal herencia de la colonia como época, y es la continuidad del colonialismo convertido en la manera de concebirse América Latina como colonialidad global. Por esta razón fue que visionarios como Agualongo y Piar prefirieron la muerte antes de servir a un proceso de liberación de los españoles para caer en manos de los criollos, las nuevas élites que violentamente resistirían al cambio, como aún lo siguen haciendo. El régimen colonial, como administración mediante la sumisión por superioridad intimidatoria, logró crear una suerte de desesperanza aprendida en los colonizados, maltratados con régimen de terror para evitar la protesta o reclamo, donde lo primero que se comprimía era pensar, y si se trataba de hacer existía lo que años después George Orwell (2016) denominara la policía de pensamiento, para designar el control de todo, hasta de la forma de pensar. Ningún régimen colonial permitió la educación como derecho, y la vio como amenaza. Por eso, solo podían acceder a ella los hijos de la élite, varios de los cuales lograron entender la necesidad de un cambio, y lo propusieron, como es el caso de Antonio Nariño, Camilo Torres, Francisco José de Caldas, Francisco de Paula Santander, Simón Bolívar y una veintena más. No siempre tuvieron una visión de futuro, y su mirada quizá se ubicó más en el afán de la independencia de España, que en la construcción armónica y progresista de una nueva nación.

La principal herencia de esta época fue el aprendizaje en profundidad de la condición de dependencia, como si se tratara de la única posibilidad de sobrevivir, y no ensayar otras formas diferentes de configurarse como nación y Estado. “Las sociedades nacionales latinoamericanas son constitutivamente dependientes y, en consecuencia, su legalidad histórica es dependiente; o, en otras palabras, la racionalidad de sus procesos históricos de cambio no puede ser establecida al margen de la dependencia” (Quijano, 2014, p. 526). La dependencia necesita de la estructuralidad, de una organización que entrase procesos, que marque distancias entre élites autónomas y élites dependientes y amplíe distanciamientos con las comunidades sometidas (Quijano, 2014). De esta manera, el sometimiento es doctrina que fundamenta epistemológicamente el colonialismo. Aquí puede servir como ejemplo de la estructuralidad de la dependencia, en relación con el ejercicio de la ciudadanía, la manera coordinada de actuar del Gobierno (entrabada) con los grupos al margen de la ley, como los “Pájaros” o las bandas criminales, o con apariencia legal, como los “Chulavitas” y las “Convivir”; todos estos grupos de reconocida connivencia con las fuerzas militares del Estado. Desde el alto Gobierno, y de manera soslayada o a veces explícita siempre ha habido justificaciones para estas alianzas criminales, bajo el sofisma de garantía de valores superiores: “Las comunidades agresivas-exclusivas, cuyo ejemplo arquetípico es la ‘sociedad colonial’, están constituidas por grupos sociales dominantes que se cierran en una pretendida superioridad para no ser corrompidos por comunidades supuestamente inferiores” (Santos, 2018a, p. 85).

Que haya comunidades consideradas epistémicamente inferiores justificaría a las élites su necesidad de existencia; aclarando que al interior de las mismas élites hay grados o niveles de dependencia o autonomía. Las élites consideradas superiores frente a otras élites, por tanto, inferiores o dependientes, usaron para sus intereses a las élites dependientes, pero dándoles reconocimiento superior al pueblo, este sí totalmente dependiente de las élites todas. Al verse a sí mismas como superiores, no logran desarrollar ningún sentido de pertenencia por el territorio, sino de apropiación en detrimento de los que lo habitaban, el pueblo. De ahí la poca o nula consideración desde élites sometidas, como el Congreso, legislando en contra del pueblo y a favor de las élites superiores. La dependencia es, de lejos, la herencia más profunda de la época colonial. En los debates que se hacen al respecto, inclusive análisis judiciales y jurídicos, además de políticos, se puede percibir la muy poca comprensión de la grave afectación que genera la dependencia, como expresión de una colonialidad que ha hecho tránsito más allá de la época colonial. Como bien lo describe Aníbal Quijano: hasta la racionalidad para pensar el cambio no se hace por fuera de la dependencia; si hay cambio, sería solo el que se pueda hacer dentro de los límites de la dependencia. Por eso el ambiente reformista como garantía para que nada cambie. Se hacen reformas precisamente para que todo siga igual, para que las jerarquías se perpetúen y el *statu*

quo se inmovilice, garantizando las jerarquías y sus diferencias. Y esto sucede en todos los sistemas que conforman el Estado, incluyendo lo educativo.


La sociología de las ausencias se confronta con la colonialidad, procurando una nueva articulación entre el principio de igualdad y el principio de diferencia y abriendo espacio para la posibilidad de diferencias iguales –una ecología de diferencias hecha a partir de reconocimientos recíprocos–. Esto se realiza sometiendo la jerarquía a la etnografía crítica (Santos, 2001a). Esta última consiste en la deconstrucción tanto de la diferencia (¿hasta qué grado la diferencia es un producto de la jerarquía?) como de la jerarquía (¿hasta qué grado la jerarquía es un producto de la diferencia?). Las diferencias que quedan cuando la jerarquía desaparece se convierten en una denuncia poderosa de las diferencias que la jerarquía reclama para no desaparecer. (Santos, 2018b, p. 744).

Una de las tantas consecuencias que se van desplegando de la colonialidad como efecto psicológico adaptativo del colonialismo es el desconocimiento y desprecio por el otro, inicialmente de parte de quien domina, pero luego se desarrolla ese desprecio entre los mismos dominados, con el agravante de no cuestionar la manera de ser y estar, sino que se naturaliza hasta la violencia, al estilo de Plauto: “*Homo lupus homine*”. El colonialismo, en cuanto “ismo” instrumentaliza al ser humano a partir de una ordenación de poder en función de la explotación y la dominación del otro, mediante el trabajo, y de lo otro, que es la naturaleza, sustantivándola como simples recursos naturales para la producción y comercialización, por lo general por medio de un control establecido desde la autoridad. Este colonialismo, en cuanto afecta las relaciones intersubjetivas, se convierte en colonialidad, que se instala en el ser mismo de la persona de manera más sutil y profunda, siendo más difícil detectarlo, identificarlo y desterrarlo o superarlo, ya que se sitúa como forma de pensar la misma cotidianidad, obviando la pregunta por lo que acontece, dejando al devenir y a la inconsciencia de la razón instrumental la explicación. Como ejemplo está el no cuestionamiento de la educación que es ofrecida por el establecimiento como autoridad, o las relaciones interpersonales en las que se justifica el desprecio al otro, en la disculpa de la aparente seguridad y no del racismo, como es característica de la colonialidad.

Las epistemologías del sur pretenden mostrar que los criterios dominantes del conocimiento válido en la modernidad occidental, al no reconocer como válidos otros tipos de conocimiento que no sean los producidos por la ciencia moderna, provocaron un epistemicidio masivo, es decir, la destrucción de una variedad inmensa de saberes que prevalecían principalmente del otro lado de la línea abisal, en las sociedades y sociabilidades coloniales. (Santos, 2018a, p. 314).

Solo en una sociedad dominada por la misma colonialidad del poder se puede desarrollar una violencia como la acontecida (y que actualmente acontece) en Colombia, donde el desprecio por el otro, hasta su aniquilamiento, es expresión del fanatismo, la intransigencia y racismo que caracteriza a la colonialidad. Cuando este desprecio, reificación y eliminación del otro lo genera el mismo Estado y su gobierno de turno, expresa la dominación colonial, y es aquí donde estriba la desconfianza de una formación ciudadana y el ejercicio de una ciudadanía, que se supone efectivizada en el goce de derechos, por lo que toda propuesta estatal debe pasar por la criba del análisis riguroso, haciéndose necesario buscar las raíces fundacionales de un ciudadano soberano y digno por el solo hecho de existir, justificación última y primera de los poderes del Estado.

Las enseñanzas, mejor, los aprendizajes del colonialismo son varios: se aprendió a dominar y reprimir al otro y a lo otro, en una relación intersubjetiva de sometimiento; se usa al otro y a lo otro en beneficio propio de carácter capitalista, violentando los universos simbólicos y de sentido, hasta llegar a la colonización de las perspectivas cognitivas cambiando los sentidos y significados de la vida. Esto fue lo que se transmitió y se respiró en la cotidianidad de los campesinos colombianos relatados más adelante, abandonados, desprotegidos, violentados, ninguneados por parte del Estado y los diferentes gobiernos, caracterizados siempre por el afán burocrático y nunca del interés público, dando la sensación que muchos de los que pregonan el interés público lo hacen como una manera de contener y expresar la exacerbación por el interés privado. La soberanía del ciudadano tiene esta misma dificultad: está colonizado pensar en el cambio, porque tiene razones para no creer en él, lo que equivale a aceptar pasivamente la historia como destino y no como oportunidad de transformación.



**La dependencia es, de lejos,
la herencia más profunda
de la época colonial.**

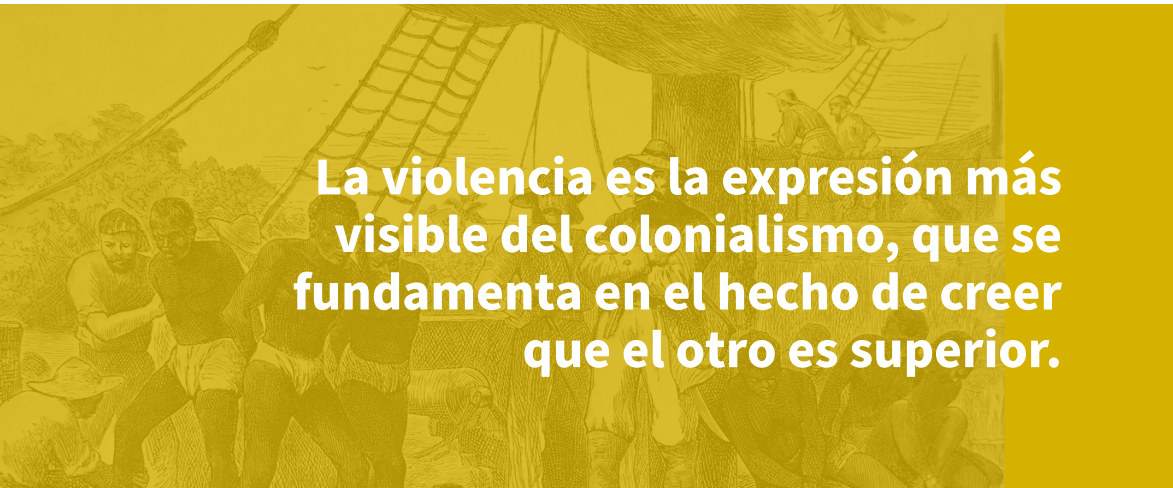
En el proceso que llevó a ese resultado, los colonizadores ejercieron diversas operaciones que dan cuenta de las condiciones que llevaron a la configuración de un nuevo universo de relaciones intersubjetivas de dominación entre Europa y lo europeo y las demás regiones y poblaciones del mundo, a las cuales les estaban siendo atribuidas, en el mismo proceso, nuevas identidades geoculturales. En primer lugar, expropiaron a las poblaciones colonizadas –entre sus descubrimientos culturales– aquellos que resultaban más aptos para el desarrollo del capitalismo y en beneficio del centro europeo. En segundo lugar, reprimieron tanto como pudieron; es decir, en variables medidas según los casos, las formas de producción de conocimiento de los colonizados, sus patrones de producción de sentidos, su universo simbólico, sus patrones de expresión y de objetivación de la subjetividad. (Quijano, 2014, p. 787).

La violencia es la expresión más visible del colonialismo, que se fundamenta en el hecho de creer que el otro es superior; y mientras más necesidad demuestre el colonizador de su ansiedad, fruto de sus necesidades (Dussel, 2021), más violento se torna con el otro reducido a objeto de producción para su beneficio. En la medida en que fueron apareciendo en Europa las riquezas extraídas de América, más necesidad se creó de ellas, lo que llevó a profundizar y perdurar la violencia contra los indígenas, al punto de diezmarlos. Posteriormente, fueron condenados a la negación de sus derechos básicos y fundamentales, como el acceso a una educación propia, a la propiedad de la tierra, obligándolos a la dependencia. “[Los] forzaron a aprender parcialmente la cultura de los dominadores en todo lo que fuera útil para la reproducción de la dominación (. . .). Todo ese accidentado proceso implicó a largo plazo una colonización de las perspectivas cognitivas” (Quijano, 2014, p. 787).

Se reconoce la importante tradición europea en la construcción del concepto de ciudadanía y la concreción de los derechos que la hacen tangible, pero se parte de la lectura crítica latinoamericana al colonialismo constante, acompañado del patriarcalismo y el capitalismo, que como tríada operativa siguen sumiendo a los pueblos de América Latina en las mismas condiciones de sometimiento y violencia, particularmente en Colombia, que como ninguna otra nación latina cuenta con dos océanos, tres cordilleras, nevados, páramos, ríos por doquier, inmensas llanuras, valles, sabanas, tierras fértiles, selvas, y todo un territorio de los mejores paisajes adornados con codiciables riquezas naturales, pero convertido todo en una interminable guerra fratricida, donde no se ha podido vivir un solo día sin noticias de masacres y asesinatos. No se trata de

seguir insistiendo en la soberanía de un Estado (fallido) que ha sido heredero de las peores prácticas de las monarquías y dictaduras, donde se ha desconocido siempre al ciudadano de a pie. Es en el anciano abandonado y doblegado por la pobreza, desde donde se deben hacer los verdaderos análisis a los tantos programas de gobierno, que con tanta grandilocuencia anuncia cada gobierno en su momento. No se trata de seguir entrampados en una siniestra ambigüedad de la soberanía como constitutiva del ejercicio de la ciudadanía, sino de mirar otras posibilidades que permiten aproximar escenarios y paisajes de paz, como derecho inalienable de los colombianos presentes en honor de los que ya no están, porque entregaron su vida en la construcción de sueños que no lograron, y en respeto de los colombianos que vendrán, para que puedan ser soberanos de la tranquilidad y la convivencia.

Esto en nada exonera la responsabilidad del Estado colombiano y de los gobiernos en la construcción de nuevas ciudadanías, sino que busca un mayor énfasis en lo que pueda hacer cada ciudadano como depositario de la soberanía, de acuerdo con el artículo 3 de la Constitución Política de 1991. Y cuando el país cuenta actualmente, de acuerdo con el Informe del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados –ACNUR– 2018, con aproximadamente 8 millones de desplazados, siendo la nación en el mundo con más desplazamiento interno, también cuenta la nación colombiana con 8 millones de historias, muchas de las cuales son expresiones de arraigo a la vida como condición de la ciudadanía, pero también como fundamento de la misma. De tantas historias, algunas narradas a continuación, se presenta la historia de cuatro campesinos desplazados y cómo han respondido de manera diferente ante el desarraigo obligado y forzoso, por desconocimiento total de su dignidad, ya que el campesino constituye para algunas élites un ser inferior. Estas historias tienen un atisbo sintético en la mirada humana de la crítica condición ciudadana en Colombia y en la insurgencia obligada.



La violencia es la expresión más visible del colonialismo, que se fundamenta en el hecho de creer que el otro es superior.

LA CRÍTICA CIUDADANÍA EN COLOMBIA. UNA MIRADA HUMANA

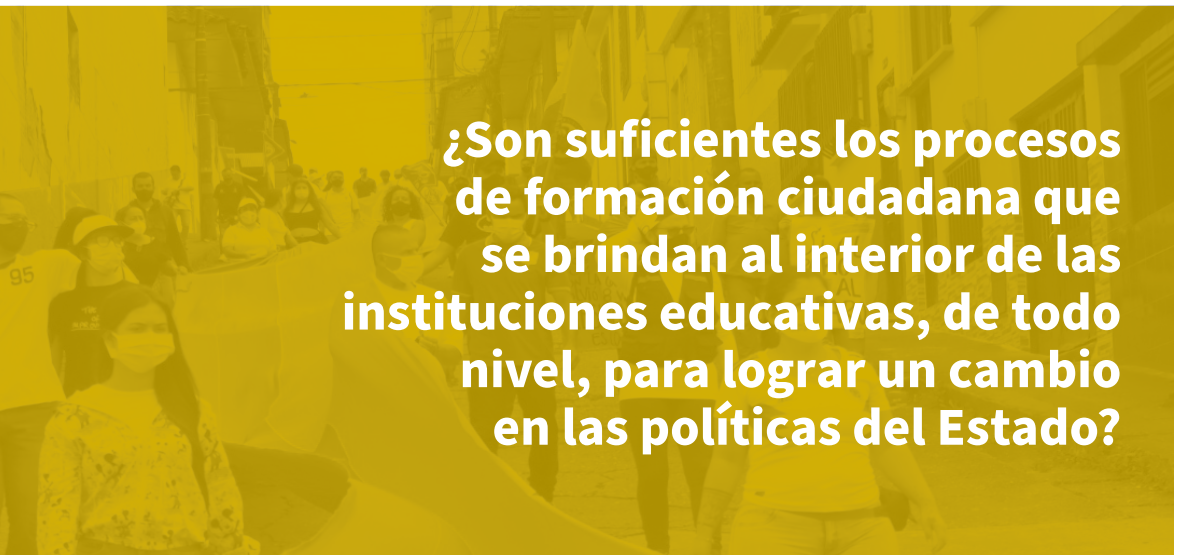
“Trabajar en un caso es entrar en la vida de otras personas con el sincero interés por aprender qué y por qué hacen o dejan de hacer ciertas cosas y qué piensan y cómo interpretan el mundo social en el que viven y se desenvuelven”.

Grupo L.A.C.E. (1999)

Es posible que la palabra que mejor caracteriza a Colombia como país, nación y Estado es: “contrastes”. Simultáneamente coexisten los extremos de la riqueza y la pobreza, se conjuga la particular amabilidad de sus habitantes con los altísimos índices de violencia; se habla el español más exquisito del mundo, pero con él se constriñe para tratar de homogenizar; es un país de raigambre católica, pero se discrimina por cualquier motivo; su amplio territorio es muy fértil, pero gran parte de la población es desterritorializada y pasa hambre (ACNUR, 2018). Lamentablemente una de sus constantes desde el siglo XIX hasta lo corrido del XXI ha sido la violencia. Violencia es un término que se ha instalado en el paisaje colombiano, señalando incluso periodos de su historia, al punto de llamar “La Violencia”, con mayúscula (Sierra, 2021), a los años comprendidos entre 1946 a 1958; lo que no indica que fuera de esos años no haya existido violencia, inclusive de manera intensa (Melo, 2021). Lo que sucedió en esos años, y en los que se enfoca este estudio, es una explosión de violencia bipartidista sembrada por las élites políticas en los campesinos y ciudadanos de a pie para que fueran los pobres lo que pusieran los muertos, y no los ordenantes de una inentendible guerra entre hermanos. Para la muestra de esta época basta mostrar cómo a una pareja de campesinos les era imposible vivir como ciudadanos en medio de los avatares particulares de ese tiempo de “La Violencia”.

Para abordar esta historia concreta, y poder ser responsables en su presentación, se hacen necesarios los aportes, especialmente metodológicos, de las diferentes ciencias sociales para visibilizar la ciudadanía contextualizada, como propósito del presente estudio. Se ha seleccionado un caso no aleatorio, en una región central de Colombia, el departamento del Tolima, y en una época concreta, la de llamada por algunos autores como “La Violencia”, de 1946 a 1958. Se trata de comprender el ejercicio de la ciudadanía en un contexto y momento particular de la historia de Colombia, buscando una línea que conecte los orígenes de la ciudadanía desde la antigüedad griega y su recorrido histórico con el momento actual de Colombia, deteniendo la mirada comprensiva en La Violencia, y poder aproximar reflexiones acerca del devenir de la ciudadanía en una época signada por la crisis civilizatoria (Noguera, 2018).

Se requiere, entre varios aportes metodológicos, del estudio de caso, que se caracteriza por ser inductivo y por buscar descubrir a profundidad los detalles del caso estudiado, sin pretensiones de generalización; además, permitiendo reconstruir los hechos a partir de diferentes fuentes de información, facilitar procesos de triangulación para aproximarse a superiores comprensiones del fenómeno estudiado, una mejor comprensión de las intersubjetividades que tejen ciudadanías concretas, desde sus reconocimientos y desconocimientos especialmente por parte del Estado y por estructuras como los partidos políticos. Es condición para este estudio distanciarse de objetividades del saber riguroso (sinónimo de rigidez, severidad, frialdad), lo que se debe entender como una mayor demanda de responsabilidad en el análisis y reflexión de la información. Este es un camino que genera mayor confiabilidad al aproximarse a lo que ha sucedido con base en la experiencia de la ciudadanía ejercida, vivida y experimentada por los ciudadanos de a pie, así sea desde su negación.



¿Son suficientes los procesos de formación ciudadana que se brindan al interior de las instituciones educativas, de todo nivel, para lograr un cambio en las políticas del Estado?

Los aportes que hace la metodología de estudio de caso permiten, a través de preguntas, anticipar hacia dónde se pretende dirigir la investigación: ¿Cuáles han sido los condicionamientos del ejercicio de la ciudadanía en Colombia, qué origen, motivaciones y variantes ha tenido? ¿Será posible, y qué se requerirá para ello, llegar al ejercicio de una ciudadanía donde la práctica de los derechos y deberes partan del reconocimiento pleno de la dignidad humana de todo colombiano? ¿Qué tan lejos se encuentra el Estado colombiano de garantizar a todos sus habitantes un ejercicio de la ciudadanía en el sentido del tercer artículo constitucional: la soberanía tiene asidero y fundamento en el pueblo? ¿Son suficientes los procesos de formación ciudadana que se brindan al interior de las instituciones educativas, de todo nivel, para lograr un cambio en las políticas del Estado, relacionadas con la efectiva garantía del reconocimiento del ciudadano como sujeto digno de derechos?

Por las características de la investigación, tanto inductiva como heurística, narrativa, histórica y hermenéutica, se hace necesario contar con varias fuentes de información, tanto las que iluminen el acontecer de la cotidianidad ciudadana de la época de La Violencia, las normas que favorecían o no el ejercicio de la ciudadanía, y cómo era el proceder de los que ostentaban algún grado o nivel de poder, al servicio de qué intereses estaban los medios de comunicación, qué discursos políticos se oían, qué música se escuchaba, y si todo esto también distinguía entre un país político y un país nacional, de acuerdo con Jorge Eliécer Gaitán. La ciudadanía necesariamente estaba transversalizada por la coexistencia de países en el mismo territorio; los discursos políticos pueden dar pista de la ciudadanía en la época de La Violencia, así como el papel protagónico de los partidos políticos y de sus dirigentes. Leyes, jurisprudencias, discursos, noticias, recepción de todo esto por los ciudadanos de a pie y las consecuencias en la cotidianidad de los ciudadanos de a pie; se pretende armar un rompecabezas, todo un acertijo de múltiples piezas que configuran y explican por qué la época de La Violencia causó centenares de miles de muertes violentas.

Al extender una línea de tiempo entre los inicios de la ciudadanía en la antigua Grecia, la evolución de esta ciudadanía a lo largo de los siglos y la Colombia de mediados del siglo XX, caracterizada en lo político por el radicalismo violento de dos partidos, en lo socioeconómico y familiar por el colonialismo y sus compañeros de viaje, el patriarcado y el capitalismo, es posible plantear como hipótesis que la historia de la ciudadanía de los colombianos de a pie se ha visto agobiada en particulares gestas violentas que se han extendido “del estero al morichal”, entre llanuras, valles y montañas, cincelandos paisajes que dan cuenta de una cruenta lucha por la búsqueda y conquista de derechos, de una ciudadanía que se ha resistido y se sigue resistiendo en contra de los libretos de conflictos diseñados, especialmente por las élites políticas, para impedir la concreción del ejercicio de una ciudadanía. Resistencia no siempre armada, y muchas

veces configurada en el constante desplazamiento para evitar la muerte, trasteando con el dolor del desarraigo, de la desterritorialización; dolor imbricado en la obligada descampenización y en el aplazamiento de las posibilidades de una vida digna. Esta hipótesis, al buscar ser contrastada y demostrada, puede proyectar sobre el presente un análisis crítico que permita proponer caminos alternos en procura de mejorar las condiciones de los ciudadanos del común.

La mirada crítica a la historia de la ciudadanía en Colombia, a partir de un particular caso, similar a miles de casos más, aunque particularizada en una época llamada La Violencia –sin embargo, bien puede ser la de otras tantas épocas con similares características–, permite ver cómo en Colombia, desde el mismo siglo XIX, se va agravando una confrontación política en la lucha por el control de poder en manos uno de los dos partidos políticos. En el siglo XX continuó pasándose fácilmente de la confrontación política a la confrontación armada, traducida en cada vez peores masacres, de una crueldad inédita, jamás antes vista, que causó pavor especialmente en el sector rural y pequeños centros poblados que vieron literalmente rodar cabezas que eran exhibidas como trofeos de un combate fratricida contra un enemigo imaginario, pero encarnado en el hermano o vecino. ¿Cómo se llegó a esta degradación y se naturalizó la violencia ante un Estado instigador, promotor y culpable de la barbarie? Mbembe (2011) acuñó el término necropolítica para caracterizar las prácticas del Estado, sus gobiernos, partidos y líderes, cuando la vida y la dignidad humana no son la prioridad.

Se procura comprender la vivencia de la ciudadanía, el ejercicio de la misma en la historia concreta de una pareja colombiana de campesinos despojados de su parcela, desterritorializados como una forma concreta de violencia. La complejidad de esta investigación consiste en seguir el hilo de una historia, para ir viendo en ella, como trasunto, la poca o casi nula importancia para la garantía del ejercicio de la ciudadanía por parte de Estado y los gobiernos de turno, afanados por el control del poder del Estado desde las lógicas necropolíticas de los partidos⁵. La historia comienza en el umbral que precede al Bogotazo, mostrando cómo esa onda expansiva que causó la muerte de Gaitán se va diseminando en conflagración y hostilidades que se esparcen como el viento de montaña en montaña, de llanura en llanura, hasta copar gran parte del territorio colombiano, tiñéndolo de sangre y odio fratricida sin motivo alguno que lo justificara.

Es, precisamente, la hostilidad bipartidista *in crescendo* la que caracteriza a este periodo de La Violencia entre 1946 y 1958. Desde las élites de los partidos se auspició la

5 Estudio del Banco de la República acerca de la violencia bipartidista: “Análisis demográfico de la violencia en Colombia”. <https://investiga.banrep.gov.co/es/che-50>

violencia (Acevedo, 1995), se armó a los campesinos para que librarán una batalla sin cuartel contra “el enemigo”, es decir, contra el que no fuera de su partido político, sin importar otra condición que atenuara esos tambores de guerra.

En una sociedad donde los contendores políticos y sociales no pueden ser pensados en términos de rivalidad sino de desviación de una verdad o creencia originaria –de ortodoxia y herejía, como en las guerras de religión–, la regeneración social y política no puede lograrse sino por medio de la proscripción o el aniquilamiento de quienes, según los parámetros histórico-culturales dominantes, se encuentran en estado de transgresión. A este tipo de representaciones de la sociedad se aproximaba la Colombia de los años cincuenta. Desde el poder se urdían verdaderas estrategias de homogenización dentro de las cuales la guerra y la política no podían pensarse simplemente en términos de victoria sobre el enemigo sino de eliminación física del mismo. La diferencia se había hecho incompatible con el orden. (Sánchez, 1991, p. 33).

En 1930 retorna al poder el Partido Liberal, por primera vez en el siglo XX, después de décadas sin el control político del Estado, lo que lo lleva a una confrontación “a muerte” contra la burocracia enquistada del Partido Conservador, atrincherada en los nichos de cargos públicos y espacios de poder que se niegan a ceder (Ospina, 2013). Desde estos ámbitos se enrarece más el ambiente y suenan cada vez más duro los cuernos y tambores llamando a la guerra: los campesinos defenderían a muerte a sus respectivos partidos desde sus parcelas, con sus machetes y armas que recibían de los mismos jefes. Sus pequeñas parcelas, sus veredas, se convirtieron en campo de cruenta guerra por los desacuerdos burocráticos de los gamonales en la repartición del poder. Hoy sabemos que entre 1946 y 1966 el país se convirtió en campo de batalla que dejó alrededor de 200.000 muertos, en una nación con trece millones de habitantes. Los móviles se conjugaron especialmente desde el Estado; las estructuras de poder del Estado y de los partidos políticos se erigieron en organizaciones que disponían de la vida de los campesinos, para quienes no había lugar⁶ a deslealtad frente a su partido político; esa lealtad partidista, más el inconformismo por la pobreza, fueron una mezcla potenciadora de una sanguinaria violencia (Gómez-Buendía, 2003).

6 <https://investiga.banrep.gov.co/es/che-50> Estudio del Banco de la República acerca de la violencia bipartidista: “Análisis demográfico de la violencia en Colombia”

En el informe del Grupo de Memoria Histórica GMH (2013), “¡Basta ya! Colombia: Memorias de guerra y dignidad”, se hace referencia a un informe de la Secretaría de Agricultura de la Gobernación del Tolima, en el año 1959, acerca de la cuantificación de las pérdidas, tanto de vidas humanas como de bienes materiales, que generó la violencia entre 1949 y 1957. En este informe se afirma:

En primer lugar, estimaron “16.219 muertos entre 1949 y 1957, sin incluir los muertos habidos con fuerzas regulares del Ejército, ni en masacres colectivas, que generalmente eran abandonados a los animales, o arrojados a los ríos y precipicios, y tampoco las bajas sufridas por las Fuerzas Armadas”. En segundo lugar, cuantificaron que 321.621 personas (es decir, el 42,6% de la población del Tolima) sufrieron “el exilio en forma permanente o transitoria”. En tercer lugar, encontraron que “40.176 propiedades, o sea el 42,82% del total, pertenecientes a 32.400 propietarios”. El 46% de estas tierras fueron abandonadas entre 1955 y 1956. [...] Logrado este resultado, el paso siguiente es mantener latente el terror, para hacer desistir a las víctimas de presuntos o reales propósitos de reintegrarse a la propiedad abandonada [...]. “No es explicable de otra manera el empeño sostenido, y aparentemente ilógico, de destruir casas e instalaciones”. Los autores del informe calcularon que durante ese periodo se quemaron 34.304 casas, y observaron que “en la destrucción de casas e instalaciones intervinieron no solo elementos civiles, sino las fuerzas regulares en las campañas represivas y en las operaciones denominadas tierra arrasada que realizaron en diversas zonas”. (p. 113).

Aunque el informe da cuentas de la guerra a partir de 1949, el caso que aquí se estudia se ubica en 1948. Si no fueron contados los protagonistas de esta investigación en esas estadísticas del Tolima, esta valiosa información que se brinda en este informe sí muestra claramente el contexto nacional, y particularmente del Tolima, espacio donde ocurren los acontecimientos en que se detiene este estudio. Según este informe, el 42,6% de los campesinos del Tolima fueron condenados al “exilio en forma permanente o transitoria”, y el 46% de las tierras fueron abandonadas en el escaso margen de dos años. Lo que permite comprender la crueldad con la que se vivió La Violencia en esta región, que no empezó en 1949, sino que venía en aumento sostenido desde comienzos del siglo XX.

El caso particular de investigación exige una plasticidad metodológica debido a que se parte de reconocer que no se ocultan seducciones particulares del investigador, tanto por el impacto que genera como por la proximidad con el mismo. Para eso, Stake (1994) aclara que “el estudio de casos se define por su interés en casos particulares, no por los métodos de investigación usados [...]. El estudio de caso es tanto el proceso de indagación acerca del caso como el producto de nuestra indagación” (p. 236). De aquí no se concluye la necesaria manipulación o ambigüedad del caso, sino lo contrario: un estudio de caso implica reflexionar sobre lo que se está haciendo, “identificar la estructura analítica que se construye y descubrir y desarrollar la propia voz de quien investiga” (Grupo L.A.C.E., 1999, p. 6).

Para comprender mejor el fenómeno investigado, también es menester la flexibilidad metodológica de la etnografía crítica, del estudio de caso, así como los aportes del interaccionismo simbólico, que ayudan en la interpretación de los sentidos mismos de la ciudadanía como expresión, ejercicio y vivencia de derechos humanos, sociales y políticos. Lo que permite indagar para comprender cómo se vivió la ciudadanía en el siglo XX, en un sector concreto, teniendo en cuenta las múltiples variables que inciden, a la manera como el libro de Carlo Ginzburg (2019) retrata al molinero Menocchio en la Edad Media. La mirada crítica a la historia de la ciudadanía se entrelaza con la vivencia crítica de la ciudadanía; es la inmanencia de los acontecimientos de los ciudadanos de a pie los que convalidan la trascendencia de los conceptos y lo teórico de la ciudadanía.

Los protagonistas en esta investigación nacen en la tercera década del siglo XX, exactamente en 1927, Tobías⁷, y 1929, Manuelita⁸, último gobierno de la hegemonía conservadora, siendo presidente Miguel Abadía Méndez. El ambiente estaba caldeado por la pobreza extendida en todo el territorio nacional, y los poderes del Estado se unieron, no para escuchar los justos reclamos de la población, sino para ver en todo reclamo, a manera de disculpa para el control, un asomo de la sombra de la revolución comunista rusa, ya identificada regionalmente en la Revolución mexicana. Por eso, ante cualquier reclamo, el Estado procedía con toda la fuerza, respaldado por la Corte Suprema de Justicia, también en manos del Partido Conservador, que había declarado como ajustada a la Constitución el Decreto 707 de 1927, con el que se daban poderes

7 Tobías Rengifo nació el 10 de agosto de 1927 en el sector rural de Ibagué, que en esa época se llamaba El País, y desde 1955 es más conocido como EL Salado. Actualmente vive, se aproxima a los 95 años, goza de buena salud y guarda muchos recuerdos que evoca cuando se le pregunta.

8 Manuelita Rengifo Rengifo nació el 15 de julio de 1929 en el mismo sector rural de El País, en Ibagué. Vivió hasta el 25 de septiembre de 2011. Su prodigiosa memoria, la precisión de los detalles y su facilidad de comunicación permitió la reconstrucción de los hechos que se narran en este escrito. Todos sus hijos (Derly, Rubiela, Lucero, Dolly, Manuela, Teresa, Tobías, Martha, Jackeline, Rodrigo) han sido depositarios de los pormenores de esta historia.

especiales a la Policía para reprimir cualquier manifestación. En este decreto, y para reprimir toda manifestación o reunión sospechosa de revolucionaria, se podía obligar a los ciudadanos que tuvieran armas a apoyar el operativo policial en contra de los manifestantes o sospechosos:

Artículo 10. Cuando los Jefes de Policía no dispongan de fuerza suficiente para garantizar, en caso de emergencia, los intereses y garantías mencionados en el artículo 1.º, se requerirá el auxilio o concurso de los ciudadanos capaces de llevar armas, y se organizará la defensa sin pérdida de tiempo. El que se niegue a prestarlos sin justa causa, será castigado con una multa de dos a veinte pesos..

Cuando terminaba la tercera década del siglo XX con el año en que el mundo moderno vio el colapso de la economía mundial, registrado en la Bolsa de Wall Street a finales de octubre de 1929, unos meses antes de este nefasto acontecimiento económico, en un ignoto y lejano lugar, adentrado en la zona rural llana del norte de Ibagué, una trabajadora mujer campesina, de nombre Teresa Rengifo Varón, daba a luz a su tercera hija, siendo padre de la niña Lucio Rengifo Bonilla. Era 15 de julio, víspera de la fiesta religiosa más grande que tenía Colombia en honor de la Virgen del Carmen. Dos años antes, en la misma región central del Tolima nació un niño, hijo de Alejandrina Rengifo y Milcíades Roa, también en el campo. Tobías y Manuelita pertenecían ambos a familias pobres, como es la impronta eterna, y al parecer indeleble, de la inmensa mayoría de los campesinos en Colombia. Fueron bautizados en la religión católica, para ese entonces la religión oficial; y aunque sus familias no eran fanáticas en lo político, la familia de Tobías se aproximaba más al Partido Liberal, y la de Manuelita era muy cercana al Partido Conservador.

Ella, Manuelita, no nace cuando a las mujeres se les reconocía su ciudadanía, pues aún faltaban casi tres décadas para que el gobierno del General Gustavo Rojas Pinilla expidiera el Acto Legislativo N.º 3, del 25 de agosto de 1954, con el cual se modificó la Constitución Política de 1886, y le concedió a la mujer colombiana, mayor de 21 años de edad, derecho al voto y a ser elegida. Y si por ciudadanía se entiende lo prescrito por el Programa de Acción Regional para las Mujeres de América Latina y el Caribe como la “capacidad de autodeterminación, de expresión y representación de interés y demandas, así como de pleno ejercicio de los derechos políticos individuales y colectivos” (CEPAL y Fondo de Desarrollo de las Naciones Unidas para la Mujer, 1995, p. 5), él tampoco nace ciudadano, aunque cuando nace, a los hombres en Colombia ya se les

reconocía la capacidad para sufragar, pero este elemento, aunque importante, no es constitutivo único o esencial de la ciudadanía.

En la amplia zona rural hacia el norte de Ibagué, y a varios kilómetros de sus diferentes lugares de residencia había una escuela que llevaba el nombre del general Francisco de Paula Santander. En ese espacio se conocieron estos niños. Él estudió hasta segundo de primaria, lo que era suficiente de acuerdo con el mandato legal, Ley Orgánica de Educación: Ley 39 de 1903, conocida como Ley Marroquín, que disponía que la educación primaria era gratuita pero no obligatoria, y buscaba que “en el menor tiempo posible y de manera esencialmente práctica se enseñen las nociones elementales, principalmente las que habilitan para el ejercicio de la ciudadanía y preparan para el de la agricultura, la industria fabril y el comercio”. Entiéndase que la escuela, al no ser obligatoria lo que menos importaba era una cobertura universal, y no iba más allá de enseñar a deletrear, pero no formar un pensamiento autónomo o crítico, ni a infundir el gusto por la lectura, ese no era su cometido; que aprendieran a escribir, pero no poesías o ensayos, a sumar y restar, algo de multiplicar y muy poco de dividir, y que todo lo aprendieran “en el menor tiempo posible”, es decir, que aprendieran a obedecer.

Solo hasta 1963, y de acuerdo con el Decreto 1710 de ese año, empezó a ser obligatoria la educación primaria a partir de los 7 años de edad y con 5 grados. Ella, Manuelita, entendió tres décadas antes que el gobierno la importancia de la educación escolar y adelantó hasta el 5.º grado de primaria, el nivel más alto de educación al que podía aspirar en varios kilómetros a la redonda, lo que le iba a permitir después enseñar a leer y escribir a muchas niñas y niños, fungiendo de maestra, sin necesidad de nombramiento o reconocimiento alguno de parte del Estado. En este sentido, cabe la pregunta de Amy Gutmann: “¿Una democracia defrauda a sus ciudadanos, excluyendo o discriminando a algunos de ellos, de manera moralmente perturbadora, cuando las grandes instituciones no toman en cuenta nuestra identidad particular? (...) ¿Qué significa respetar a todos como iguales?” (citada por Taylor, 2001, p. 14). El Estado colombiano defraudaba a los niños en relación con el derecho a la educación, que se fundamenta más allá de las leyes positivas y se instala en el corazón mismo de la dignidad humana.

¿Cómo ser ciudadano en un país donde las condiciones de partida de los niños para acceder a los derechos básicos de educación y salud son de inequidad? Se pregunta Taylor (2001): “¿Qué significa para los ciudadanos con diferente identidad cultural, a menudo basada en la etnicidad, la raza, el sexo o la religión, reconocernos como iguales en la forma en que se nos trata en la política?” (p. 13). Colombia ha sido escenario de violencia desde antes de su nacimiento como república, precisamente por el desconocimiento de los derechos básicos. Después de su declaración de independencia, en 1810, en el territorio de la actual Colombia se libraron siete guerras en el siglo XIX,

cerrando y abriendo el siglo XX con la Guerra de los Mil Días. El siglo XX fue testigo de permanentes conflictos armados, todos azuzados, instigados y estimulados por los dirigentes del bipartidismo, en apoyo a los intereses de los terratenientes y clase adinerada, y en franco detrimento de las posibilidades de una vida digna para la clase más pobre, concretamente la campesina. Estos contextos se volvieron circunstancias que condicionaban el ejercicio de la ciudadanía. ¿Cómo ejercer la ciudadanía en un Estado de conflicto permanente, especialmente en la zona rural, abandonada esta zona hasta en la construcción de vías de comunicación?

Estas situaciones adversas no fueron impedimento para que la niña Manuelita se enamorara de la escuela y de lo que allí aprendía. A esta niña la apodaron “la hormiguita arriera”, porque alternaba sus estudios con trabajo. La veían pasar con una olla grande sobre su cabeza, llena de bizcochos calientes que llevaba desde El País, así llamada la zona rural donde vivía, hasta la plaza de mercado “La 14”, un lugar en el centro de Ibagué, a 15 km de marcha desde su casa. Manuelita después contaría que se sentía enloquecer por el calor y el peso de la olla; pero jamás protestó, porque había que ayudar con la economía de la casa. Pasaban momentos difíciles, como la inmensa mayoría de campesinos en Colombia, mientras que a nivel nacional los liberales celebraban haber terminado la hegemonía conservadora y haber empezado la liberal, con las mismas consecuencias para los pobres campesinos: zozobra, desasosiego, incertidumbre. Los niños de este caso estaban obligados a trabajar desde pequeños si no querían poner en mayor riesgo su sobrevivencia. Él, Tobías, el niño que se había quedado con 2.º de primaria, engrosaba sus manos y las encallecía con el azadón, arando tierras de otros dueños, bajo el inclemente sol de los llanos tolimenses.

Se levantaron contra el viento, como las cometas; las adversidades compartidas por la mayoría de campesinos los tallaron; hicieron tangible al poeta alemán Hölderlin: “Donde está el peligro, crece también lo que salva”. Cuando Tobías cumplió 19 años, y Manuelita 17, se casaron casi a las escondidas, un martes 7 de enero de 1947, a las 5:00 de la mañana, en el templo de San Isidro, que estaba en construcción, en el sector llamado El Salado, en la misma llanura donde estaba El País. Cuentan que a la salida de la iglesia los esperaba la mamá de él, Alejandrina, la suegra de ella, quien los maldijo haciendo una cruz con su pierna izquierda levantada. ¿La razón? Ella se le llevaba al hijo que les ayudaba con el sustento del hogar. El problema de fondo era la pobreza, el hambre, la angustia e incertidumbre para garantizar el pan de cada día. Y esto retrata al país nacional de los campesinos y los pobres, en contraste con el país político que garantizaba a unas pocas élites privilegios en detrimento del futuro y bienestar de las mayorías. Las personas del común, reconocidas o no como ciudadanos, vivían una cotidianidad tensionada; el Estado no lograba interpretar o, mejor, responder a las necesidades básicas; sin fuentes de empleo, sin apoyo al campo, sin salud ni educación, sin embargo, la pobreza no era para todos los colombianos.

Recién casados viajaron en busca de trabajo a otra zona rural y montañosa del Tolima, en la cordillera Central, a Riomanso, un caserío muy distante del centro poblado de Rovira, municipio colindante por la parte sur de Ibagué. Para la época, era una vereda muy distante, conectada sólo por caminos de herradura, distando a medio día de camino desde el casco urbano de Rovira y a un día desde Roncesvalles. Su altitud está por encima de los 2.400 msnm, en una zona alta de los Andes, en subpáramo, con temperatura de 13 °C, y constantes vientos, siendo una región fría y húmeda, con bosques de robles, encenillos, carboneros, alisos, olivos y esbeltas palmas de cera; así como abundantes helechos, cámbulos, guamos y laureles. Gran parte de los altos bosques aún eran selvas vírgenes, pletóricas de animales salvajes, como el oso de anteojos y el oso hormiguero, tapires de montaña o dantas, zarigüeyas o chuchas, pumas, cusumbos, tigrillos, borugas y guatines, además de ardillas y serpientes venenosas.

Cada pequeño caserío se amontonaba en torno al parque central, a la plaza de mercado y al templo. En esos espacios se iba haciendo común juntarse los habitantes a determinadas horas del día o de la noche para escuchar la radio y música, ya que, en muchos casos, solo era posible oír desde los muy pocos altoparlantes. En Bogotá eran famosos los lunes y miércoles en la noche reunirse en la Plaza de Bolívar para escuchar música de “la Víctor”. A estos encuentros asistían las personas, independiente de las clases sociales. Una de las canciones que sonaba en lugares públicos era “A la carga”, escrita por Pacho Galán, con la que ganó un concurso, e interpretada por la orquesta del argentino Eduardo Armani. Los altoparlantes permitían escuchar las noticias o reproducir los muchas veces incendiarios discursos políticos que tuvieron incidencia directa sobre el comportamiento de los colombianos de a pie. Por eso, Abelardo Forero Benavides afirmó en el Congreso de la República:

La violencia política, honorables representantes, tiene muchas causas y, entre otras, los discursos que se pronuncian en las Cámaras. Por eso cuando aquí los oradores, con ánimo de hacer alardes verbales y de que su nombre resuene en las provincias, pronuncian encendidas arengas, están produciendo en el ánimo sencilla de los campesinos una reacción mortal y asesina y si la mano de esos campesinos se arma con el puñal homicida, no es precisamente a esa pobre gente inculta a la cual hay que exigirle cuentas, sino a los oradores que desde aquí pronuncian agresivas palabras fuera del sentido exacto de la responsabilidad. (Acevedo, 1995, p. 113).

Riomanso era un pequeño caserío compuesto por algunas casas ubicadas en torno a un parque simple. Ahí llegaron Tobías y Manuelita, a estar unos pocos días mientras esperaban indicaciones para ir a trabajar a una finca montaña adentro. Relatan que una noche, mientras dormían en un segundo piso, de una casa hecha de tablas, como eran todas las del caserío por el clima frío, pasó una bala por medio de los dos, debido a una pelea en la tienda que había en el primer piso. El caserío no tenía policía ni puesto de salud, tampoco estaba asignado un sacerdote, aunque sí tenía un pequeño templo católico y había presencia de algunas comunidades protestantes. Luego del susto se internaron en la alta montaña, en una zona conocida como el Cañón del Chilí, demasiado frío, y muy lejos de Riomanso, sobre los 3.000 msnm, y temperatura promedio de 10 °C. Los aullidos de los monos eran su música, intercalados con los gorjeos y trinos de innumerables especies de aves. Sin energía eléctrica, sin ninguna comodidad a las que se está tan acostumbrado hoy, ni siquiera la compañía de un transistor, este par de campesinos enamorados entretejían su historia sin ambicionar más que la tranquilidad que da el campo en tiempos de paz. Narran que alguna vez les cayó una serpiente sobre la cama, que se desprendió del techo de palmiche; otra noche, las cucarachas dieron cuenta de un atado de panela, mientras los micos robaban lo que podían de la cocina. Sus anécdotas pueden llenar muchas páginas.

El espíritu creativo de Manuelita le permitía inventar, imaginar. Dice que cogió la poca ropa que tenían y la fue desarmando una por una con una “navajuela”, como le decían a la cuchilla Gillette. Copió sus modelos en papel; armó sus primeros vestidos en pliegues de papel, cosiéndolos a mano, mientras iban comprando algún corte de tela, agujas y carretes u ovillos de hilos. Así también tejía sueños y bordaba el futuro, pues estaba en embarazo de quien iba a ser la primera de once hijos. Y conmovida por la no existencia de escuela en todo ese sector, además porque estaba convencida de tener las capacidades suficientes para enseñar, convocaba a los niños de las casas y veredas más próximas para enseñarles a leer y escribir, a sumar, restar, multiplicar y dividir. Jamás fue impedimento no tener autorización gubernamental para ejercer su vocación natural de maestra; además, ostentaba el codiciado honor de haber terminado la primaria completa. Ser ama de casa, atender los oficios del nuevo hogar, ayudar con los cultivos de pancoger, enseñar a los niños de las proximidades y coser fueron sus principales oficios mientras vivió en el Cañón del Chilí.

Corría el año 1948. Inocentemente este par de campesinos, como miles también, ignoraban que en el país se cernía un negro nubarrón de violencia, azuzado por las élites políticas. El Bogotazo y la muerte de Gaitán resonaron en el valle y la montaña, y difícilmente quedó un hogar, un caserío, una vereda en Colombia sin que sintiera temor. Pero ellos, imperturbables en su felicidad, seguían cultivando fríjol, arveja y gulupa; alimentando gallinas cluecas y una vaca con ternero. Demasiada leche para dos, pues

contaban que la vaca les daba más de veinte botellas diarias; abundancia de comida que compartían con los niños de la proximidad que iban a aprender las primeras letras. ¿Qué hacer con tanta leche y huevos para dos? En cada clase los niños llevaban para sus casas, no solamente nuevos conocimientos, sino algo de comida para sus familias. Esos detalles hicieron que pronto gozaran del aprecio de los demás campesinos del Cañón del Chili.

El 9 de abril no se enteraron de la infausta noticia. Después, cuando Tobías bajó al pueblo, supo que ese día hubo manifestaciones en el propio Riomanso, ya que el señor Aristomeno Porras, pastor de una iglesia evangélica, arengó en el parque: “Abajo el catolicismo... Viva el protestantismo y el comunismo” (Ospina, 1955, p. 71). También supo que luego vino la policía desde Rovira y se llevaron a Aristomeno, junto con su familia. La tensión crecía y se hacían cada vez más frecuentes las noticias de matanzas en todo el Tolima, pero también en otras partes del país. Se supo que Bogotá había sido medio destruida el día que mataron a Gaitán. Aunque los dos primeros meses después de la muerte de Gaitán había tranquilidad en Riomanso, cada vez se sentía más la tensión, pues la guerra era entre campesinos liberales y conservadores, y Riomanso era de mayoría liberal, mientras que la cabecera municipal, Rovira, era conservadora. La expulsión del pastor evangélico Aristomeno Porras había dejado un ambiente que demandaba cautela hasta en las conversaciones triviales que surgían el día de mercado. El Gobierno nacional era conservador, Rovira también, pero Riomanso no. Con estas noticias extrañas y con entender el trasfondo regresó a su rancho, a contárselas a Manuelita.

Un domingo de mitad de año, donde el clima es un poco más cálido, y donde las mañanas amanecían sin la acostumbrada neblina, y como la casa quedaba en la parte alta del Cañón del Chili, le permitió a esta pareja de campesinos ver en lejanía a muchos hombres vestidos de blanco, con banderas, que se subían por los caminos de las montañas. Ese domingo se habían levantado un poco más temprano, y como no habían visto antes ese movimiento lejano de personas, pensaron que seguramente se anunciaba que vendría el padre a celebrar la Santa Misa; sin embargo, no fue así. A su casa llegó corriendo uno de los niños que asistían a las clases. La razón que traía el niño era que venía la chusma a matarlos, que los papás les mandaban decir que debían irse de una vez porque los iban a matar por godos. No fue más la razón, ni les dio explicación alguna, ni hablaron con otra persona; simplemente sabían que, si dudaban de la razón que les trajo el niño, eso les podría costar la vida. Se les acababa el tiempo, hasta para pensar en qué hacer.

Telegramas como el enviado por el presidente Mariano Ospina Pérez a comienzos de 1947 caían en el vacío; en él pedía que las querellas políticas “no degeneren en escenas de barbarie, indignas de una democracia como la nuestra”. Esos mensajes no estaban respaldados por acciones políticas consecuentes. Mientras el presidente enviaba esos

mensajes, su candidato a la presidencia, Laureano Gómez, incendiaba el país con su discurso sectario. La situación sociopolítica del país, que se creaba desde el discurso, iba más allá de las simples frases, ya que terminaban creando y recreando identidades desde la performatividad de la práctica discursiva (Foucault, 2003). A esta pareja joven de campesinos solo les quedaba como opción huir, a no ser que prefirieran una muerte segura y violenta. Al gobierno y al Estado, parapetados y atrincherados en el control del poder burocrático, no les importaba frenar la violencia campesina. Lo hubieran podido frenar, pero las élites políticas jamás lo intentaron.

¿Qué pensarían esta pareja al recibir la noticia? ¿Cómo aproximarse a esta historia real de sujetos contextualizados, con acciones humanas cargadas de sentidos y significados? “Cada miembro (competente) de la sociedad es en la práctica un sabio social”, afirmó Giddens (1976, como se citó en Wolf, 1982, p. 13). Interpretar los sentidos y significados a partir del análisis de la historia que se narra, reflexionando sobre los hechos, descubriendo desde la distancia del observador, con base en el contexto, permitirá generar una estructura analítica que posibilite una comprensión crítica del ser ciudadano, que no dista mucho de lo acontecido a lo largo de la historia antigua, medieval y moderna de la ciudadanía; por eso, la importancia de la lectura crítica de la historia de la ciudadanía en Colombia, como condición para imaginar una ciudadanía posible a pesar de las condiciones adversas.

Ese domingo que había empezado como día de verano, despejado de nubes en esa alta montaña, frondosa de árboles y tupida de tranquilidad, fue lo que les permitió ver a lo lejos venir a unos hombres con banderas blancas, y poder entender la angustia con la que el niño les transmitió el mensaje. El niño se fue por donde vino antes de que lo descubrieran. Ahí entendieron la gravedad de la situación, y que solo les quedaban pocos minutos para abandonar el rancho, donde tantas veces imaginaron que nacería su primer hijo, donde había calor de hogar, un lugar que habitaban, pero que también el lugar los habitaba. Bien había dicho Heidegger que no todas las construcciones son moradas, y esta lo era; era su hogar, su hoguera, donde se calentaban en torno a la hornilla, al afecto y a los sueños. ¿Por qué tenían que irse de su futuro compartido, si sentían bien, y agradecían a Dios por ese espacio natural de tanta tranquilidad? No había tiempo para pensar; eso lo podrían hacer después; primero tenían que salvar sus vidas, y la de la criatura que se encontraba en camino.

Cogieron lo que pudieron y dejaron casi todo; salieron huyendo, sin saber a dónde iban a llegar, pero sí de dónde tenían que huir: de sus sueños; si lo dudaban, sabían que los mataban, era lo único claro en ese momento, según el mensaje que le habían enviado los papás del apresurado niño. Contaban después, haciendo memoria de ese día que nunca se les borraría, que casi no hablaron mientras recogían de afán algo. Cruzarían

miradas llenas de angustia, en el afán de salir de su rancho, y no tuvieron tiempo de pensar que quizás el niño estuviera equivocado, que las banderas blancas fueran de paz, pues también la policía, con base en el Decreto 707 de 1927 podía usar banderas blancas antes de usar la fuerza contra los ciudadanos que no obedecieran. Sus mentes se congestionarían recordando que cuando bajaban a Riomanso escuchaban hablar de las matanzas que se estaban sucediendo en muchas partes de Colombia, entre liberales y conservadores, por el asesinato de Gaitán, la esperanza de los pobres en Colombia, pero pensaron que esa violencia nunca llegaría a un lugar tan lejano y frío.

Seguramente por su desesperada mente empezaban a entender por qué la gente repetía de memoria tantas frases de Gaitán que escuchaban en la radio, y que, de vuelta a su rancho, después de hacer mercado, también las comentarían. Eran frases vehementes: “Nos sentimos orgullosos de esta vieja raza indígena, y odiamos a la oligarquía que nos ignora”. Sí, la oligarquía tenía en el olvido a los campesinos y pobres, y por ese olvido eran cada vez más pobres. Pero, eso ¿qué relación tenía con matar al vecino y al hermano, al compadre y al ahijado, si el caudillo lo que decía era que se sintieran orgullosos los pobres y se unieran contra la oligarquía? “Esta avalancha humana libra una batalla... vencerá a la oligarquía liberal y aplastará a la oligarquía conservadora”; ni liberales ni conservadores, Gaitán hablaba del pueblo, de ellos; alguien levantaba la voz a nivel nacional, y reconocía al país nacional; pero había que librar una batalla, no necesariamente matándose entre pobres campesinos liberales contra pobres campesinos conservadores. “A millones de campesinos se les roban sus granjas y se los echa a andar por las carreteras con no más que lo que puedan llevar encima” (Orwell, 1983, p. 20).

Quizá en medio de la confusión que genera la angustia al ser sentenciados a muerte siendo inocentes, pensarían acerca del sinsentido de matarse entre pobres, de la sinrazón de tener que huir como delincuentes. Si Gaitán afirmaba que “el pueblo es superior a sus dirigentes”, estaba dándole el estatus que necesitaban tener, al fin los pobres serían importantes para el país político, al fin podrían llegar a ser ciudadanos. Lo que entendían de Gaitán, él y ella, era que “hay que evitar que los ricos sean menos ricos y que los pobres sean menos pobres”; eso era lo que decía el caudillo, y eso era lo que necesitaban los colombianos de a pie. En sus palabras había esperanza y con su muerte su legado había desaparecido, o se había venido en contra del país nacional. Tantas imágenes e ideas que se acopiaban en sus mentes, mientras veían cómo tenían que dejar la vaca y el ternero, las gallinas y los huevos, los cultivos, la siembra y el rancho, la cama, la ropa y las pocas ollas. Gaitán había dicho a la oligarquía colombiana que, si lo mataban, el pueblo vengaría su muerte y que antes de cincuenta años nada volvería a la normalidad; pero no era el pueblo el que lo había matado, el pueblo debió mirar hacia donde miraba Gaitán, hacia la oligarquía: “Si avanzo, seguidme; si me detengo, empujadme; si os traiciono, matadme; si muero, vengadme”.

No cogieron trocha abajo porque se encontrarían con la gente que desde lejos vieron subir, y al verlos huir podían terminar delatando al niño y a la familia que les avisó; tampoco siguieron camino alguno hacia Riomanso, montaña abajo, sino que remontaron la montaña, cogieron loma arriba para evitar encontrarse con los que venían hacia ellos. Con paso aligerado para evitar ser alcanzados, llegaron a la cima de la montaña en medio del impenetrable bosque de helechos y musgos, encenillos y alisos. Empezaron a bajar como podían, buscando el cauce del río Chilí, que se dirigía en otra dirección que los alejaba de Riomanso y del camino real que los llevaría a Rovira. No era fácil caminar por el monte enmarañado; a cada paso era necesario blandir el machete y abrirse paso en medio de la tupida maleza. Algo que cargara cada uno, más el embarazo de ella hacían más difícil el camino.

Cuentan que nunca se identificaron como militantes de partido alguno, por prudencia y porque nunca antes habían podido votar. Tobías aún no era mayor de edad, y Manuelita no tenía derecho al voto, porque aún faltaba casi una década para que les fuera reconocido a las mujeres ese derecho en Colombia. Gaitán decía que el hambre y la pobreza no eran ni liberales ni conservadoras. Pero no identificarse políticamente con un partido, también era peligroso; como nunca se pronunciaron como liberales en Riomanso, la conclusión era que pertenecían al partido de los conservadores, es decir, al partido de los enemigos, a los que había que aniquilar. Riomanso había sido formado por liberales que se habían desplazado especialmente de Rovira, mayoritariamente conservador. Por esta razón, no les fue posible en su huida pensar en volver por el camino de Riomanso, para luego tratar de llegar a Rovira, y de ahí a Ibagué. Indudablemente, el ambiente era hostil en ese caserío, de donde la policía había expulsado a Aristomeno Porras, pastor evangélico.

Bajar por despeñaderos hacia el río Chili, en medio del monte enmarañado y la selva virgen que componía esos altos páramos, exigía la habilidad de él con el machete para despejar el paso. Los bejucos les sirvieron para no dejarse rodar, y asegurarse que ella no se fuera a caer, porque iba en embarazo. La orilla del río a ambos lados les iba mostrando las posibilidades de avanzar; los escarpados con sus rocas y pendientes se hicieron interminables, al igual que las acantiladas curvas, así como los ásperos peñascos y riscos sin fin. Cuentan que por más que caminaban, les parecía que no les rendía, lo que los obligaba a afinar los sentidos y poder escuchar más allá del murmullo del agua en permanentes cascadas, para descartar ruidos que les indicaran el peligro de que los venían siguiendo.

Después de varias horas de ir bajando sin pausa posible, en los pequeños despejes que les dejaba la exuberante vegetación empezaban a ver a lo lejos el valle que hacía el río Cucuana en la distante llanura, donde tributaría su cauce el río Chilí, al igual que el Río

Manso, que dio origen al nombre del caserío Riomanso. Ya en la tarde arribaron a la parte más plana, donde el río expandía caprichosamente sus orillas, y seguramente se tomaron algún breve descanso, compartieron un pedazo de queso y panela, que bajaron con el agua fría y pura del río Chili. Se mirarían con ternura mezclada con angustia, se abrazarían, llorarían y se preguntarían qué estaba pasando y por qué a ellos, que no le habían hecho daño a nadie.

Al fin abandonaron el cauce del río para llegar a una casa grande y solariega, que nunca antes habían visto porque no sabían dónde estaban. Más de setenta años después de este desplazamiento, aún se puede ver esta casa en el cruce de caminos de Hato Viejo, una vereda que antaño fue sede de Miraflores, el antiguo nombre de Rovira, en el camino que de este municipio conduce a Roncesvalles, otro municipio incrustado en la alta cordillera, y que colinda actualmente con el departamento del Quindío. Hato Viejo queda en la vía que de Rovira va hacia Playa Rica, para luego bifurcar carretables hacia Roncesvalles y San Antonio, y de este hacia Chaparral. En este sentido, lo primero que se encuentra saliendo de Rovira es un pequeño caserío llamado El Real (“El Rial”, le dice la gente), y desde El Real actualmente hay carretable hacia Riomanso, pero en la época en que sucedieron estos acontecimientos solo existía un camino de herradura.

Hasta el día de hoy la gran mayoría de los campos en Colombia siguen sin vías de comunicación que faciliten a los campesinos sacar sus productos al mercado; lo que menos ha importado a los gobiernos de turno, tanto a nivel regional como nacional, es que regiones como Riomanso sean verdaderas despensas agrícolas, por la reconocida fertilidad de sus tierras. Esta narrativa ilumina lo que acontece actualmente, desde lo que históricamente ha sucedido con los ciudadanos sin ciudadanía, como son los campesinos, es decir, como aquellos colombianos abandonados a su suerte por parte del Estado. Parece que otros momentos de la historia se han imbricado hasta llegar al momento actual, en el constante desconocimiento de los derechos, como otra forma de reificar al otro, especialmente si es pobre, y peor aún si además es campesino.

Si hubieran podido bajar del Cañón del Chíli a Riomanso, y coger el camino de herradura, hubieran llegado a El Real, a 10 km de Rovira, y no a Hato Viejo, a 10 km de El Real y a 20 km de Rovira; pero no podían arriesgar. La cuenca del Río Chíli les sirvió de protección, a manera de trinchera mientras se desplazaban. Por ahí despistaban a los que posiblemente intentaron perseguirlos; seguramente los hombres que fueron por ellos a su rancho de tablas y techo de palmiche los buscarían, porque los imaginaron escondidos entre los cultivos o alrededor de la casa; posiblemente encontraron muchos indicios de que estaban cerca porque habían dejado casi todo, y hasta el fogón aún caliente con el primer café del día. Es fácil suponer que después de buscarlos en sus alrededores y no poder seguir su rastro abandonaron la inexplicable cacería humana.

Esa guerra fratricida se explica desde las élites de los partidos políticos que venían urdiendo desde años atrás “La Violencia”. A manera de ejemplo, en 1933, en el Congreso, Laureano Gómez había sentenciado: “Hagamos invivable la República Liberal”; en 1940, en la plaza pública, afirmó en medio de su discurso: “Llegaremos hasta la acción intrépida, el atentado personal (...) y haremos invivable la República”.

Atkinson y Hammersley (1994, citado por Rodríguez et al., 1996) permiten entender cómo el estudio etnográfico refuerza la visibilización de los sentidos que las personas dan a sus acciones, a lo que viven y experimentan, ya que no solamente son seres políticos, en el sentido aristotélico, sino que se constituyen como sujetos en la interacción social donde acontecen escenarios de natural intersubjetividad, en este caso, alterados abruptamente por La Violencia, que se va “naturalizando” en esa intersubjetividad, como si fuera natural, o tuviera alguna justificación matar al hermano, ni siquiera por diferencias discursivas políticas, sino por la pertenencia, militancia o sospecha de pertenecer al partido político diferente, en el marco del bipartidismo. Por eso, para la intelección del caso que se narra importan todos y cada uno de los aportes que se puedan hacer desde la etnografía, el estudio de caso, el análisis de texto y el interaccionismo simbólico. La vida de las personas, sus experiencias o vivencias, los sentidos que dan a lo que acontece, tienen como característica el ser singulares, aunque de hechos compartidos en un escenario de guerra creado por los intereses de las élites, especialmente políticas, a las que no pertenecían los que sacrificaban sus vidas; por eso Gaitán afirmaba: “El Gobierno colombiano tiene la metralla homicida para el pueblo y la rodilla puesta en tierra ante el oro americano”.

Al llegar a la casa grande y solariega en Hato Viejo, ellos cuentan que en esa casa les dieron inmediata acogida, con la generosa amabilidad característica de los campesinos de Colombia. Dicen que tuvieron temor al contar lo que había sucedido, pero lo hicieron porque en sus rostros se notaría el desconcierto y porque todos los campesinos, indistintamente de la militancia en partido alguno estaban sumidos en igual tragedia, que jamás hubiera brotado del labriego, sino que había sido impuesta por la fuerza desequilibrada que genera roles de dominador y dominado entre las élites políticas y el campesinado (Camacho y Guzmán, 1990). El cansancio era insoportable por la travesía que les había consumido casi todo el día, además, el embarazo se podía poner en riesgo por la alta exigencia física durante la huida, pues Manuelita había pasado todo el día caminando entre peñascos y angustias, calculando cada paso para no resbalar, pero mirando también hacia atrás de vez en cuando.

Vivían en carne propia el desplazamiento, ese acontecimiento tan generalizado ahora en el mundo, y al cual el Banco Mundial lo identifica como el fenómeno que se da cuando “las personas que dejan sus hogares o huyen debido a los conflictos, la violencia, las

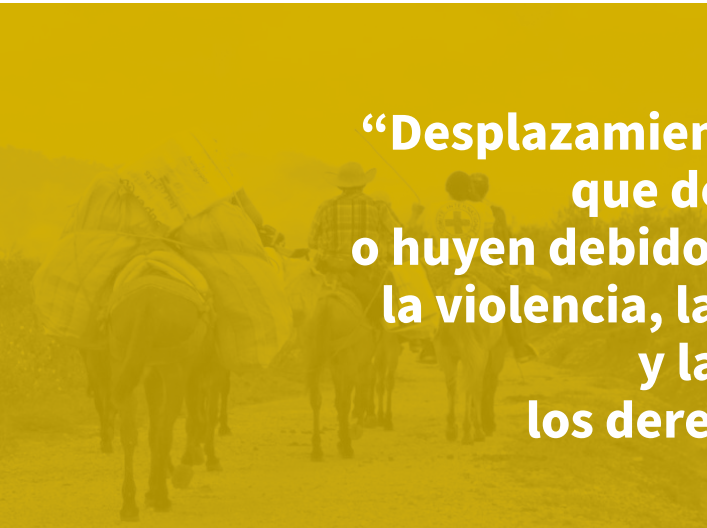
persecuciones y las violaciones de los derechos humanos”. ACNUR afirmó en 2018 que: “Hay más víctimas de desplazamiento forzado en Colombia que número de habitantes en Costa Rica”. Mientras que el periódico El Tiempo, en su edición del 20 de junio de 2019, aseveró: “Con un acumulado de 7.816.500 desplazados internos, Colombia ocupó, por cuarto año consecutivo (desde 2015), el primer lugar en el mundo en víctimas de desplazamiento forzado dentro del mismo país, un fenómeno que a nivel global deja 41,3 millones de víctimas”. Los protagonistas de esta narración se ubican más en el umbral que en el dintel de las estadísticas, cuando el problema que genera el desplazamiento se empezaba a agudizar por La Violencia.

Estando en la casa de Hato Viejo, mientras comían lo que les ofrecieron y se disponían a descansar, Manuelita cuenta que le pidió a Tobías se quedaran esa noche ahí; pero él dice que algo lo impulsó a seguir todavía esos 20 km más hasta llegar a Rovira, distancia infinita por el cansancio, pero necesaria de recorrer por el fantasma de que los venían siguiendo. Haber dejado tan abruptamente el hogar que anidaba sus sueños de joven pareja campesina, que se contenta con lo básico, y no aspira más allá de lo que les dé su cultivo, sin más ambiciones que la felicidad en medio de la tranquilidad de la naturaleza. Ambos cuentan que, en la decisión de seguir el camino contra el cansancio corporal, un buen samaritano, como así lo refieren, se apeó de su caballo y se los prestó para que a ella le fuera un poco más suave seguir por el camino de herradura hasta Rovira. No pararon en El Real, y pasaron de largo por cuanto casa vieron a orilla del camino de herradura, limitándose a saludar de lejos y sin fijar la mirada en nadie, pues el miedo los llevaba a ver en todos a posibles enemigos, que nunca antes de ese mismo día habían podido imaginar jamás.

Llegaron de noche a buscar posada; el cansancio vencería temores y luego pudieron conciliar algo de sueño. Despertarse varias veces a la madrugada y escuchar el golpeteo de las herraduras sobre los caminos empedrados de Rovira los hacía sentir que era real que estaban lejos del rancho donde dormían apaciblemente. Se levantaron temprano, y por primera vez en muchos días no fueron a ordeñar ni a echarle de comer a las gallinas, ni prendieron la hornilla para preparar un tinto. Lejos de su rancho de tabla y de su cama, la confusión seguía, mientras la nostalgia poco a poco los iba invadiendo. Dicen que rezaban acongojados sin tener claro qué iban a hacer y sin saber qué había pasado con sus animales y con sus cosas que habían dejado: las costuras y los primeros alistamientos para cuando naciera su primer hijo; de un momento a otro había desaparecido tantos sueños. Algo los sacó de su ensimismamiento, una noticia que los perturbaría para el resto de sus vidas. Muy temprano se enteraron que, en la casa solariega de Hato Viejo, donde Manuelita quería pernoctar, llegó la chusma y los mató a todos. Las personas que pocas horas antes los habían atendido, las que les ofrecieron acogida y les pidieron que se quedaran a descansar para luego seguir la huida, ya no existían; habían muerto

violentamente. Entendieron nuevamente que, si solo se hubieran quedado un poco más de tiempo en su rancho, así fuera recogiendo más cosas, hubieran corrido con igual destino. ¿Qué experiencia de dignidad humana subyace en estas experiencias de asesinatos sin sentido que asaltan en cualquier camino, en cualquier vereda, en cualquier casa a inocentes campesinos, lejos de los avatares políticos?

La noticia tenía en pánico a todo el pueblo de Rovira. Esa masacre había sucedido cerca del casco urbano de Rovira, a escasos 20 km, y la gente empezaba a temer lo peor; ya ni vivir juntos dentro de un pueblo sería garantía de seguridad. Se afanaron por salir de Rovira rumbo a Ibagué. Sentían como si definitivamente los estuvieran siguiendo; pronto consiguieron cupo en un taxi berlina rumbo a Ibagué, que, a pesar de estar a menos de 50 kilómetros de distancia, el viaje duraba casi todo el día por las pésimas condiciones de la carretera. En la medida en que el carro avanzaba, ellos seguían prácticamente en silencio; su mente y su imaginación estaban atrapadas en los acontecimientos de las últimas 24 horas. Contaban que solo se atrevían a rezar el santo rosario una y otra vez, pero en voz baja; rezaban por lo que les había pasado, pero también porque logran sortear un peligro mayor, que ya no era relato lejano, sino realidad tenebrosa y próxima. Llegando a Ibagué, en un sitio conocido como el Alto del Combeima, los paró la policía política de la época. Los hicieron bajar y ordenaron separarlos. El poder que en algún momento le había dado a la Policía el Decreto 707 de 1927, y que había sido ratificado con sentencia de la Sala Plena de la Corte Suprema de Justicia, el 13 de noviembre de 1928, había cobrado mayor importancia, así este decreto hubiera perdido fuerza jurídica con los decretos 1206 de 1927, 583 de 1931 y 1449 de 1939. En la práctica, se mantenía cierta autorización a la Policía para desconocer los derechos de los ciudadanos, y de contera cualquier atisbo de reconocimiento y respeto a la dignidad humana.



“Desplazamiento: las personas que dejan sus hogares o huyen debido a los conflictos, la violencia, las persecuciones y las violaciones de los derechos humanos”.

Había extendido la fama ese sitio del Alto del Combeima, junto al despeñadero profundo que daba al río Combeima, ya que se decía con mucha frecuencia que era lugar de permanentes ajusticiamientos por cualquier razón, hasta por no dar plena garantía de ser del partido de gobierno, al cual también pertenecía la Policía. Manuelita jamás olvidaría ese dramático momento, donde no duda en suplicar de rodillas y pedir llorando que a Tobías lo dejaran seguir con ella, ya que su embarazo estaba bien adelantado; les entregaron a los policías una copia de la partida de matrimonio y contaron que venían huyendo porque los iban a matar por los lados de Riomanso. Quizás este terminó siendo el mayor argumento, pues no les importaba que él nunca antes hubiera ejercido el derecho al voto por no haber alcanzado previamente la mayoría de edad para ejercer ese derecho ciudadano en las elecciones anteriores. Después de los ruegos se les hizo el milagro y les permitieron ingresar a Ibagué, donde regresaron a El País, más abajo de El Salado, buscando la familia de ella para que los recibieran en su nueva condición de desplazados por La Violencia.

Casi que, como visionario de todo lo que les esperaba a los campesinos de Colombia, Jorge Molina Cano había escrito en la misma década en que habían nacido los protagonistas de este relato, la canción que mejor describe todo lo que iba a acontecer. Su letra recargada de nostalgia por la casa que fue alegría, y ahora hasta los vivos que tenían muerta el alma también se habían ido. En esa canción se sentían retratados, al igual que un sinnúmero de campesinos que dejaron atrás sus casas para huir de la muerte segura:

Ya no vive nadie en ella, y a la orilla del camino silenciosa está la casa. Se diría que sus puertas las cerraron para siempre; que cerraron para siempre sus ventanas. Gime el viento en los aleros, desmorónanse las tapias, y en sus puertas cabecean combatidas por el viento las acacias, combatidas por el viento las acacias. Dolorido... fatigado de este viaje de la vida, he pasado por las puertas de mi estancia, y una historia me contaron las acacias: Todo ha muerto: la alegría y el bullicio, los que fueron la alegría y el calor de aquella casa, se marcharon unos muertos y otros vivos que tenían muerta el alma, se marcharon para siempre de la casa.

Al poco tiempo de haber llegado a Ibagué y haberse instalado en El País, nació la primera hija, María Derly. La cual desde el vientre materno había sido desplazada, y no le permitieron nacer en la alta montaña del Cañón del Chilí, arriba de Riomanso. Con

escasas posibilidades de empleo en esa calurosa región, y por el ambiente cada vez más enrarecido por La Violencia en el Tolima, esta pareja decidió marcharse a otra fría y lejana región, más lejana en esa época, porque no se alcanzaba a llegar en tren en el mismo día; viajaron a Chocontá, en la vía entre Bogotá y Tunja, y se fueron a administrar una finca distante del casco urbano, llamada La Iberia, porque era especializada en ganado de casta. Las habilidades de él y el carisma de ella les permitieron vivir unos años de tranquilidad, mientras la nostalgia por su tierra natal y sus demás familiares les ganó nuevamente el corazón, y volvieron ya con tres hijas, la última estaba por nacer, pero faltarían ocho hijos más. ¿Cómo los sacaron adelante, dándoles de comer, vistiéndolos y educándolos? Quizá sin necesidad de hacer reflexiones filosóficas, tal vez teológicas, entendían a los hijos como un don de Dios o de la vida, y les otorgaban todo lo que necesitaban para salir adelante. Eso se llama en la práctica, el reconocimiento de su dignidad, reconocimiento lejos de ser dado por el Estado o reconocido por las fuerzas del gobierno.

Mirar críticamente la historia de la ciudadanía busca entender qué ha pasado, por qué, cómo se han imbricado algunas formas de ningunear o despreciar la ciudadanía, de qué manera perviven en la actualidad, y cuáles serían los caminos y alternativas para expandir la ciudadanía, especialmente hacia las orillas que no han experimentado de manera más plena la ciudadanía como conquista y derecho. Comprender de qué manera frente a un sistema económico asfixiante es posible ejercer la ciudadanía, y no seguir aplazando desde explicaciones racionales el porqué algunas comunidades no verán realizados sus derechos en vida. La mirada crítica es contextual, no solo desde lo que ha acontecido, sino desde lo que acontece y que conculca o amenaza el ejercicio pleno de la ciudadanía para todos los ciudadanos del mundo. Una mirada crítica lleva necesariamente a la contemplación de la tierra como madre, y no como recurso, y a la naturaleza como el lugar integral de la realización armónica de la madre tierra y de todas las expresiones vitales y no vitales, que conforman el concierto de lo que existe como dado desde un antes. Es reconocer la dignidad de la tierra y de la naturaleza.

La misma invitación que le hace a Kant el periódico *Berlinische Monatschrift*, en 1784, para que responda a la pregunta: “¿Qué es la ilustración?”, también se la hace a otros pensadores de la época, dentro de los cuales está Erhard, quien contesta que la ilustración es el primer derecho de un pueblo en una democracia. Es decir, si lo que se quiere es que la democracia funcione, es fundamental ilustrar al pueblo, educar al ciudadano. Esta es la condición primera; pero una educación que acepte el adjetivo “crítica” como parte del mismo sustantivo: educación crítica, capaz de pensar de manera autónoma, *sapere aude* kantiano. El ciudadano sin educación, no solamente es manipulable, sino que desdibuja la ciudadanía en sí mismo, ya que esta le puede ser dada por razones de nacimiento, a manera de ejemplo, pero el ejercicio de los derechos y deberes le

demandará necesariamente una toma de conciencia de su ser como sujeto que se construye. Por tanto, el ámbito de la ciudadanía está en lo social, se fundamenta en el reconocimiento que hace el Estado o alguna entidad de rango superior, pero se realiza en la intersubjetividad. De ahí que el ser ciudadano implica reconocer al otro como tal.

Cuando el Estado soporta el reconocimiento del ser ciudadano en sus mismas leyes, puede el gobierno del Estado priorizar intereses por encima de la ciudadanía, como los económicos de las multinacionales, y privilegiar la renta económica por encima de la vida y de los derechos fundamentales, como la educación y salud, dramatizados al extremo en la pérdida de vidas en la actual pandemia. Por eso, se hace impostergable que el Estado mismo desplace el reconocimiento del ciudadano hacia un fundamento último en la dignidad misma de cada ser humano, que es y debe ser razón suficiente para que los Estados la reconozcan y sean consecuentes con ese reconocimiento. No son las leyes las que fundamentan, sino la dignidad humana, ante la cual las leyes se ponen a su servicio. Pero estos ideales no avanzarán si no existe una consciencia de dignidad común a todo ciudadano, que logre desvirtuar la afirmación de Lincoln acerca de que todos nacen iguales, pero será el único momento en que lo sean. Se busca un reconocimiento igualmente soportado en la misma dignidad, para que a partir de él se reconozca la diferencia de cada ser humano en su singularidad e historia.

Los jóvenes campesinos retratados en el relato de una historia real, acaecida dentro del territorio colombiano, se vieron muy limitados en el ejercicio de su ciudadanía por varias razones: si hubieran contado con una educación crítica, no solamente ellos, sino tantos otros campesinos como ellos, aquella educación que los enseñe a pensar y defender su dignidad, posiblemente hubieran liderado reflexiones con sus vecinos en torno a la defensa de la vida por encima de los intereses de los gamonales que se repartían la burocracia estatal, mientras los pobres campesinos se mataban en una guerra fratricida, en la que se abusó de los campesinos, precisamente por su escasa y muchas veces nula educación. Al demorarse tanto el Estado para reconocer en la mujer los derechos ciudadanos, limitó a que las mujeres colombianas hubieran ejercido liderazgos regionales y nacionales con visiones diferentes y mejoradas, superando la supremacía patriarcal arraigada en la cotidianidad. Los campesinos debidamente educados hubieran exigido sus derechos, y el campo colombiano no hubiera sido, como lo sigue siendo, escenario de guerra, sino espacio para la convivencia armónica y en paz, además de lugar de desarrollo socioeconómico. De esta manera, Colombia no ocuparía el deshonroso primer lugar de desplazamiento interno y uno de los primeros lugares de vergonzosa inequidad.

Tanto la dignidad misma de cada persona como las circunstancias de la actual época demandan una nueva formación ciudadana, que debe ser nueva también por su

enfoque: se trata de formar a la niña, al niño, al adolescente, al joven y al adulto para que sea capaz de superar la indiferencia y la soberbia; que entienda que está ligado a los demás, y que es a partir de ellos que construye su presente y el sentido mismo de la vida. Esta pareja de campesinos se reconocía mutuamente como núcleo familiar, emergían soportados en ideales de vivir la vida, y aunque posiblemente no harían el análisis político del momento, porque ni siquiera habían tenido la oportunidad de votar como forma de tomar partido, o que no los hacía indiferentes, sino que les permitía no descentrarse del sentido mismo de la vida: vivirla y vivirla dignamente. Por tanto, el propósito de una formación ciudadana estaría en lograr que cada ciudadano reaccione moralmente ante las cualidades de valor del otro, que vale por el solo hecho de existir, es decir, que lo reconozca como igual; formar para la resistencia cuando las condiciones atentan contra su dignidad y la de los demás. Las personas reaccionan frente al otro dependiendo del grado de reconocimiento que tengan, pero el reconocimiento es un acto reflejo del conocimiento (Kant, 2005); deben conocer-se y reconocer-se, para que, de manera crítica enfrenten los contextos y exijan el giro de los gobernantes y de la historia hacia horizontes de humanismo, sin más límites que los derechos de los otros. La formación ciudadana debe incluir como condición el sentido del odio a los indiferentes de Gramsci (2017).

Un ciudadano indolente no se implica en la historia de los otros, y eso desdice de la razón misma de la ciudadanía que se afina en la solidaridad. “Aquí podría decir que la razón por la cual ‘yo sé que tienes dolores’ no es una expresión de certeza, es que es una reacción a este hacer notar: es una expresión de implicación” (Cavell, 2003, citado por Honneth, 2007, p. 76). La solidaridad es una manera de atención del otro. La pareja de campesinos que huyen de las altas montañas de Riomanso son solidarios entre ellos, ese es su radio de acción: esperan a su primera hija, que nacerá pocos meses después del desplazamiento. No es el Estado el que es solidario, ni siquiera aparece en su historia más allá de hacer presencia con la policía política del momento, que podrían asesinar solo por sospecha de no pertenecer al partido de gobierno. El Estado no aboga por el bienestar de esta familia, ni por la satisfacción de sus derechos básicos; los abandonaron a su suerte, como si fuera culpa del destino lo que acontezca y no responsabilidad estatal. No todos los desplazados y ninguneados reaccionan de esta manera. Muchos se han visto compelidos a tomar las armas. El menosprecio y desprecio al otro, especialmente de parte del Estado, que tiene la misión contraria, hacen camino de trincheras y muchas veces no dejan otra salida que la insurgencia armada, como el único espacio de sobrevivencia. Cuando el Estado actúa con indolencia e indiferencia los ciudadanos se ven obligados a reaccionar para salvar su vida, como los relatos que se presentan a continuación, donde la luz no está al final del túnel, sino que cada uno debe llevar su propia luz para iluminar el camino, camino muchas veces de la insurgencia activa y pasiva de donde también emergen formas de ser ciudadanos.

DE LA INSURGENCIA OBLIGADA A LA EMERGENCIA CIUDADANA

“Sí a la vida. Sí al amor. Sí a la generosidad. Pero el hombre es también un no. No a la indignidad del hombre. A la explotación del hombre. Al asesinato de lo que hay más humano en el hombre: la libertad”.

Frantz Fanon (1970)

Toda semilla es insurgente en cuanto se yergue, emerge por sí misma y, obligada por las circunstancias, sale en busca de la luz para continuar el proceso de la vida; de lo contrario, moriría apabullada por el peso de lo que la rodea. Toda insurrección es un levantamiento, un no a lo que reprime y ahoga la vida, por tanto, toda insurrección es un sí a la vida; es un derecho de los que no tienen derechos, un levantarse desde la postración obligada en la que se ha estado, no por voluntad propia; es retar a quien oprime, es levantarse contra el viento. Así como la semilla actúa, es agente de su propia transformación, la insurgencia implica a los demás, demanda la agencia, el hacer y hacerse haciendo, que siempre, al estilo de Antonio Machado: se va construyendo el camino en la medida en que se van dando los pasos, o como afirmarían los Navajos: “Salta, ya aparecerá el piso”. Muchas configuraciones del suelo, por falta de buen compostaje, terminan ahogando la mayoría de las semillas, impidiéndoles transformarse en vida, así como muchas condiciones extractivas –siempre impuestas– reprimen ahogando la esperanza con el miedo y las continuas frustraciones, generadas por espejismos de libertad aprovisionados con detonantes de desasosiego en la sociedad del consumo. Las semillas no deciden por sí mismas el terreno, pero, si este es propicio, serán insurrectas, se levantarán contra la fuerza de la gravedad, y su inercia será crecer y desplegarse en esplendor; los humanos oprimidos tampoco escogen su condición, otros han decidido por ellos, y se encargarán de mantener su condición a precio de la vida misma, por medio de la represión. Por eso, la insurrección exige coordinación, demanda comunicación y comunidad de intereses.

Esto explica que ser insurrecto sea para algunas sociedades sinónimo de terrorista, cuando debiera aplicarse a los insurrectos la frase bíblica: “Qué bellos son sobre los montes los pies del que trae la esperanza” (Isaías, 52,7). La insurrección es la lucha por la dignidad, por la resurrección de la libertad asesinada, según Frantz Fanon. La semilla para ser insurgente no prepara ella misma la tierra, simplemente la usa, y si le es propicia, subsumirá sus nutrientes para convertirlos en más vida; los insurgentes humanos deben arar el terreno, a veces contra su misma voluntad, porque es posible que no tengan consciencia de su misma dignidad y, al no conocer otra forma de vida, estén conformes con la que tienen; a la insurgencia le corresponde preparar el terreno para la rebelión mediante la toma de consciencia y revelación de su postrante condición; por eso, la lucha termina siendo condición inevitable. Así lo han entendido quienes no se han rendido, y han decidido su vida en la preparación del surco donde surge la insurgencia. Insurgentes han sido los que luchan por levantarse, así hayan sido marcados por el Estado, las élites políticas y sus gobiernos como incómodos para los intereses del régimen, de ahí que el arte, la literatura y el periodismo, que no sirven a las élites que tienen el poder, sean consideradas peligrosas, así como la libertad de expresión, que debe estar fundamentada en la libertad de pensamiento y nutrida por la lectura crítica de la realidad. Insurgentes los pobres que luchan y se resisten contra el mercado que los ha marcado como desechables o inservibles por ser no productivos en los términos del mercado.

Un campesino, entre tantos, y quien inicialmente solo pretende organizar su propio negocio en el comercio y vivir de él, ve y experimenta cómo la violencia creada por las élites políticas no le dejan otra posibilidad, si quiere resguardar su vida, que tomar las armas para defender su propia vida. Sus abuelos, Ángel Marín y Virginia Quiceno, se fueron de Neira, Caldas, a buscar mejor vida más hacia el sur del mismo departamento, en las estribaciones de la cordillera Central, siendo colonos próximos a un pueblo fundado a comienzos del siglo XX, y creado como municipio en 1937, Génova. Pedro Antonio Marín vive los primeros años de su vida en Génova, donde adelanta los dos primeros años de primaria, y luego se traslada con su núcleo familiar a la zona rural del corregimiento Ceilán, municipio de Bugalagrande, Valle, donde termina la primaria, siendo ayudante de sus profesores por destacarse como buen alumno. Aún adolescente buscó la forma de independizarse económicamente, aceptando diferentes trabajos, desde ser expendedor de carne, vendedor de queso, labriego en fincas, aserrador, hasta constructor de casas, pero, sobre todo, negociante. Organizó su almacén en La Primavera, Valle, donde vivía tranquilo a pesar del caldeado ambiente nacional. Pero el anuncio de la muerte de Gaitán lo cambió todo, no solo en Ceilán. Así lo recuerda Pedro Antonio:

No era un pueblo armado, nadie tenía interés en las armas, ¿para qué...? Pero si alguien olía a conservador, fuera conocido o desconocido, venga para acá señor, detenido, requisado, sus huesos a la cárcel, señor. En esas condiciones presencié yo lo de Ceilán; fue un espectáculo muy especial. Yo solo miraba, porque no entendía muy bien de qué se trataba, pues era muy joven y todavía no pensaba en cuestiones políticas, no había surgido en mí el impulso de la carrera política. Yo quería únicamente, resolver los problemas del negocio para hacer la vida. Eso pensaba. (Alape, 2018, p. 29).

Su tío, Ángel Marín, señalado como instigador del 9 de abril, debió huir para evitar la cárcel. Pedro Antonio se fue de Ceilán a La Primavera, donde tenía su negocio, pero se fijó que en El Dovio (lugar rodeado de montañas, es su significado), perteneciente al municipio de Roldanillo, Valle, había mejores oportunidades de negocio. Cuando decidió trasladarse para allí fue testigo de un gran enfrentamiento entre liberales y conservadores, lo que hizo que entraran los Pájaros, con la anuencia del gobierno, a controlar por medio de la violencia, y como consecuencia se diera un gran desplazamiento de familias que huían sin nada para conservar lo único que aún tenían, la vida. Muchos huyeron a pequeños centros poblados cercanos como La Primavera, La Tulia y Betania, que se unieron para defenderse de los ataques de las bandas conservadoras, ya conocidas como “los Pájaros”. Sin embargo, cada pueblo fue cayendo uno a uno bajo el asedio de los Pájaros, tal como lo recuerda Pedro Antonio Marín:

Lo que uno sabe es que masacraron a todo el mundo en Betania, porque le metieron Policía, Pájaros, Ejército, totalmente equipados y lo destruyeron a su paso, lo quemaron, mejor dicho, lo que uno sabe es que les dieron muerte a por lo menos trescientos liberales. Luego fue la desbandada de la resistencia, los sobrevivientes difundieron lo sucedido; el recuerdo que se lleva en la sangre por siempre y corre por ella. (Alape, 2018, p. 36).

¿Es posible, con base en estas experiencias y relatos de ellas, rastrear alguna sospecha del reconocimiento de la dignidad humana?, cuando efectivamente se atenta contra la vida, y sin vida no hay dignidad. El ataque a Betania fue organizado por León María Lozano, alias “El Cóndor”, y ejecutado por alias “El Chimbilá”, el 8 de octubre de 1949. Luego, las acciones de los Pájaros, en coordinación con la “policía Chulavita”, que

era expresión del beneplácito gubernamental, se dirigieron a La Tulia. El gobernador Nicolás Borrero Olano, tristemente célebre por la creación de grupos armados, financiados por terratenientes, con lo que neutralizaba las acciones del Ejército, mientras estos grupos masacraban pueblos liberales en el Valle (Betancourth, 1998). Es decir, para atacar a las poblaciones liberales estaban los Pájaros, la policía Chulavita, y los grupos armados creados por el gobernador, lo que hizo que en pueblos como La Tulia no hubiera resistencia, simplemente la gente se iba yendo porque, al ser conscientes de que no tenían ningún respaldo gubernamental, se sentían indefensos, desanimados, impotentes, incapaces.

De La Tulia, y por entre el monte, Pedro Antonio Marín se fue hacia La Primavera, donde le había ido bien en los negocios, y esa relativa estabilidad económica le permitió empezar a vincularse con cuestiones políticas; contará que eso le facilitó percibir cómo se iba enrareciendo cada vez más el ambiente en todo el país, y que la responsabilidad estaba en el Gobierno. Era fácil ver cómo los Pájaros avanzaban sobre cada pueblo desterrando liberales, y permitiéndole a los que se quisieran quedarse hacer un juramento “ante Dios y los hombres, y en presencia de testigos⁹” de que renegaban del Partido Liberal, que se sometían al Partido Conservador y a la Iglesia católica, que defenderían con su propia vida al Partido Conservador. Ese juramento tenían que hacerlo en Roldanillo o en El Naranjal para obtener ese salvoconducto para su vida; no portarlo se convertía en una imperdonable condena a muerte. Estando Pedro Marín en La Primavera llegaron más de 400 hombres armados, al mando de “Lamparilla”, seleccionaron a los liberales que no habían abjurado de ser liberales, y los mataron por no voltearse; allí asesinaron a un tío de Pedro Marín. Sin embargo, Pedro Marín pudo volarse y volver a Ceilán, donde encontró a otro tío, Ángel Marín, muy activo políticamente, tratando de organizar a la comunidad para que se defendiera del inminente ataque de los Pájaros. La antesala del ataque a Ceilán fue el cruel asesinato de unos comerciantes de San Rafael, población muy próxima; estos comerciantes gozaban del aprecio de toda la comunidad campesina, pues facilitaban todas las remesas sin necesidad de pago previo, hacían todos los favores sin ser usureros. Para la comunidad, en general, liberales y conservadores, estaba muy claro que el Gobierno estaba detrás de todos estos atentados, coordinaban

9 Nosotros los suscritos ciudadanos colombianos, mayores de edad, vecinos del municipio de Bolívar (V) con residencia habitual en el corregimiento de El Naranjal, cedulados bajo los números abajo citados, en completo goce de nuestras facultades mentales, de nuestra absoluta y espontánea voluntad, sin presión o coacción de directiva alguna, en forma enérgica y orgullosa y bajo la gravedad del juramento, ante Dios y los hombres, y en presencia de testigos, declaramos: Que protestamos del Partido Liberal y de seguir siendo en sus filas los soldados de antes, porque ese partido es el de la anarquía, disociador moral, que atenta contra el orden y las buenas costumbres y contra la Iglesia católica, como lo demostró el 9 de abril. Desde hoy perteneceremos al Partido Conservador, único que respeta el patrimonio legado por el Padre de la Patria. Juramos defender al Partido Conservador hasta morir (http://archivodelosddhh.gov.co/saia_release1/ws_client_oim/menu_usuario.php#area_consultas).

el retiro (o mejor, la actuación) de la policía, y facilitaban todo a los Pájaros, buscando azular todo pueblo o desaparecerlo, mientras los jefes liberales regionales o nacionales les dieron la espalda a las bases campesinas liberales, abandonándolos a su suerte, lo que equivale a una sentencia de muerte declarada.

Relata Alape (2018):

Los ríos trajeron la noticia, sus aguas arrastraban la imagen diaria que impregnó en definitiva a muchas memorias: “Me tocó jorنالear sacando arena del río Cauca. Allá sí que me di cuenta de la violencia. Todos los días aparecían 10 o 15 cadáveres flotando en el río, o por ahí tirados en un playón. Traían camiones llenos de cadáveres de Ceilán, La Marina, Riofrío, Fenicia, Indianápolis, Bugalagrande, Puerto Frazadas, en las horas de la madrugada los tiraban al río...”. Sólo se requería como escenografía, un puente. Los ríos se volvieron los mensajeros de la muerte. Luego serían los trenes y los camiones, sin llegar a reemplazar nunca, imposible, a los ríos. (p. 46).

En Ceilán se repitió el *modus operandi* de La Primavera: la policía desapareció, y ya se presentía lo peor. Sin embargo, hubo una luz ilusoria de esperanza, como un espejismo, pero que demuestra cómo trabajaba mancomunadamente el Gobierno con los Pájaros, especialmente con León María Lozano, alias El Cóndor, quien a su vez coordinaba todas las actividades de los Pájaros, y quien fue condecorado por el presidente Gustavo Rojas Pinilla, con la Cruz de Boyacá, haciendo oídos sordos a tantas denuncias que llegaron; una entre tantas es el argumento central del libro *Carta suicida de Tuluá*, de Ómar Franco Duque (2014), donde varios de los firmantes fueron ajusticiados por León María Lozano. La mal intencionada ilusión comenzó con el hecho de que una avioneta sobrevoló Ceilán, lanzando al aire miles de volantes en los que se afirmaba que los ceilaneses podían dormir tranquilos, porque ya no habría ningún ataque contra la población, pues las bandas de los Pájaros se habían ido, ya estaban desarmados los campamentos que tenían cerca para intimidar, lo cual podían ir a confirmarlo; además, se anunciaba que el mismo ministro de Gobierno sería garantía, y el gobernador había retirado la fuerza civil armada que había creado. Los ceilaneses no pararon de celebrar después de tanta tensión, entre alegrías y abrazos. Fue tanta la confianza que ni siquiera prestaron la seguridad nocturna la noche en que llovieron los papelitos anunciando el retiro de los Pájaros y la seguridad del no ataque a los ceilaneses. En esas alegrías pasajeras lo que hay son esperanzas del respeto a la vida y, por ende, del reconocimiento, así fuera solo

imaginario, de la dignidad humana. En otros términos, más allá de leyes lo que buscaban los campesinos era ser ciudadanos de bien, vivir tranquilos, cultivar la tierra; es la vida sabrosa, a la que se refiere Francia Márquez.

Entraron por tres partes, por la calle central (...), entraron por la margen de una quebrada, que abastecía de agua a Ceilán (...), y entraron por otro lado (...). Echaron bala desde el matadero (...), se juntaron en grupos grandes por las calles dando plomo, disparando a las casas, a las puertas y muchos de ellos, en forma osada con cigarrillos y tabacos y mucha maestría prendían los tacos de dinamita y sin darse tiempo, los lanzaban contra los techos y la explosión conmovía a la tierra como herida de muerte. A las once de la noche, con el escozor de la sorpresa, se inició la toma de Ceilán (...) y, a las tres de la mañana ya clareando, terminaron de ocuparlo; a las tres de la tarde del otro día, cesaba el fuego en el cementerio (...). Enloquecidos no cesaban de disparar (...). Los Chulavitas lo tenían todo planeado (...), un muchacho Rigoberto Barrios (...) se parapetó detrás de la estatua de Olaya Herrera y comenzó a disparar. Se bajó como a unos diez, hasta que le dieron un pepazo que le estalló la cabeza. Pero eso fue suficiente para que los liberales de Ceilán reaccionaran y salieran a echar bala, a defenderse. Se armó la batalla. Los liberales atacaron cuerpo a cuerpo, pero los Chulavitas estaban mejor armados y entonces fue la matazón (...). A las siete de la mañana no había un liberal moviéndose ni una casa que no echara humo. Unos huyeron, otros fueron asesinados. En la misma volqueta que habían llegado los Chulavitas, cargaron los cadáveres para echarlos al río Tuluá. La volqueta tuvo que hacer cuatro viajes completos para llevar los 200 muertos. Las aguas del río quedaron rojas durante una semana y Ceilán, azul por muchos años. (Alape, 2018, pp. 49-51).

Ya eran por lo menos cuatro situaciones de guerra las que había tenido que vivir y había sobrevivido Pedro Antonio Marín, tratando de ganarse la vida como comerciante y trabajador. De Betania a La Tulia, de La Tulia a La Primavera, y de La Primavera a Ceilán. Imposible que eso no le cambiara sus deseos de ser comerciante, pues más se demoraba en organizar sus negocios que en tener que huir para salvar la vida, sin haber cometido delito alguno, distinto de querer ser un trabajador honesto, un comerciante,

una persona de bien; el gran delito era pertenecer él y su familia a un partido político diferente al del Gobierno, y eso sí era lo imperdonable. Pedro Antonio Marín huye para esconderse en la finca del tío Manuel, en una pequeña choza monte adentro, buscando cómo sobrevivir al asedio del Gobierno, y no encuentra otro camino que organizar a sus primos de Génova para conseguir armas; de lo contrario, serán hombres muertos, porque el Gobierno no baja la intensidad de la guerra, sigue auspiciando las bandas de Pájaros acompañada por la fuerza gubernamental de los Chulavitas, y no crea condiciones de paz, y lo poco que dice el Gobierno no va más allá de simple retórica. Además, quienes han aceptado la amnistía que ofreció el gobierno de Rojas Pinilla habían empezado a ser asesinados, por lo general por agentes del mismo Estado que supuestamente les había tendido la mano (Villanueva, 2012).

Las conversaciones con el tío Manuel son profusas y se extienden a lo largo de algunos meses; analizan cómo las fincas que quedan abandonadas, porque sus dueños huyeron para salvar sus vidas o murieron tratando de conservarlas, aparecen de la noche a la mañana escrituradas a los que apoyaron a los Pájaros, a los Chulavitas, o son estos mismos Pájaros los nuevos dueños, y entienden que es la manera como el Gobierno, que está detrás de todas las masacres de liberales, les paga a los de su partido que colaboraron de manera eficiente con esos exterminios. La insurgencia ha sido creada y obligada, si se quiere seguir viviendo. Pedro Antonio Marín no tiene otro camino que la insurgencia armada; ya habían matado a su tío José de Jesús y a un primo de su misma edad, mientras su veintena de primos tenían que vivir escondidos entre los cafetales de Génova, como si fueran delincuentes, y no simples campesinos labriegos. Por eso, sus reflexiones se conducen necesariamente a la creación de un grupo de autodefensa campesina, si lo que se pretende es tan sencillo y tan importante como la conservación de la vida:

Buena la razón que trae el tío Manuel de los veinte muchachos. Pero... tanta gente que había en el Dovio, vea las que pasaron, después en Betania y les llegó la huida; luego en La Primavera, y la carrera fue grandecita, y ahora en Ceilán se desplomó el pueblo en su miedo, en su indefensión... ¡Qué diablos vamos a hacer!... Yo me di cuenta de que fue y sigue siendo un problema de armas. Uno se decía en esa problemática: si las gentes que habitaban tal pueblo y en el otro, hubieran tenido armas, con seguridad que no entran los Pájaros. Todo el mundo tenía los ánimos en alto para la pelea, querían hacerlo con honor, defendiendo algo tan importante como es la vida. ¿Cierto? Pero, no había armas, sólo había machetes. La indefensión en el hombre sólo deja lágrimas perdidas y no se puede vivir eternamente del llanto. (Alape, 2018, p. 65).

Y así sucedió. Génova, su pueblo natal, estaba invivable; controlado totalmente por los Pájaros, quienes decidían sobre la vida de sus habitantes. Cualquier trifulca entre godos, que vivían permanentemente armados, era razón suficiente para matar liberales, teniendo garantizada la impunidad del mismo juez, que sentenciaba que todo había sido no más que una simple muerte por equivocación. Prácticamente todos los días aparecían muertos en el pueblo, y todos eran liberales. Lo que hizo más urgente la organización de los primos Marín, todos jóvenes, a quienes se les unió Modesto Ávila y sus dos hijos. Lo primero fue conseguir armas entre ellos y aprender a manejarlas, para lo cual se ofrecieron Modesto Ávila y otros veteranos, que habían participado en la Guerra de los Mil Días, hacía cincuenta años. Necesitaban más armas, y empezaron por quitárselas a los conservadores. Al primero que atacaron fue a Miguel H. Pareja, el juez de Génova, que, además, era jefe de los Pájaros en ese sector. “No fue, digamos, un arrastre del destino, más bien digamos que fuimos arrastrados por la situación” (Alape, 2018, p. 70).

Una vez organizados, van perpetrando uno a uno ataques a la policía, a fincas de conservadores, especialmente las que habían dejado los liberales que habían huido o muerto, y así se va organizando un grupo grande y armado, con el que ejecutan varias acciones, con relativo éxito; pero, con el revés que tuvieron el 7 de agosto en Génova, donde perdieron a diez de su grupo y varios se desmoralizaron, buscan contacto con los Loayza, familiares y conocidos de Génova, quienes habían migrado al sur del Tolima, y se habían organizado como grupo de autodefensa campesina. Gerardo Loayza tenía su grupo conformado con sus cuatro hijos, conocidos con los alias de Agarre, Calvario, Punto Fijo y Veneno (Zambrano, 1998). En el camino se fueron quedando sus primos, que iban encontrando trabajo y algo de tranquilidad; solo llegó al sur del Tolima con su primo Alfonso. Después de un corto tiempo lograron hacer contacto con los Loayza, con quienes los unía el lugar de procedencia, el parentesco familiar, pero, sobre todo, la lucha contra el Gobierno que buscaba aniquilarlos por medio de los grupos armados de los Pájaros, los Chulavitas y el Ejército.

Después de ires y venires, de organizarse y reorganizarse, de las primeras acciones militares conjuntas llegaron a El Davis, en el municipio de Rioblanco, al sur del Tolima; era una hacienda grande de Gerardo Loayza. En ella organizan el primer Estado Mayor Unificado del Sur, con miembros de los Loayza, más identificados como los (liberales) limpios, con centenares de familia, mientras que el grupo de Marulanda e Isauro Yosa, ya de unos 150 hombres, se les conocía como los comunes, por su aproximación a las tesis comunistas, ante la desilusión que les causaron los jefes liberales. El Davis marca un momento fuerte de encuentro, pero también de desencuentro entre las tendencias de las tesis del Partido Liberal y del Partido Comunista. Durante mucho más de un año estuvieron bajo reglas claras, con grupos de mujeres, niños y hombres; todos imbuidos

en la organización de resistencia, con formación específica. Y es ahí donde empiezan a aparecer fisuras; no era suficiente el lugar de procedencia ni el motivo de la lucha, había que tener en cuenta otros factores como las convicciones religiosas y la misma formación política. Con el transcurso de los días cada vez era más difícil la convivencia. Al respecto, comenta Gerardo Loayza:

Imagínense ustedes, la mujer de uno como merienda fresca para veinte machos, pasando de cama en cama en sueño calenturiento. ¿Qué piensan de las creencias religiosas? Señores, pues si ahora las ancianas en El Davis tienen que meterse debajo de las camas para rezarle al santo de su devoción, ¿qué pasaría con la religión si los comunistas llegan al poder? Sería el adiós a las creencias que uno como cristiano lleva en el alma. (Alape, 2018, p. 105).

Más allá de las tesis de los partidos Liberal y Comunista, la insurgencia no se motiva en ellas, ni en partido o ideología diferente; ni siquiera en el hambre, la falta de educación, salud, vivienda, vías y todo el abandono del Estado. La insurgencia se yergue como único camino para defender y conservar la vida, y con ella la aspiración a mejores condiciones de vida en justicia y libertad. Por eso, inicialmente no contaba tanto que fueran de afiliación liberal, sino que a los liberales los estaban matando bajo un gobierno conservador, que se valía de los mismos conservadores de base para armarlos y fortalecerlos con los Pájaros y los Chulavitas, principalmente. En el camino de la insurgencia aparece el Partido Comunista Colombiano, cuyas tesis son bien recibidas por las autodefensas campesinas liberales decepcionadas, como ya se dijo, por el abandono del Partido Liberal. En El Davis coinciden las dos tendencias e inicialmente llegan a acuerdos, que se van resquebrajando con el pasar de los tiempos y las diferentes miradas sobre la lucha armada. De ahí que algunos, como el mismo Gerardo Loayza fuera el primero en desmovilizarse y terminar aceptando el nombramiento de alcalde de Rioblanco. Esta situación, unida a dificultades que ya se venían presentando al interior de El Davis, más la ofensiva militar que concluye con el bombardeo a El Davis, hacen que para 1953 esta experiencia se termine, pero no sin antes generar una serie de grupos que seguirían en la resistencia armada.

De esta manera, Isauro Yosa, alias Mayor Líster, fue con su gente hacia Villarrica, de donde, y ante los bombardeos y persecución del Gobierno se generará un gran desplazamiento hacia El Pato, Guayabero, El Sumapaz y Ariari, que, junto con Marquetalia, conformarían las llamadas Repúblicas Independientes, término acuñado por el congresista Álvaro Gómez Hurtado, y que sirvió como plataforma argumentativa para bombardear cam-

pesinos que se habían rebelado contra la decisión gubernamental de desconocerlos en sus aspiraciones, y solo reconocerlos para atacarlos. Los grupos irían creciendo y teniendo sus propias dinámicas. Ciro Trujillo Castaño, líder en Riochiquito, cuyo nombre de pila era Juan de Jesús Trujillo, afirmó: “Por voluntad de mis compañeros (de la región) me correspondió la comandancia y pronto se agruparon, bajo nuestra protección 220 familias” (Trujillo, 1974, p. 17). Mientras los líderes del Partido Liberal se esconden, los líderes del Partido Comunista lideran y apoyan abiertamente la organización de auto-defensas campesinas, que siguen en la dinámica de defensa y ataque, especialmente para acceder a armas y provisiones, además de ir despejando espacios donde puedan moverse con mayor tranquilidad.

La guerra estaba declarada, y más con la declaratoria de ilegalidad del Partido Comunista que hiciera el general y presidente Gustavo Rojas Pinilla, mediante Acto legislativo 6 de 1954. En ninguno de estos actos administrativos hay por lo menos uno considerando, reconociendo o resaltando el hecho de que los integrantes del Partido Comunista son seres humanos y que, por ende, merecen respeto a su vida, como expresión del reconocimiento de su dignidad. Con base en esta declaratoria de guerra y ofreciendo amnistías a los combatientes liberales, como fue el caso ya mencionado de Gerardo Loayza, el Gobierno busca poner de su lado a los “limpios” para que apoyen la lucha contra los comunes. Quienes poco antes habían sido aliados en la defensa de la vida por los ataques de los Pájaros, los Chulavitas y el mismo Estado y Gobierno, se convertían, por solicitud del mismo Gobierno que los combatía, en enemigos entre ellos por el supuesto miedo al comunismo y las consecuencias de estas doctrinas para las familias y la estabilidad de un país totalmente desestabilizado por el mismo régimen. Este es el trasfondo del asesinato de Charro Negro, compañero de alias Manuel Marulanda Vélez, Pedro Antonio María, quien asumió ese alias en honor de un líder comunista asesinado en Gaitania, al ir a una cita que le había hecho Mariachi, para aclarar lo de un ganado que habían robado. La denuncia que hizo Manuel Marulanda Vélez por el asesinato de su amigo Charro Negro a manos de Mariachi no fue bien recibida en los estamentos militares de Ibagué y Neiva, entendiendo Manuel Marulanda Vélez que se trataba de una amenaza contra él y su movimiento insurgente, lo que hizo que se atrincherara en Marquetalia ante un inminente ataque.

La llegada de Gustavo Rojas Pinilla, que había despertado esperanzas de paz y bienestar, especialmente en las poblaciones azotadas por la violencia, se fue convirtiendo en poco tiempo en angustia y mayor preocupación. Su cercanía y apoyo a León María Lozano, a quien ordenó sacar de la cárcel por cuestiones humanitarias y condecoró con la Cruz de Boyacá, a pesar de conocer de cerca las quejas sobre este nefasto personaje desde que fue comandante de la Tercera Brigada del Ejército, con sede en Cali. Una de las primeras acciones del dictador Rojas Pinilla, como consta en los Anales de

la Asamblea Nacional Constituyente, a la que presenta un proyecto de Acto legislativo para limitar (en la práctica prohibir) el comunismo en Colombia. Esta prohibición, que simultáneamente se estaba dando en toda América Latina, se produce en el marco del inicio de la Guerra Fría. Lo que expresa este Acto legislativo es:

El comunismo y demás partidos internacionales no podrán actuar en Colombia como organizaciones políticas. Se les declara fuera de la ley (...), ponen en peligro la estabilidad interna de los países y atentan contra la soberanía internacional (...), por su afán ecuménico de proselitismo rebasó las propias fronteras de su experimento esclavista, y pretende, con sus programas de expansión, sojuzgar la conciencia política de los pueblos libres, a fin de cumplir sus planes económicos de imperialismo mundial. (Cajas-Sarria, 2020, p. 16).

Las consecuencias son inmediatas; no solo agrietan las relaciones entre los liberales “limpios” y los “comunes”, sino que poblaciones como Villarrica serán blanco de los ataques del Gobierno para impedir que el comunismo atente contra la soberanía nacional y termine esclavizando a los colombianos, por lo menos estas eran recurrentes justificaciones de parte del Gobierno. Una niña sobreviviente a los bombardeos del Gobierno a Villarrica, después de toda una vida llena de vívidos recuerdos, facilita la comprensión de las consecuencias prácticas de la prohibición del comunismo, y la consecuente declaratoria de guerra contra un enemigo interno inexistente:

“Gracias a Dios que era café arábigo, y los cafetales estaban bien poblados, pero mi mamá cortaba hartas hojas de plátano y nos las ponía encima, por si llovía, para que no nos fuéramos a mojar, y ahí amanecíamos”. Esto relata Ana Belén Polanía¹⁰, sobreviviente de los bombardeos que el mismo Gobierno hizo a la población tolimese de Villarrica, generando uno de los mayores desplazamientos. Los campesinos huían montaña arriba, buscando protección bajo los árboles, las piedras y una que otra cueva, mientras que el Gobierno los perseguía, los reprimía, condenándolos sin previo juicio, sin importar que esos supuestos enemigos no fueran más que niños por entre cafetales y platanales para no ser detectados por los aviones y helicópteros.

10 Los aportes dados por Ana Belén Polanía están grabados en varias entrevistas personales que concedió en la ciudad de Neiva, Huila, entre 2020 y 2021.

En una caminata de esos días los militares detectaron las columnas de caminantes por las montañas y empezaron a dispararnos desde los aviones. Nos salvamos de milagro; ‘mamacita’ nos encomendó a la Virgen del Carmen, y las balas chocaban contra una roca grande donde estábamos escondidos, y sacaban polvo de la roca. Cuando terminó la balacera recogimos muchos casquillos que nos servían para jugar mientras vivíamos en el monte como animales. (Ana Belén Polanía, comunicación personal, 24 de mayo de 2020).

En 1954 el Gobierno nacional ordenó bombardear Villarrica, Tolima, una población del oriente, incrustada en la cordillera Oriental, porque allí se localizaba, según el Gobierno, un foco de comunismo, salido de El Davis el año anterior, al mando de Isauro Yosa, alias Mayor Líster, lo cual constituía una amenaza para la estabilidad nacional. También fue lugar donde se hicieron presentes, además del Mayor Líster, Jacobo Arenas, quien se había destacado en Santander como líder seguidor de López Pumarejo y su “Revolución en marcha”, el marxista Alfonso Castañeda, alias Richard y el líder Juan de la Cruz Varela. Pero la real amenaza era levantar la voz de manera organizada, porque lo que sí se había logrado con los últimos años de lucha y asedio fue la “gestación de una subcultura rural colombiana” (Torres, 2015, p. 39). En Villarrica, al igual que en otras partes de Colombia, especialmente en gran parte del Tolima, en el Valle y en los Llanos Orientales, se pueden diferenciar tres momentos de la llamada La Violencia: entre 1948 a 1951, cuando se genera la gran confusión por la muerte de Gaitán, y el Gobierno aprovecha no para calmar, sino para incendiar más el alma de los campesinos, como lo dijera Alberto Forero Benavides:

Están produciendo en el ánimo sencilla de los campesinos una reacción mortal y asesina, y si la mano de esos campesinos se arma con el puñal homicida, no es precisamente a esa pobre gente inculta a la cual hay que exigirle cuentas. (Acevedo, 1995, p. 113).

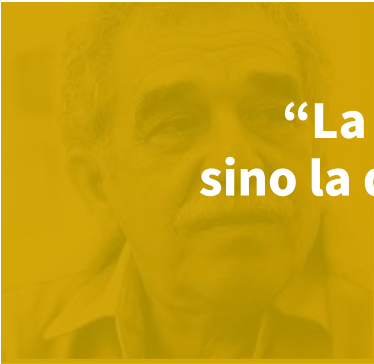
Otro momento, 1951-1953, corresponde a la reacción de los campesinos liberales cuando entienden que detrás de las masacres está el Gobierno con la policía Chulavita, el amparo a los Pájaros, el sistema judicial y muchos alcaldes y gobernadores a favor de los asesinos pertenecientes al Partido Conservador. Cuando ingresa el Gobierno de Rojas Pinilla y logra que se declare ilegal al Partido Comunista, se viene una tercera ola

de violencia del Estado, con el uso de bombas y armas convencionales de la guerra; guerra declarada no a otro ejército regular, sino a campesinos por ser posibles células comunistas. Esto se da especialmente entre 1954 y 1955. Se usaron las temibles bombas napalm, que eran altamente incendiarias. Paralelo a estos momentos de guerra contra la población se crearon campos de concentración. El más tristemente famoso fue establecido en la cercana población de Cunday, a donde llevaban los detenidos liberales y comunistas de Villarrica: “Montaron campos de concentración. Nadie habla de esos campos de concentración. Cunday fue sede de un comando principal, y ahí hubo un campo de concentración con ramificación en Ambalema. Allá había otro campamento de concentración” (Prada, 2017, p. 81).

El Gobierno, en vez de ver una gran oportunidad para responder a estas demandas campesinas, usó los reclamos como disculpa para aplicar la teoría del enemigo interno y embestir con exceso de fuerza a los campesinos. “Es por eso que yo digo: ¡Cómo va a creer uno en el Gobierno ni a estar agradecido, si nosotros, campesinos trabajadores, nos bombardearon con aviones por reclamar!”, relata Ana Belén, quien había nacido en 1941, en Villarrica, y casi desde su nacimiento tuvo que vivir la violencia de cerca.

Desde los Alpes se veían las avionetas y helicópteros cuando estaban bombardeando a Villarrica; La Colonia ya la habían bombardeado, pero a Los Alpes y La Aurora no lo bombardearon. Nosotros seguimos ahí, digamos varios meses. Los pueblos que bombardeaban eran liberales, y los que no, conservadores. (Ana Belén Polanía, comunicación personal, 24 de mayo de 2020).

Ana Belén ya tiene 80 años, pero recuerda, como si hubiera acontecido ayer, hasta los detalles de lo que sus inocentes ojos de niña tuvieron que ver. Lamentablemente no fue la única menor de edad que tuvo que ver la crueldad de la injustificada guerra fratricida:



**“La vida no es la que uno vivió,
sino la que uno recuerda y cómo la
recuerda para contarla”**

Cuando, como a eso de las tres de la tarde, empezó una gritería en la calle; yo cuidaba a mi hermana, que estaba enferma y acostada. Me asomé por la ventana. La entrada a la casa era puerta ventana, eso que la puerta es partida; yo miré y creía que llevaban unos terneros enlazados unos hombres que iban a caballo. Me fijé y eran dos hombres amarrados, un joven y su papá. Y los hombres de los caballos gritaban: “Cogimos dos chusmeros”; pero eran dos vecinos buenos, por eso supe que eran el papá y el hijo. Esos hombres se bajaron de los caballos en mitad del parque del pueblo, y debajo de un gran árbol sacaron esos rejos que usan los vaqueros, y los lanzaron a las ramas altas del árbol; y cuando la punta del rejo cayó de vuelta, subieron a los hombres hasta la parte más alta del árbol, amarrados de las dos manitos. Esos asesinos que los traían se reían y les decían que eso lo tenían bien merecido por collarejos. Se pusieron hacer polígono en sus cuerpos, y yo veía caer la sangre, y oía que uno de los hombres moribundos les decía: “¡Mátenme!, por favor, ¡mátenme! Esas palabras a mí se me quedaron grabadas para siempre. Esos asesinos les seguían disparando, y decían: “Le voy a dar en las güevas”. Yo oí más de diez disparos. Cuando los vieron como muertos, soltaron los rejos y los cuerpos cayeron. Los llevaron arrastrados por la salida del pueblo para botarlos. Esa escena yo la vi; por ahí tendría siete u ocho años, y nunca se me olvida. (Ana Belén Polanía, comunicación personal, 24 de mayo de 2020).

¿Qué clase de ciudadana se espera que llegue a ser una niña, y miles igual que ella que tuvieron que presenciar la guerra de la manera más cruda? ¿Cómo se le puede hablar a los niños, víctimas de la guerra, de la dignidad humana, como factor básico para que se sientan realmente ciudadanos reconocidos y respetados? ¿Cómo se entiende que un Gobierno ordene bombardear a unos campesinos, simplemente porque no eran sumisos al partido de Gobierno, o porque se atrevían a “desafiar” al Estado demandando protección y servicios básicos, como salud, educación y principalmente vías para sacar al pueblo sus cosechas? ¿Cómo explicarle a la niña Ana Belén que todo lo que estaba viviendo y padeciendo, y las consecuencias para su vida personal y familiar, era porque las élites políticas del país, quienes han arrebatado el futuro y bienestar al ciudadano del común, al campesino, se estaban, como lo siguen haciendo en la actualidad, repartiendo la burocracia, las tierras, y que esa expropiación, esos desplazamientos están calculados, diseñados y pensados por esas élites, y ejecutados bajo la anuencia de los gobiernos de turno?

Yo miraba por la ventana con Noelito, que era mi hermano menor, pero mi hermana, que estaba enferma, también se asomó temblando de fiebre, y cuando escuchó los disparos empezó a gritar, porque pensaba que estaban matando a mi papá. Ella corría sin control, y la dueña de la casa tuvo que echarles llave a las puertas para que no se saliera. Desde ese momento ella se volvió loca. Cuando se acababa ese terrible día llegó mi mamá, y mi hermana seguía llorando y gritando, y le decía a mi mamá: “Mataron a mi papá; yo lo vi”. A mi mamá le tocó conseguir permiso para sacar a mi hermana del pueblo y poderla llevar a Girardot, donde la dejó recluida en el hospital. (Ana Belén Polanía, comunicación personal, 24 de mayo de 2020).

Actualmente la vía que comunica a Villarrica con Cunday, la población más cercana, es una trocha; ningún Gobierno ha querido reparar ninguna clase de tantos daños causados por la violencia y en los bombardeos con sus consecuentes incendios. Pareciera que a Villarrica ningún Gobierno le perdonará haber sido lugar desde donde se pensara diferente. Que el Gobierno haya bombardeado La Colonia, Villarrica, una de las mejores experiencias formativas campesinas no tiene explicación y menos justificación. La resistencia de los campesinos surge de su misma nobleza, la que da la madre tierra por reciprocidad, como valores superiores que experimentan especialmente las comunidades indígenas, afrodescendientes y campesinas. Este lugar, La Colonia, que empezó siendo colonia penal agrícola fue dando un vuelco hacia la parte formativa, con un importante centro de formación, que graduaba a los bachilleres con el cuarto grado de secundaria para que ejercieran como maestros de la zona rural. Recuerda una anécdota –que además se hizo famosa– Edison Peralta González, quien era un niño cuando arrasaron La Colonia, con bombas napalm, por orden del general Rojas Pinilla, y entre los días 7 y 10 de junio:

En una confrontación estuvo el teniente Alberto Cendales, el mejor lancero que tuvo Colombia, se encontró de frente a un campesino, no disparó porque se le pareció al papá, el anciano también pensó que era su hijo; entonces se dio cuenta de que todo era una guerra injusta contra el jornalero. (Ana Belén Polanía, comunicación personal, 24 de mayo de 2020).

La guerra se libraba en el campo y los muertos siempre eran campesinos pobres, así pertenecieran a un partido u otro, porque si el Gobierno auspiciaba las matanzas contra los liberales, también estos se organizaban para matar conservadores; pero siempre se mataban entre pobres liberales y pobres conservadores por razones que ellos mismos no entendían. Así lo recuerda Polanía:

Estalló la guerra cuando mataron a Gaitán. Yo tenía 7 años, pero me acuerdo de esa noticia. Llegó a caballo gritando don Jesús Acosta, un vecino de nosotros: “Maruja, Maruja –así llamaba a mi mamá– tenemos que estar atentos porque mataron al caudillo del pueblo, mataron a Gaitán. Ahora sí se jodió todo”. Desde ese día vivíamos una zozobra constante. Fue la pelea entre conservadores y liberales, pero en esta guerra los conservadores malos los llamaban godos, y a los liberales les decían collarejos. El Gobierno de Laureano Gómez dio la orden de acabar con todos los liberales; los Chulavitas acababan con familias enteras, mataban hasta a los bebés, ya que la consigna era acabar hasta con las semillas. Y, cómo sería que salían las cuadrillas y mataban, y les llevaban pruebas a los comandantes de todos los asesinatos que hacían; las pruebas eran las orejas de los muertos. (Ana Belén Polanía, comunicación personal, 24 de mayo de 2020).

El vivo recuerdo que pervive en la memoria de Ana Belén hace pensar en revisar la frase de Gabriel García Márquez (2014), en *Vivir para contarla*: “La vida no es la que uno vivió, sino la que uno recuerda, y cómo la recuerda para contarla” (p. 7). La lucidez de Ana Belén, su seguridad al narrar la violencia y narrarse como víctima, ya que desde que empezó a tener consciencia de sí misma, sus recuerdos están ligados a los hechos de violencia, y esos recuerdos son de hechos que ella vivió, nunca que imaginó. Su hermana Elvia siempre vivió con traumas psicológicos a lo largo de toda su vida, debido, según Ana Belén, al creer que era a su papá al que estaban izando y matando en el parque del pueblo. Los disparos la sacaron de sí, y las secuelas de ese episodio, acompañado de todo el ambiente de zozobra que vivía toda la población, especialmente los niños, a la espera de fatales noticias, fue el caldo de cultivo para generar esa esquizofrenia, que en ella fue insuperable. El Estado jamás se preocupó por estas víctimas de la violencia. Villarrica es emblemática si se quiere comprender la historia de la violencia en Colombia. Es difícil comprender cómo se puede ordenar el bombardeo a una población, donde hay mujeres, niños y hombres campesinos. La sinrazón: había sospecha, y no solo

sospecha, de que en el sector de Villarrica los campesinos se habían ido organizando con la influencia del Partido Comunista; por tanto, cualquier reclamo para mejorar las condiciones de vida no eran justos reclamos, sino que se debían a que eran comunistas, desestabilizadores del régimen, células adiestradas políticamente por los enemigos de Estados Unidos: la Unión Soviética. ¿Acaso el Gobierno no entendía que estaba siendo utilizado en la estrategia geopolítica de la Guerra Fría para ponerse al lado de Estados Unidos a precio de la vida de los campesinos? Esto comenta Ana Belén:

Los del campo ya venían organizándose. Por esos tiempos apareció una fuerza que los convocaba. Hacían reuniones secretas en el monte para adiestrar al campesino enseñándoles estrategia militar, para que aprendieran a protegerse y proteger sus familias. Hacían reinados, rifas y bazares para recoger fondos con los que compraban armas; esos hombres eran los comunistas, que formaron políticamente a los campesinos y les enseñaron a manejar las armas para que se defendieran, inclusive de las fuerzas del Gobierno. Estos campesinos armados formaron una “cortina de hierro”, como yo escuchaba que así le decían los mayores. Ellos se enfrentaban al Ejército, mientras nosotros caminábamos y nos metíamos dentro de la montaña. Recuerdo que no podíamos cocinar de día, porque por el humo los aviones nos detectaban. Se cocinaba solo de noche, pero evitando que se viera la candela. Todo esto lo enseñaban los comunistas. (Ana Belén Polanía, comunicación personal, 24 de mayo de 2020).

Era esta la razón suficiente para que el Gobierno de Rojas Pinilla declarara a Villarrica, los municipios cercanos y toda la región del Sumapaz como “zona de operaciones militares”, mostrándole a los Estados Unidos que estaban adelantando una lucha frontal para extirpar del panorama nacional cualquier vestigio de comunismo. De esta manera, los campesinos de Colombia, en gran parte de su territorio, fueron considerados enemigos del Estado y obligados a una insurgencia que no querían, pero que, si querían conservar su vida, les tocaba organizarse y pelear por ella.



Yo fui sacada de toda esta zona de guerra, y enviada a Bogotá, donde una tía que me maltrató durante tres años, como muchacha del servicio, sin pagarme, siendo que aún no era muchacha, sino una niña. Cuando regresé, ‘mamacita’ me comentó que ellos siguieron atravesando montañas hasta llegar a la población de Prado; allí se quedaron por algunos días, mientras Pedro y algunos sobrinos de mamá empezaron a construir una balsa con guaduas, amarrados con bejucos, y con pedazos de tabla hicieron los canaletes. Y así se echaron a navegar por el río Magdalena hasta llegar a Purificación, y de ahí a Girardot. Mi mamá siguió trabajando en las haciendas de Melgar, y cuando se apaciguó algo la violencia, fueron entrando de nuevo a las fincas. Mi mamá, aunque analfabeta, siempre supo cómo hacer para volverse a hacer a la finca que había dejado huyendo. Volvió a empezar de cero, porque nuestra casa que había construido de material, con un crédito del Instituto de Crédito Territorial, cuando volvimos solo encontramos ruinas quemadas entre el monte. (Ana Belén Polanía, comunicación personal, 24 de mayo de 2020).

Este recuerdo gráfico de Ana Belén Polanía, relatado en una entrevista personal en la ciudad de Neiva, coincide con lo descrito por Sara Camila Prada Herrera, de la Pontificia Universidad Javeriana en su trabajo de grado para optar por el título de Comunicadora Social:

Él fue quien luego señaló a la familia de Víctor Pulido y llegó a la hacienda que administraba con un nutrido pelotón de soldados. En esa ocasión, les perdonó la vida a todos por la intervención de un funcionario conservador que los conocía y gracias a las fotografías de un hermano militar que se encontraba peleando en la guerra de Corea. Pero la suerte no les alcanzó para seguir en Villarrica. Víctor, su padre y un hermano tuvieron que huir del municipio. Luego de múltiples peripecias, salieron por la ruta de La Colonia, Galilea y Prado, hasta que los embarcaron en una balsa por el río Magdalena y llegaron hasta el puerto de Girardot. Regresaron a Villarrica solo cuando el general Gustavo Rojas Pinilla se tomó el poder en el año 1953. (Prada, 2017, p. 71).

La memoria episódica de Ana Belén se ve fortalecida con el paso de los tiempos. Su relato es cadencioso, mientras su mirada se profundiza en los recuerdos que relata con precisión. Dice con alegría que ahora, después de vieja, no sufre de nada, ni de la tensión, ni de diabetes, ni siquiera saber qué es una agriera. Todos los días fuma, y de vez en cuando se toma unos buenos vinos: “Lo que tenía que sufrir, ya lo sufrí. Esto no cambia; todavía veo en las noticias los desplazamientos de los campesinos y sé que detrás de toda esta violencia están los ricos de este país, que nunca se saciarán”.

Lo que aconteció con cada uno de los grupos que se fueron organizando, inicialmente para defender su vida de los innecesarios ataques del Gobierno por medio de los Chulavitas, los Pájaros, las decisiones gubernamentales y el sistema judicial, fueron consecuencias de que los gobiernos, afanados por intereses burocráticos y económicos, no supieran escuchar a los campesinos. No era más que eso, escuchar y resolver sus necesidades. La historia necesariamente hubiera sido otra si el Gobierno actúa a tiempo, hace lectura crítica de tantas guerras civiles del siglo XIX, que no llevaron sino a más pobreza y desolación; se trataba de ordenar el país a favor de la nación y poner el Estado al servicio de los más pobres, especialmente de la promoción de los campesinos, que son los que producen la comida. Pero el desprecio, heredado del colonialismo, el patriarcalismo y el capitalismo hicieron de Colombia un campo de guerra que aún no termina, porque no ha habido voluntad política y la ciudadanía en medio de su confusión ha estado inerte. El Frente Nacional es la mejor tesis para demostrar que los dos partidos tradicionales son uno y el mismo, a los que nunca les ha interesado el bienestar de los ciudadanos, sino sus propios intereses, relacionados con el poder para resguardarse en la impunidad y la ilegitimidad disfrazada de legalidad. Esta guerra no era necesaria, tal como lo dijo Pedro Antonio Marín, que no se trataba de un arrastre del destino, sino que fueron arrastrados por la situación creada por los gobernantes.

Las operaciones contra los campesinos insurgentes, que habían empezado en El Davis, continuaron en Marquetalia, Tolima, luego pasaron a Villarrica y Riochiquito, entre el Huila y Cauca. Los desplazamientos masivos que produjeron los batallones de soldados hicieron que los campesinos siguieran hacia el Pato y Guayabero, en el Caquetá, buscaran las altas montañas de la región del Sumapaz, y abrieran paso entre la espesa selva hasta encontrar el río Duda, y de ahí pasar a la región del Ariari, en los Llanos Orientales (Pizarro, 2006). En la persecución a estas columnas de campesinos rebeldes se hizo un excesivo despliegue de fuerza de parte del Estado, donde se usaron helicópteros, aviones de combate, varios batallones, así como los Grupos de Inteligencia y Localización (GIL).

La afirmación del profesor e investigador francés, Pierre Emile Claude Gilhodes, pero radicado hace varias décadas en Colombia, es concluyente en el sentido de lo afirmado en el párrafo anterior:

No es exagerado concluir que, en Colombia, desde el punto de vista estrictamente, se inventó el enemigo en nombre de una respuesta continental. La inspiración vino del exterior en esta ofensiva ideológica militar de comienzo de los sesenta. Se presionó sobre un presidente débil para tener en la cúspide militar a un oficial de nuevo corte, apto para aplicar una teoría gemela y complemento de la Alianza para el Progreso. (Gilhodes, citado por UN Periódico, 2004, 9 de mayo, párr. 2).

Ese enemigo interno, que era una política internacional para encontrar y exterminar la más mínima pista acerca del comunismo en América Latina, termina, en este caso, creando a las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia – FARC. Es válido pensar en que, si el Gobierno no actúa violentamente como lo hizo, las FARC no hubieran existido. Al respecto, afirma Pizarro (2006):

Lo cierto es que más allá del si el nacimiento de las FARC estaba o no inscrito en la lógica del desarrollo histórico [d]el Partido Comunista, el cerco militar contra Marquetalia le sirvió a la incipiente organización para crear un poderoso mito fundacional (...). Según este mito, las FARC no surgieron por iniciativa propia, sino como resultado de una agresión externa. El movimiento guerrillero incipiente no habría sido quien le declaró la guerra al Estado, sino, por el contrario, fue el Estado quien le declaró la guerra a las organizaciones agrarias comunistas, las cuales se vieron obligadas a defender su vida mediante las armas (...). Marquetalia es leída como por algunos como el inicio de una gloriosa historia de las luchas armadas de carácter revolucionario. Por otros, como un grave error histórico de las élites colombianas que han ensangrentado al país sin pausa ni tregua desde hace ya cuatro décadas. El debate y la herida siguen abiertos (p. 181)..

Los casos desde los cuales se puede ilustrar cómo la insurgencia colombiana no es otra cosa que una respuesta de quienes se sienten efectivamente hostigados por las políticas del Estado, que no se lee desde las necesidades del ciudadano, sino desde quienes controlan el poder, olvidando su esencia o razón de ser, y dándole a muchos críticos del Estado la razón, como el caso de Friedrich Nietzsche (2012): “El más frío de todos los monstruos fríos es el Estado” (p. 52). La evitable violencia estatal creó la insurgencia, y no

lo ha querido reconocer en su demanda de reparación, que implica, entre otras cosas, devolver las tierras a los campesinos mediante una reforma agraria que los integre en el desarrollo armónico de toda la nación, también se necesita del necesario relato de la verdad, del que brote una justicia reconciliadora. El Proceso de Paz que adelantó el Gobierno de Santos, y en el que se desmovilizó la mayor parte de las guerrillas de las FARC, no fue ampliamente respaldado por un plebiscito que, de manera contundente en las urnas, hubiera dado legitimidad al mismo proceso de paz, quedando en manos de un gobierno ejecutivo de línea guerrerrista, que arroja a los órganos de control bajo su dominio, impidiendo los necesarios contrapesos y la división de poderes.

La andadura a seguir parece ser la emergencia ciudadana, sintetizada en la respuesta que dio Habermas a Sloterdijk cuando recibió el premio en Artes y Filosofía, en Kioto, año 1994: “No el filósofo, el ciudadano tiene la última palabra” (Hoyos, 2006, p. 117). Es decir: “No el político, el ciudadano tiene la última palabra”. Una de las características del Estado es su estructura legislativa, que va desde la Constitución Política, los tratados internacionales, las leyes y decretos, el desarrollo de estas mediante directivas ministeriales, ordenanzas departamentales y acuerdos municipales. En muchas de ellas se reconoce al colombiano como sujeto de derechos y deberes; se señalan y clasifican en estas normas esos derechos y esos deberes. Los fundamentos legales para el ejercicio de la ciudadanía ya están ampliamente expresados. Sin embargo, se siguen desconociendo. Las tutelas por salud se dan por miles cada día¹¹. Se vive una ciudadanía disminuida frente al poder estatal. Los trámites burocráticos dificultan el ejercicio ciudadano. Por lo que la hipótesis que se plantea a lo largo de esta obra es: si la ciudadanía se reconociera, no con base en las leyes y decretos, sino con base en la igual dignidad de todo ser humano, es decir, que todo ciudadano, por el solo hecho de haber nacido, le corresponda y se le otorgue todo lo que se corresponde a su dignidad, y que esta fuera la razón suficiente para el reconocimiento de todo lo que implica la dignidad, sin necesidad de quedarse en la formalidad legal, podría Colombia cambiar su historia de violencia por una de respeto, de goce de la vida. Si bien esto puede sonar utópico, no quiere decir que sea inalcanzable. Por eso mismo, se requiere del empoderamiento de todos y cada uno de los ciudadanos; y eso se logra, en parte, además de la formación que demanda, por medio de la participación ciudadana.

11 La Defensoría del Pueblo presentó el informe “La tutela y los derechos a la salud y a la seguridad social” en el que se indica que con base en los datos de 2029 se puede decir que “en Colombia, cada 2,5 minutos se interpone una tutela en salud, o cada 34 segundos si se tienen en cuenta solo los 244 días hábiles de 2019” (El diario de salud, 2020, 24 de julio, párr. 1).



Fuente: Imagen de Freepik

LA PARTICIPACIÓN CIUDADANA COMO RESISTENCIA DESCOLONIZADORA

“El problema es que no puedes deconstruir hasta el punto de deconstruir la capacidad de resistencia”.

Santos (2006).

Las nuevas dinámicas del actual mundo globalizado obligan a una comprensión más amplia de la ciudadanía, más allá de un simple sujeto de derechos y deberes dentro de unos límites nacionales. De acuerdo con Santos (2020), se ha venido gestando, *in crescendo*, en las últimas cuatro décadas, la imposición de la versión más dominante del capitalismo, denominada neoliberalismo, donde las lógicas del crecimiento de la tasa de ganancia llevan al traste el avance de los derechos que se habían venido logrando con las gestas que han durado siglos. El camino a seguir es el de la resistencia descolonizadora que implica una mayor necesidad de participación ciudadana; no resistir, no participar complicará la organización de una sociedad para encontrar nuevas formas de sobrevivencia, mientras se menoscaba más la convivencia y la seguridad; esto explica los crecientes índices de violencia e inseguridad. Basta una rápida mirada a la actualidad nacional para trazar con facilidad una continuidad en las condiciones que generaron la violencia antes y las que la siguen generando actualmente.

Ubicarse en el ciudadano como sujeto político e histórico, y en cuanto político sujeto de derechos. Ser sujeto político y sujeto de derechos implica la existencia de un Estado que así lo reconozca y garantice; esa es la responsabilidad y razón de ser del Estado, donde la soberanía es de la nación, se fundamenta en la dignidad humana implícita en todo ciudadano, por el simple hecho de existir. De acuerdo con la información brindada en la página especializada en etimologías, etimologias.dechile.net, la etimología de sujeto indica lo que está atado, ligado, sujetado, ya que el sufijo “to” es participio pasivo. *Suiectus* se descompone en *sub*, debajo, *iacere*, arrojar o derribar, y *tus*, participio pasivo

de lo anterior: arrojado, derribado, sujetado. De todas maneras, lo etimológico no es la única acepción de esta palabra, porque sería tanto como desconocer, a manera de ejemplo, toda la obra kantiana acerca del sujeto, inclusive del sujeto trascendental que genera mucho ruido en cuanto trascendental, por su connotación de separación de la naturaleza, irguiéndose como superior a ella, y no una parte más. El estructuralismo, como todos los aportes de la filosofía del lenguaje, permiten frente al sujeto construir todo un sistema de significantes que enriquecen y no delimitan su mismo caudal semántico; de la misma manera en que la fenomenología facilita la comprensión de un sujeto que se manifiesta en la totalidad de su ex-peri-en-cia, y la hermenéutica, tanto clásica como performativa, política y ambiental, develan y revelan a un sujeto que no se circunscribe a las simples descripciones de las ciencias que pretenden delimitarlo en el análisis de sus composiciones bioquímicas, o mostrarlo como el resultado de la aleatoriedad algorítmica.

El ciudadano es un sujeto histórico en cuanto se ubica espaciotemporalmente y vive rodeado de circunstancias particulares, acontecimientos que inciden, forman y llevan a configurar maneras de ver la vida, como las descritas por Ana Belén Polanía o Pedro Antonio Marín, quienes afirman, desde miradas diferentes que la violencia no era un destino inevitable, sino que se dio por culpa de los gobiernos. Lo mismo Manuelita y Tobías, jóvenes campesinos desplazados de las altas montañas de la cordillera Central. Las coordenadas geográficas, temporales y de relación obligan, como se ha demostrado con la emergencia de la insurgencia; sin embargo, Ana Belén Polanía no vio en las armas la única manera de resistir. “Es, pues, falso decir que en la vida ‘deciden las circunstancias’. Al contrario: las circunstancias son el dilema, siempre nuevo, ante el cual tenemos que decidirnos. Pero el que decide es nuestro carácter” (Ortega y Gasset, citado por Cajade, 2015, p. 44). Y en esta capacidad de decisión, así sea limitada, es que se construye el sujeto histórico, en lucha frontal contra las marañas heredadas del colonialismo. Muchas razones habría para hacer camino de restauración por vías de hecho, quizá hasta de violencia para responder a la incesante violencia gubernamental; pero no es la vía indispensable. Manuelita y Tobías jamás pensaron en enfrentar a los violentos para hacerse respetar su derecho a la vida; prefirieron prudentemente huir por entre los rastrojos. El ser humano es dialógico y pensante, y el latinoamericano puede buscar en su misma historia violentada sendas de paz, en el mismo sur epistemológico el norte para sus acciones, iluminado en la crítica también del africano Eboussi (1977): *“Je pense, donc j'existe c'est le meurtre de je danse, donc je vis”* (pienso, luego existo es el asesinato de bailo, luego vivo).

Sin embargo, cuando las circunstancias históricas han sido tan complejas y complicadas, es fácil terminar confundiéndose en el camino o caminos a seguir, terminar creyendo, como es doctrina en muchos medios de comunicación, que –a manera de ejemplo– la

política depende del derecho, como si fuera superior el derecho a la política, cuando es exactamente lo contrario; lo cual conlleva a que el ciudadano en general termine aceptando el dictamen de la ley como lo políticamente correcto, y no necesariamente es así. Quien ostenta el poder lo usa y abusa para su beneficio, como en el caso en que fue liberado de la cárcel y hasta condecorado con la máxima distinción, la Cruz de Boyacá, León María Lozano, a pesar de constarle al Gobierno sus atrocidades, ya que era su esbirro. Actualmente se asiste a otro capítulo más donde la Fiscalía General de la Nación está al servicio del Gobierno de turno: “El esquema es claro: Uribe (expresidente) señala el blanco, Duque (presidente) carga las armas, usted (fiscal) aprieta el gatillo y Semana (revista) se ocupa del entierro” (Samper, 2021).

¿Cómo urge entender que la ley la mayoría de las veces no interpreta ni el sentir ni la necesidad de las comunidades, sino los intereses de las élites!: “Las leyes son como los perros de los ricos... Solo les ladran a los pobres”, decía Porfirio Barba Jacob, y “el derecho es la voluntad de la clase dominante erigida en ley” afirmaba Karl Marx. Ante esta realidad de incomprensión de lo comprensible toma fuerza lo dicho por Erhard (1994): “Pero el derecho humano que corresponde al pueblo colectivamente no es otro que el derecho a la ilustración” (p. 94). Al ser la ilustración del pueblo el primer derecho, se convierte en condición para la existencia de la democracia, para el ejercicio de la ciudadanía y como puerta para los demás derechos. De ahí que no siempre a los gobiernos les interese una educación que garantice una formación ciudadana para la participación, y que sea punto fundante y sostenible de una democracia.

Afirma Vargas (2011) que: “La formación es empoderamiento del sujeto” (p. 1). Pero ¿para qué empoderarlo y cómo formarlo en el particular ambiente no cambiante de la realidad colombiana? ¿Cómo responder de manera eficiente y eficaz a la delicada realidad problemática planteada que desemboca en la insurgencia obligada, cuando el Estado se ha negado por décadas, y casi siglos, a responder como le corresponde, y sigue manteniendo las condiciones para una permanente insurgencia? En la perspectiva de la insurgencia obligada, donde el sujeto se ha experimentado en la interacción social como un sujeto alterado por la violencia impuesta y que, de alguna o muchas maneras, la ha interiorizado como parte de su misma vida, la formación debe mirar hacia des-sujetar al sujeto, des-colonizarlo, des-acostumbrarlo a la manera como fue educado, formado, sujetado; lo que en palabras de Kant (1994) equivaldría a domeñar la “insociable sociabilidad” (p. 4). Aún más: si se sigue la línea de pensamiento de Thomas Hobbes, se llega al escritor latino de comedias Tito Maccio Plauto, siglos III y II a. C., con su comedia *Asinarius*, donde afirma: “*Lupus est homo homini, non homo, quom qualis sit non novit*”; que se traduce como: “Lobo es el hombre para el hombre, y no hombre, cuando desconoce quién es el otro”. El sujeto escindido y violentado, desterritorializado, al que le han infundido temor a partir de la pobreza creada y recreada por las élites

políticas y económicas que han gobernado, inclusive no solo desde el Gobierno, sino detrás del Gobierno, ese sujeto es fácil presa de control y dominio. Por eso, el camino es una formación que garantice la participación democrática para que se haga visible el artículo 3 constitucional: la soberanía es del pueblo, de la gente, del ciudadano de a pie.

En este sentido, la formación debe encaminarse a la modificación de conductas colonizadas, que atentan contra la armonía y la convivencia pacífica, a través del empoderamiento concretado en participación. Esto lo puede lograr la escuela, pero no es suficiente. No todo depende de la escuela; la escuela puede ser pertinente, enseñar a pensar críticamente, formar buenos ciudadanos que hagan buena política y ayuden a transformar condiciones, pero no es omnipotente. En Colombia ha habido amplia reflexión pedagógica sobre la formación ciudadana, inclusive de sobresalientes pensadores colombianos como es el caso de Guillermo Hoyos Vásquez (2007). ¿Hasta dónde se ha brindado una formación que le permita a la mayoría de ciudadanos sentirse soberanos y ejercer como tal, evitando la coacción y manipulación de intereses externos a su propia voluntad? ¿Qué tan efectiva sería una formación crítica, si las condiciones que han generado la sujeción del sujeto no cambian? Responder esta pregunta es el reto de la escuela, llámese universidad, para lo cual necesita de maestros descolonizados y con un altísimo sentido de compromiso, primero con la comprensión de la complejidad problemática y, segundo, con la implicación en la realidad política de construcción de la nación.

En *Teoría de la justicia*, Rawls (1979) afirma: “La voluntad general de consultar y tener en cuenta los intereses y creencias de los demás echa las bases para una amistad cívica y perfila el *ethos* de la cultura política” (p. 221). Para la construcción del mosaico de posibilidades de una formación ciudadana que haga sentir y experimentar la soberanía como fundamento de poder político en Colombia, donde cada ciudadano no se sienta invitado espectador, sino protagonista con capacidad para pensar, expresar y decidir, pasa por la manifestación de la voluntad general a partir de la expresión de las voluntades particulares sin coacción, donde, en principio, solo aparezca la voluntad del interés particular, tal como lo proponía Rousseau (1995): “Ciudadanos en cuanto participan de la autoridad soberana” (p. 94). Este es el sentido y principio del contrato social: la no coacción del interés particular, como camino expedito para que aparezca la voluntad general. De lo contrario, el ciudadano es fácilmente manipulable desde los intereses de los partidos políticos, creados, por lo general, para defender intereses particulares y no intereses públicos, que solo son usados como sofismas de distracción, donde, solo a manera de ejemplo, los que tienen intereses en el negocio económico de la vivienda organizan un partido político y se hacen elegir vendiendo la idea de una casa digna y para todos, que en la práctica no va más allá de sacar los mayores réditos a cualquier

programa de vivienda, primando el lucro por encima de criterios relacionados con la dignidad, dejando siempre sin resolver el problema de falta de vivienda digna para todos.

La participación es necesaria y fundamental. Participar es hacer parte de; si el ciudadano no participa no hace parte de, lo que cuestiona la legitimidad de la democracia, más que la legalidad. El reto mayor se da cuando la colonización ha invadido prácticamente todos los espacios y ha desbordado a la sociedad, sumiendo en el mismo drama de dependencia a las mismas élites que gobiernan, que terminan sin entender a qué intereses realmente sirven. Cuando la colonización se ha constituido en característica central de los pueblos que fueron colonias, y heredaron la dependencia y la dificultad para pensar por fuera de ella, la participación como expresión de la democracia y manifestación de la ciudadanía se constituye en esperanza, por tanto, el proyecto descolonizador pasa por la participación, que es fundamento de la democracia. Dussel (2021) analiza la necesidad de pasar de los sistemas representativos y tradicionales sistemas “participativos”, en un proceso en el que los ciudadanos tratan de acotar a los otros poderes de los gobernantes. La participación se erige como expresión de la ciudadanía que se empodera en cuanto se descoloniza. El poder participativo de los ciudadanos cada vez más pone en su sitio al poder representativo, pero en un proceso lento, de toma de consciencia del poder popular, que lo llevará a la legitimación de la democracia. Sin participación, sin hacer parte “de” es más difícil la descolonización, que se expresa en la falta de participación ciudadana. Pero la misma participación ha estado colonizada o, por lo menos, se ha realizado en el marco epistemológico de la dependencia, principal aprendizaje y herencia de la colonización.

Para Santos (2018b): “La importancia de aquello que ha sido negado e invisibilizado es ejemplo de que la ciencia social hegemónica es, en su colonialidad, incapaz de ser totalmente fiel a su propio programa ‘positivista’, pues ni siquiera es capaz de abarcar el estudio de toda la realidad social” (p. 27). El avance de la ciudadanía, como construcción política, se puede ver en el mayor o menor grado de participación de los ciudadanos en el destino de la nación. A 30 años de la nueva Constitución Política de 1991, se han dado varios procesos de autogestión ciudadana y comunitaria, pero que terminan siendo aún hechos aislados. De estos avances en la participación, la comprensión de la ciudadanía se amplía, incluyendo en ella no solo los aportes teóricos ya conocidos, sino los aportes vivenciales, personales y humanos en la participación. Analizar algunos procesos de participación ciudadana, como una forma contrahegemónica frente a los abigarrados procesos de colonialismo se hace necesario para mostrar que el túnel tiene salida y que con el aporte de las luces de muchos se va encontrando. Se trata de poner en escena opiniones, conceptos, percepciones y derechos con un grupo de personas caracterizadas por su capacidad de participación. El aporte de la etnografía

abierta y los relatos de los participantes permitirán entender en la participación y los factores que la facilitan o dificultan, qué tan cerca está la colonización y qué tan lejos los procesos descolonizadores.

A los cambios profundos y acelerados que había advertido la Iglesia en el documento *Gaudium et Spes*, del Concilio Vaticano II, se suman procesos también acelerados de globalización económica, con nuevas reglas para un mundo cada vez más controlado. Además, la actual crisis sanitaria producida por el SARS-CoV-2, más comúnmente conocido como COVID-19, ha sido ocasión para el avance de los Estados en el control de los ciudadanos y particularmente de la participación ciudadana, facilitando autoritarismos y hasta totalitarismos por vías de hecho. La plataforma legal de la que se ha servido el Gobierno en Colombia (semejante a la de muchos países que fueron colonias) es muestra del avance del Gobierno sobre el control y libre manifestación de los ciudadanos. El confinamiento ha sido la disculpa perfecta para la no manifestación ni protesta. Las que ha habido, como expresión de que es más importante luchar por las reivindicaciones sociales, a precio de poner el alto riesgo la vida por el contagio del COVID, han sido brutalmente reprimidas por el Gobierno, usando sus fuerzas armadas, llegando el caso a permitir dentro de la reprimenda que civiles salgan armados a disparar junto a las fuerzas del (des)orden estatal. La sociedad civil ha tenido en estos últimos tiempos la urgencia de repensar la legitimidad del Gobierno que no se ha reservado nada para abusar en todo sentido.

Lo que se planteó en la Constitución de 1991 fue el proyecto para un nuevo país, caracterizado, en esencia, por la democracia participativa y una administración pública al servicio del interés general. La administración pública o administración del Estado es toda gestión que se lleva a cabo en representación de una determinada comunidad; es el espacio en el cual las relaciones entre el Estado y la sociedad civil se hacen palpables, se reorganizan en función de los ciudadanos de a pie. En este sentido, la función pública exige un desempeño orientado por criterios democráticos, participativos y de servicio al ciudadano, para que se sienta representado y respetado en todo lo que atañe al bien común. Una de las características fundamentales de la Constitución de 1991 es la consagración de la participación ciudadana como forma de democracia válida y necesaria, en reemplazo de la representación, consagrada en la anterior Carta. La relación entre el Estado y la sociedad civil, que se da en el marco de la administración pública y las dinámicas constantes en la consolidación práctica de la ciudadanía, han de favorecer, facilitar y propiciar la participación de los ciudadanos de a pie, buscando integrarlos en el destino de la nación, para que no se distancien y encuentren en ese desconocimiento, abandono y desprecio estatal, las razones para insistir en los caminos de las armas. Basta la resistencia como necesaria en la democracia, pero no el camino

de las armas. De ahí la importancia de la participación de cada ciudadano, de expresar la opinión ante las acciones del ejecutivo, del legislativo y del aparato judicial, de hacer uso público de la razón, de acuerdo con la propuesta kantiana.

El ejercicio de la ciudadanía y la participación se puede presentar como un hecho dentro de las políticas públicas; pero ¿cuál es el significado que tiene para la comunidad y para el ciudadano de a pie?, ¿qué percepciones tienen los ciudadanos de la participación? Después de una amplia revisión documental respecto a las dinámicas que confluyen frente a la administración pública y el trabajo participativo con las comunidades, como parte del proceso descolonizador, es necesario todo un proceso de reflexión crítica que parta del reconocimiento, identificación y comprensión de lo que ha significado ser ciudadano mediante la participación, qué piensa la comunidad acerca de la participación ciudadana y de los factores que la facilitan. Por lo que se hace necesario no suponerlo sino indagarlo, sin el propósito de proporcionar una respuesta a las inquietudes teóricas y puramente empíricas suscitadas a lo largo del documento, sino principalmente para encontrar y proponer caminos reales por los que puedan emerger nuevas ciudadanías, empoderadas a pesar o en virtud de las circunstancias violentas, como la que genera el desempleo, por ejemplo, que para el DANE (2020) es del 32,8% sin formalidad laboral, u otras formas violentas como el hambre, la desnutrición, la impunidad, la corrupción y un largo etcétera de condiciones adversas.

Esta indagación acerca de la participación ciudadana como manera descolonizadora frente al Estado y los poderes que ningunean al ciudadano y que obligan a la insurgencia, mostró causas que desembocan en la no participación como el desconocimiento de mecanismos participativos por parte de las comunidades, la ausencia de reflexión acerca de la importancia de la participación como ejercicio ciudadano y democrático; al no haber reflexión, qué sentido tiene, entonces, la participación ciudadana y qué posibilidades ven de autogestión comunitaria, como otra manera de ser ciudadanos activos. Se consideró importante indagar la relación de la participación con la conciencia de posibilidades para la solución de algunos problemas y la satisfacción de necesidades. De esta manera, lo que se pretendía era hacer un ejercicio que permitiera averiguar por la necesidad de consolidar la participación ciudadana como expresión de la ciudadanía, buscando identificar posibles factores que faciliten la participación ciudadana; para esto fue necesario conocer las percepciones más que los conceptos. Llama la atención que los sectores con más problemas socioeconómicos son los que ven en la participación y autogestión la posibilidad de verse y sentirse como ciudadanos participativos. Es dable pensar que otros sectores que se encuentren en condiciones similares podrían apropiarse de esta experiencia investigativa.



Fuente: <https://www.freepik.es/foto-gratis/gente-feliz-chocando-cinco-sesion-terapia-grupo>>Freepik/

PARTICIPACIÓN: FACTORES, NECESIDADES Y PROBLEMAS

Para investigar las percepciones, conceptos y puestas en escena de la participación se emplearon las técnicas del grupo focal, la entrevista, los relatos de los líderes, la guía temática, la guía de preguntas y la narración espontánea, como instrumentos, respectivamente. El grupo focal reunió las características de homogeneidad, identidad y amistad; los actores sociales fueron seleccionados libre y espontáneamente, relevantes para la investigación; las sesiones de los grupos focales fueron observadas y grabadas, proporcionando así la base sobre la cual se obtuvo la información. Las técnicas utilizadas fueron válidas para captar las percepciones y reacciones del grupo hacia la participación, como elemento central de la investigación. Atendiendo a la dinámica del proceso se formaron dos grupos focales y cada sesión duró dos horas. Esta técnica fue uno de los principales medios de indagación para obtener información confiable que posibilitara encontrar respuestas o luces a la importancia de la participación como camino descolonizador y, al mismo tiempo, respondiera de manera rigurosa a las exigencias de la problemática planteada.

Además, fue un medio de recolectar en poco tiempo y con profundidad un volumen significativo de información cualitativa. El relato se convirtió en una técnica de invaluable utilidad, toda vez que le permitió a los líderes seleccionados opinar y reflexionar en torno al tema de la participación ciudadana. Como técnica para la recolección de datos se utilizó, además, la entrevista y, como instrumento, una guía o esquema de preguntas con el propósito de orientar la conversación con los líderes. Se escogió la entrevista porque se corresponde con el propósito de la investigación de averiguar el sentido que para los líderes comunitarios tiene la participación ciudadana en cuanto a los factores que la propician. Además de haber permitido averiguar la opinión de los líderes, se tuvo en cuenta, para su determinación, las siguientes ventajas:

- *La posibilidad de obtener con seguridad un número de respuestas más coherentes respecto a las categorías de la investigación.*

- *La posibilidad, igualmente, de contrastar de manera inmediata y sobre la marcha la veracidad y coherencia en los análisis compartidos o respuestas dadas.*
- *La posibilidad de obtener al mismo tiempo, respuestas reflexivas o de opinión frente al tema de los factores de participación ciudadana.*

Tanto la credibilidad como la veracidad se lograron atendiendo al contacto directo y permanente con los actores sociales, el establecimiento de todas las actividades de acuerdo con lo planteado con el grupo. En cada encuentro con el grupo focal se devolvió la información recolectada en la actividad anterior, se afirmó y se elaboró lo expresado por el grupo y se evitó que hubiera distorsión de la información por parte de los investigadores. En cada encuentro con el grupo focal se realizaron grabaciones, los actores sociales las escucharon y se analizó la información con base en estos audios, cada uno de los relatos fue confrontado con las conclusiones de los grupos focales y las entrevistas realizadas, y se les devolvió a sus autores para que los leyeran y verificaran. Dada la importancia del objeto de investigación, la relación que se establece entre el investigador y los actores sociales es de tipo cualitativo y participativo, donde el centro son los sujetos comunitarios. De esta manera, se establece un juego de relaciones donde los investigadores buscan acercarse a la comprensión y manera de cómo perciben los actores sociales la realidad planteada, mientras estos mismos actores buscan acercarse a los que le resultan familiares en un proceso de acogida y apoyo, con un lenguaje sencillo y práctico.

La percepción debe ser comprendida e interpretada en su contexto social. Solo desde allí se puede desentrañar el sentido que tiene. La construcción teórica se va realizando a la par de la propia construcción del objeto de estudio, siendo este el punto de la conformación de las categorías manejadas por los investigadores, con aquello que se puede generar a través del sentido común por parte de los actores sociales. De tal manera que los conceptos formulados se generen y se construyan mediante procesos comparativos. El proceso investigativo incluyó los siguientes momentos:

- *Compromiso inicial de recolección y confrontación de la información, donde fueron seleccionadas las fuentes de información y los investigadores se familiarizaron con la investigación.*

Después de un proceso de validación de informaciones o fuentes, se procedió a la contextualización, sistematización e interpretación previas, partiendo de la categorización teórica de una parte de la realidad social que es relevante.

- *Una fase descriptiva donde los investigadores se aproximaron por primera vez al grupo humano, a la praxis y a los contextos sociales con una serie de*

perspectivas elaboradas en el momento anterior y, además, con una serie de instrumentos que permitieron recolectar la información.

Esta se muestra a los investigadores como una serie de elementos dispersos en los cuales se introduce una mirada crítica para empezar a construir coherentemente. Por esto, los investigadores intentaron encontrar las tendencias, que en términos descriptivos permiten identificar y colmar de contenidos las categorías que sirven de orientación para organizar la dirección de argumentos descriptivos y de búsqueda de alternativas por parte de los actores sociales, en función del sentido y justificación de la investigación: la participación, y si esta guarda o no relación con los procesos descolonizadores. Para no confundir a los participantes en la investigación, no fue explícito el propósito de la relación participación-descolonización, sino que esta relación debe desprenderse o no de la misma información recolectada a lo largo del proceso de investigación.

- *Confrontación de la información obtenida con las fuentes de la misma. Con base en esta confrontación y en los nuevos elementos recogidos, se formularon, por un lado, la contextualización y, por el otro, la sistematización para conformar así, la descripción preliminar.*

Con el fin de completar los espacios participativos, los argumentos descriptivos se devolvieron a los actores sociales y de esta forma se sometieron a su juicio. Este ejercicio de devolución ayuda al análisis para decantar la posible relación de participación y descolonización. Para esto fue necesario generar un ambiente de confianza y familiaridad, de tal forma que el actor social se sintió parte del proceso investigativo. Esta nueva recolección de información, que fue pasada por la fase de descripción, devolución e interpretación de la misma, permitió profundizar en la comprensión de la participación como tema y problema central. La organización de la información supuso un proceso de focalización permanente del proceso de investigación cualitativa, lo cual significa que deben realizarse continua y sistemáticamente las siguientes tareas:

- *Delimitar el estudio considerando qué interesa, qué se puede hacer y sobre qué asuntos se desea profundizar.*
- *Desarrollar preguntas analíticas: cuáles de los interrogantes originales son relevantes, cuáles se deben formular y cuáles excluir.*
- *Diseñar sistemáticamente las ideas ejes que surgen durante la recolección, las cuales pueden servir de base para establecer los motivos de análisis.*
- *Revisar periódicamente el registro de las observaciones para ir identificando patrones de comportamiento que indiquen los puntos de referencia del análisis.*

El análisis de la información estuvo determinado por las características del problema y por las preguntas que originaron la investigación, y se adelantó durante todo el estudio. Este fue producto del proceso de recolección en el cual fue necesario documentar las sesiones de grupos focales y las entrevistas, aparte de los relatos. La conceptualización inductiva o inducción analítica parte de reconocer que ningún objeto concreto es descriptible de manera exhaustiva, y menos las percepciones, razón por la cual solo es posible una descripción selectiva de sus características esenciales. La inducción analítica buscó separar lo esencial de lo accidental con el fin de formular generalizaciones aplicables a situaciones similares. Se asume que, en situaciones sociales organizadas en torno a patrones comunitarios similares a los observados en la realidad estudiada, es altamente posible que sus miembros se comporten de manera análoga.

En resumen, el proceso de la investigación cualitativa, con diseño participativo se fundamentó de la siguiente manera:

- *Categoría deductiva: la percepción de la participación ciudadana, ciudadanía y los procesos de autogestión comunitaria.*
- *Unidad de análisis: grupos focales de las distintas comunidades de la ciudad de Neiva.*
- *Unidad de trabajo: teniendo en cuenta los objetivos del estudio y el tamaño de la población, se trabajó con 80 personas, 46 hombres y 34 mujeres.*

El proceso de recolección de la información se llevó a cabo a través de dos grupos focales con los líderes, al final de los cuales se realizó una entrevista, que fue complementada con los relatos de tres líderes. Con el fin de devolver la información se realizó un encuentro taller en torno a la participación, donde se les presentó el análisis descriptivo y se profundizó en cada categoría de análisis previamente realizada. Se planteó, entonces, una fase de reconocimiento. Aquí se buscó establecer un contacto directo con los actores sociales, con quienes se mantenía una relación dinámica debido a su ejercicio como docentes por parte de los investigadores. Fueron seleccionados como elementos muestrales todas aquellas personas que se ciñeron, básicamente, a dos criterios: primero, haber tomado parte activa en el proceso de participación y autogestión comunitaria hacia la solución de problemas del sector, y, segundo, tener una vinculación directa con la comunidad. Quienes cumplieron con estos criterios fueron los líderes comunitarios, en un total de 80 personas. Las características del grupo fueron las siguientes:

- *Edad: estuvo comprendida entre los 21 y los 52 años.*
- *Educación: entre el grado primero y el undécimo.*

- *Ubicados en los estratos 1 y 2, con serios problemas socioeconómicos y necesidades básicas.*

Es una población que no tenía en realidad una cultura participativa y sus niveles de organización en este sentido no generaban cohesión comunitaria. Cuando se llevó a cabo la investigación, sin embargo, se pudo advertir que sus niveles de organización y participación comunitaria eran bastante altos y que organizaciones como las Juntas de Acción Comunal facilitaban estos procesos. Se escogió esta población porque en ella se presentan dos situaciones estrechamente vinculadas con el propósito que busca comprender este libro: si la participación en torno a la solución de sus problemas y necesidades es el camino de la ciudadanía en ejercicio, y si en la participación se configuran nuevas ciudadanías que emerjan desde sus mismas precariedades, pero a las que no se someten, porque no las consideran su destino, sino que son expresión desobligante de los gobiernos y desprecio del mismo Estado por los más pobres y vulnerables. En la caracterización de estas situaciones se puede trascender hacia los procesos descolonizadores facilitados en la participación ciudadana.

El primer encuentro con los actores sociales se realizó en el marco del trabajo comunitario que se lleva a cabo por parte de la Alcaldía de Neiva. Este primer encuentro tuvo como objetivo principal presentar a los actores sociales la propuesta para la realización del trabajo realizando la presentación del equipo de investigación y de los recursos a utilizar en cada encuentro (grabadora de audio), la presentación de la propuesta de trabajo para realizar con ellos, en la cual se expusieron los objetivos y se destacó la importancia de crear una propuesta de participación ciudadana que partiera de los líderes para los líderes y la comunidad. Se insistió en que ellos son el centro de atención de esta investigación. Se aclaró que la metodología a seguir sería netamente participativa, por lo que era condición la colaboración y compromiso de parte de los actores sociales. En la fase inicial del desarrollo investigativo se llegó a los habitantes de la comuna a través de la charla, se expresó el tema a desarrollar en la investigación. Dichos elementos contaron con la participación activa de los pobladores y luego se consolidaron en los diferentes encuentros que se tuvieron. Se diseñaron los encuentros con los líderes participantes en la recolección de los datos, con los cuales se trabajaron los grupos focales, para reflexionar sobre la categoría deductiva que se construyó a partir del conocimiento que se tenía. En los encuentros de grupo focal, cada participante pudo compartir inquietudes, experiencias, vivencias y responder a los comentarios de los demás. El facilitador guio las sesiones con el fin de cubrir los temas pertinentes a la investigación; cada sesión de grupo focal tuvo una duración de dos horas. Al comienzo se presentó un poco de dificultad, ya que la mayoría de los actores sociales no habían comprendido bien el mecanismo de la reunión.

Durante cada encuentro con los grupos focales se tuvo en cuenta la motivación, dinámica apropiada al tema de encuentro, desarrollo del tema mediante estrategias apropiadas para los líderes, tema de interés, clima de confianza y propiciación del afecto con el grupo focal. En cada encuentro con el grupo focal participaron los docentes investigadores, quienes ejecutaron actividades específicas de la agenda programada con los actores sociales y donde siempre hubo un relator y observador. Con la técnica de grupo focal se detectaron situaciones de rechazo frente a algunos servidores públicos, al igual se obtuvieron valiosos aportes que ayudaron a la definición de determinados conceptos dentro de la investigación.

Primer grupo focal

Objetivo: expresar a través de las opiniones espontáneas la percepción que se posee acerca de la participación ciudadana, ciudadanía y procesos de autogestión comunitaria.

Procedimiento: el grupo focal se inició con una dinámica de presentación corta y que permitió romper el hielo. Luego los actores sociales expresaron a través de la conversación natural respondiendo a la pregunta: ¿Cómo era su vida antes de llegar a la comuna y cómo en ese momento? Inmediatamente se socializó mediante una plenaria, donde cada actor social compartió lo que había dicho. Este proceso fue animado, en cada grupo focal, por uno de los investigadores, quien motivó la participación, mientras el relator estuvo pendiente de grabar lo expresado por ellos.

Segundo grupo focal

Objetivo: expresar mediante las opiniones espontáneas la percepción que se posee acerca de la participación ciudadana, ciudadanía y procesos de autogestión comunitaria.

Procedimiento: el grupo focal se inició con la dinámica del “saludo ágil”. Uno de los investigadores dinamizó el comienzo logrando romper el hielo entre los asistentes. Seguidamente se expuso ante los actores sociales lo visto en la sesión anterior, permitiendo de esta manera profundizar en la información aportada por ellos. Luego, cada actor social, ante la pregunta formulada, daba su opinión acerca de los factores de participación ciudadana. Igual procedimiento se utilizó con el grupo 3.



Tercer grupo focal

Objetivo: expresar mediante opiniones espontáneas la percepción que se posee acerca de la participación ciudadana, ciudadanía y procesos de autogestión comunitaria.

Procedimiento: el grupo focal se inició sin dinámica alguna porque ya no fue necesaria; se realizó la devolución de la información recibida en la sesión anterior, logrando profundizar en ella. Seguidamente se procedió a dar el tema a desarrollar en ese momento. Cada actor social procedió a expresar sus opiniones. Se finalizó con la plenaria, que permitió ahondar en el tema investigar.

Cuarto grupo focal

Objetivo: expresar mediante opiniones espontáneas la percepción que se posee acerca de la participación ciudadana, ciudadanía y procesos de autogestión comunitaria.

Procedimiento: el grupo focal se inició de una vez con el tema. Se socializó lo visto en la sesión anterior con el fin de profundizar en la información recibida de los actores sociales. Seguidamente se procedió a desarrollar, a través de la conversación interactiva, aspectos que complementaron la información ya obtenida.

Quinto grupo focal

Este se realizó con el fin de reflexionar en profundidad sobre los aspectos planteados y socializar la información recogida en sesiones anteriores.

Objetivo: expresar mediante opiniones espontáneas la percepción que se posee acerca de la participación ciudadana, ciudadanía y procesos de autogestión comunitaria.

Procedimiento: se expusieron las conclusiones del grupo anterior, pasando cada uno de los integrantes a comentarlas. Luego se escucharon las grabaciones de cada una de las sesiones donde cada líder reiteró sus opiniones. Se hizo la devolución y confrontación de la información obtenida en los cuatro grupos focales anteriores. De los resultados obtenidos en este encuentro surgieron nuevos aspectos conceptuales que se construyeron a partir de la interpretación de los actores sociales. Estos aspectos consolidaron los elementos conceptuales que se argumentaron en la etapa siguiente. En definitiva, se desarrollaron tres etapas, cada una en torno a categorías deductivas y las subcategorías, con base en las cuales se organizaron las matrices generadas. Esta

categorización permitió reducir volumen de información ordenándolo en torno a los factores de participación, que permitieron reflejar la percepción de los líderes participantes en la investigación. A partir de la expresión de los datos testimoniales, que fueron consignados en cada una de las matrices, se establecieron situaciones relevantes, dando respuesta a las múltiples preguntas que motivaron el desarrollo de este texto y la gestión de la investigación. Una vez realizado lo anterior, se determinaron tres categorías inductivas como fueron: factores de participación, participación ciudadana y autogestión comunitaria.

Descripción del desarrollo del proceso

La investigación se da porque hay un propósito claro, específico, y que tiene que ver con los relatos planteados en este libro acerca de las situaciones insurgentes como respuestas a un Estado que ahoga al ciudadano, ninguneándolo y dejándolo por fuera de cualquier posibilidad para ejercer la ciudadanía. Aunque la violencia se mantiene, se imbrica en corrupción e impunidad, la intención es ser propositivo desde posibilidades reales; para lo cual la misma Constitución Política de 1991 crea mecanismos de participación ciudadana. Si esos caminos se logran consolidar, es decir, si se dan a conocer, si se llevan a cabo, es posible que los ciudadanos de a pie encuentren formas o maneras de hacer parte de las decisiones que toman los gobernantes, pues pueden pasar de una democracia representativa a una más efectiva desde la participación (Dussel, 2021). Esta investigación, teniendo como faro permanente el propósito mismo que lo liga a los casos de tantos campesinos desplazados por la violencia, y que encontraron sendas diferentes de reaccionar frente a ella, trasiega rigurosamente cada uno de los pasos de una investigación que dé solidez a la confiabilidad. Se comenzó por reunir los dos grupos, gracias a lo cual se creó un ambiente participativo y educativo en el que los investigadores asumieron el papel de facilitadores para la expresión individual y colectiva. El encuentro se concibió como un momento en el cual los participantes generaron sus propias reflexiones, analizaron sus mismas reflexiones y cuestionaron todo aquello que no estaba de acuerdo con lo dicho por ellos.

La comunicación espontánea fue condición en el proceso; se buscó que los participantes fueran sinceros, y en esta medida veraces; que contaran, narraran, comentaran sin prevenciones, lo que facilita la construcción del conocimiento tanto a nivel individual como grupal (Retola, 2017); se propició el reconocimiento de la importancia de ser autónomos, desarrollando un concepto positivo de sí mismo, sintiéndose seguros, valiosos y reconociendo sus capacidades para pensar y actuar, tal como lo propone Honneth (1997) en *La lucha por el reconocimiento*. A partir de su quehacer diario en la comuna, reflexionaron sobre ella y sobre la participación ciudadana, además desarro-

llaron procesos que les permitieron una comunicación directa, sin barreras ni temores y establecer unas buenas relaciones entre los individuos.

En el proceso de concertación se establecieron las siguientes pautas para el desarrollo del encuentro:

- *Se dio a conocer el propósito del encuentro.*
- *Se explicó la metodología a seguir.*
- *Cada una de las categorías inductivas se trabajó a través de la discusión y las opiniones espontáneas.*

El encuentro estuvo orientado a lograr la participación activa de los actores sociales, tarea que correspondió al moderador, quien mantuvo un clima adecuado, interactuando con quienes se integraron favorablemente, logrando así una mayor participación. Para este caso la metodología usada en el grupo se basó en el trabajo voluntario, las motivaciones fueron espontáneas, con unas actitudes muy positivas. Con este encuentro se buscó evidenciar nuevas maneras de mirar y comprender las percepciones que los habitantes de las comunas y comunidades poseen acerca de la participación ciudadana, la ciudadanía y los procesos de autogestión comunitaria.

Primer momento: reconocimiento y reflexión sobre problemas críticos.

El análisis de los datos agrupados en torno a las categorías inductivas permitió desglosar la información en subcategorías que fueron orientando las categorías de análisis a partir de los propios datos. Este proceso se organizó en las siguientes matrices que permitieron avanzar en la fase de interpretación, como constan en el cuadro Anexo.



Segundo momento: determinación de categorías analíticas.

En este momento, se procedió a elaborar, desde las categorías inductivas y los datos organizados, las categorías de análisis. Este trabajo fue orientado pedagógicamente para que fueran los mismos participantes los protagonistas en este segundo momento.

Tercer momento: devolución y confrontación de hallazgos. Análisis interpretativo.

Al inicio de este ejercicio se partió de múltiples inquietudes y preguntas que, formulada por los investigadores, permitían comprender el panorama sobre la percepción que se tiene en la comunidad acerca de la participación ciudadana, la ciudadanía y la autogestión comunitaria. Esta se postulaba en relación con los actores sociales sobre el trabajo realizado a través de las reuniones y relatos, se profundizó el tema inicial, pues desde ellos es mucho más amplia la visión sobre los factores de participación, ya que al hablar sobre un tema expresan no solo la percepción que poseen de él, sino la relación que hacen de la comunidad.

Asimismo, se puede decir que la investigación muestra la percepción que los habitantes de las comunas y comunidades tienen de la participación ciudadana, en este tercer momento, se concentraron los esfuerzos por dejar algunas recomendaciones que le permitieran a la comunidad tener en cuenta para su propio desenvolvimiento: la participación ciudadana es uno de los mecanismos más dinámicos y eficaces para que las comunidades puedan intervenir en la solución de sus problemas y necesidades al lado de las autoridades.

De esta manera, se le facilita enormemente a la población urbana la gestión propia y autónoma de sus recursos y capacidades en un ambiente de colaboración y trabajo mancomunado. Los factores que facilitan la participación ciudadana se dan tanto en el nivel comunitario entendido desde las necesidades y problemas, inserción en la planeación participativa, confianza y seguridad en la administración y capacidad de organización, educación y comunicación con los sectores sociales.

Preparación de la comunidad

En el proceso de participación que se lleva a cabo al interior de las comunidades, es imprescindible que estas se encuentren preparadas para la participación y poder asumir este papel que la Constitución y las prácticas sociales les ha reconocido. Es una preparación que tiene que ver mucho con su disposición a participar, pues

resulta importante no confundir la preparación que se debe tener a nivel comunitario con la educación académica; se trata de darle a conocer a las comunidades las herramientas que tienen a su alcance, los recursos con los cuales cuentan para intervenir en la solución de sus problemas.

Claro, cuando a mí me dijeron que nos iban a preparar, dije: pero si yo ya estoy muy viejo para esto, aunque el estudio nunca llega tarde, ¿cierto profesor? Bueno, es que esta es una preparación que no tiene que ver con la profesión, sino con que le enseñan a uno a participar en la solución de sus necesidades (Gilberto Rivera, comunicación personal, 22 de septiembre de 2021).

Intervención de la comunidad

Cuando ya la comunidad, sus líderes específicamente, se encuentran listos, preparados para que participen, entonces, y como consecuencia, interviene el proceso de autogestión comunitaria, en todos sus pasos y fases: determinación de las necesidades y problemas prioritarios en la comuna, inserción en el proceso de planeación municipal y actitudes de confianza en la administración. Asimismo, se consideran procesos de intervención de la comunidad su preparación, actitudes de comunicación con los servidores públicos, nivel de asistencia con personal de la alcaldía o demás entidades gubernamentales, toma de decisiones y planeación de actividades relacionadas con la solución de sus problemas, y ejecución de las mismas en colaboración con todos.

Intervenir tiene dos miradas muy diferentes: si es desde la comunidad, debe estar preparada para que intervenga en cuanto se entienda la intervención como autogestión; pero si la intervención es de la administración estatal tiene una connotación disímil, al punto de considerarse agresiva. Sin embargo, se pueden conjugar las dos formas de intervención. En este caso, se trata de la intervención de la comunidad en sus procesos de gestión, en los que se toma partido en los procesos mediante los cuales se entra a dar o plantear soluciones posibles a sus problemas y necesidades.

Sí, señor. Puede decirse que la comunidad interviene cuando entra a trabajar con la administración en la satisfacción de sus necesidades. Yo creo que desde el momento mismo que uno decide capacitarse, prepararse en la participación (Gilberto

Rivera, comunicación personal, 22 de septiembre de 2021).

No debería llamarse así, sino más bien intervención de la comunidad. Bueno, es lo mismo, ¿cierto? (Yalile Ramírez, comunicación personal, 12 de junio de 2022)..

Presentación y análisis de la información

En el Anexo 1 (Tabla 1: Primera categorización. Información grupos focales) se relacionan testimonios relacionados con la percepción que se tiene acerca de la participación ciudadana, la ciudadanía y los procesos de autogestión comunitaria, como categoría deductiva, de la que emergen subcategorías como necesidades y problemas, confianza en la administración estatal, necesidad de capacitarse o educarse para participar, comunicación, colaboración, valoración y recursos. Toda la información obtenida permitió, de acuerdo con la matriz trabajada, llegar a lo siguiente:

Participación:

Conforme con lo expuesto por los actores sociales en sus testimonios, se evidenciaron dos aspectos: uno, relacionado con el concepto de la participación y, otro, con los factores propiamente tales. Respecto al concepto: en las respuestas y conversaciones los líderes comunitarios manifiestan claridad en torno a la importancia de la participación y de los factores de participación; la mayoría los definió como aquellos aspectos que son necesarios para que haya participación, dándole la calidad de condiciones fundamentales. En realidad, se referían a esos elementos que propician el proceso de la participación.

A mí me parece, para hablar bien claro, es que los factores de participación son esas realidades que le permiten a la comunidad participar en la solución de sus necesidades (Milcíades Roa, comunicación personal, 26 de julio de 2021).

Pues son las condiciones que hacen posible la participación de la comunidad, especialmente de sus líderes, porque (Lucio Bonilla, comunicación personal, 5 de diciembre de 2021).

La forma como los definieron tuvo sus variaciones, pero en el fondo todos expresaron

el mismo concepto. Es preciso reconocer que desde el momento mismo que se empezó a desarrollar la investigación se procedió a generar en las comunidades un progresivo proceso de educación y capacitación en la democracia participativa. Tal vez ahí radica la razón por la cual las personas que lideran su comunidad coinciden en el fondo en las mismas apreciaciones. Los líderes tienen claro que los factores que facilitan la práctica de la participación ciudadana proceden de dos niveles completamente diferentes y, sin embargo, complementarios: comunitario y administrativo. El nivel comunitario, como su nombre lo indica, se origina en la misma comunidad, y es el que permite el empoderamiento por lo menos a nivel participativo y para hacer frente a la administración estatal, que no siempre los reconoce como interlocutores válidos. Los participantes manifiestan su incomodidad frente a las formas de administración de la administración estatal por actitudes de soberbia o imposición, como si se tratara de aplicar fórmulas y no de dialogar.

Necesidades y problemas

La existencia de necesidades insatisfechas y de problemas sin solución constituyen el campo abonado para que se lleve a cabo la participación, porque le permiten a la comunidad darse cuenta de aquello que les falta. Son, precisamente, los sectores más pobres, los estratos 1 y 2 y los asentamientos subnormales, aquellos donde las necesidades y problemas son más numerosos: calles sin pavimentar o en mal estado, falta de obras de infraestructura recreacional o de salubridad, desempleo, inseguridad, deficiencias sanitarias y habitacionales, etc.

Le cuento, usted va y mira los barrios donde no hay necesidades de pavimentación, donde vive la clase media y alta, y allí casi no se trabaja con las comunidades, no se hace esto, porque no tienen necesidades, ni problemas. Pero aquí sí las necesidades son muy grandes y muchas, entonces nos toca ponernos las pilas.. (Teresa Barón, comunicación personal, 12 de septiembre de 2021).

Las necesidades se convierten en ocasión de reflexión en busca de soluciones por medio de la organización comunitaria. Evitan, como lo manifiestan múltiples veces en sus diálogos, las vías de hecho o de confrontación con la fuerza pública: “Ya tenemos suficientes problemas como para sumarle más. Lo que queremos es lo que necesitamos, y lo que necesitamos es que nos escuchen y organicemos un plan de

respuestas concretas a nuestras necesidades” (Alejandro Gómez, comunicación personal, 13 de noviembre de 2021). La consciencia de los líderes es clara. Las necesidades y problemas no son disculpas para agrandar o agravar los mismos problemas, buscando otras vías, sino que las evitan, y propician el diálogo al que invitan. Aquí las élites estatales aparecen como élites dominadas, de acuerdo con la expresión de Quijano (2014), y las comunidades con necesidades y problemas se muestran en camino de descolonización, ya que asumen consciencia de su realidad (Santos, 2019) y la convierten en ocasión de mejoramiento sin dependencia, sino como autogestión.

Inserción en el proceso de planeación participativa

Es necesario que la comunidad se inserte, se meta de lleno en la planeación participativa puesta en marcha por la administración municipal, de lo contrario se queda fuera de la posibilidad real de solucionar sus problemas. Si anteriormente se hacía una planeación desligada de la población, de sus reales circunstancias, ahora se percibe claramente el ejercicio de una planeación participativa en la cual se debe involucrar la comunidad, y los líderes sociales son los más atentos a la convocatoria del municipio, de lo contrario, ellos mismos solicitan la participación. Esto se relaciona directamente con el nivel de formación para la participación. Han entendido que es la comunidad quien decide, a través de la planeación, inclusive sobre las inversiones a realizar por el ente gubernamental.

Anteriormente la administración venía, miraba, no hablaban con nadie, o si había alguna reunión era para informar, no para escuchar. El resultado era decir: ‘En tal barrio hay tal necesidad’. Pero uno no sabía nada. Venían de allá, miraban, medían y se iban. Luego uno oía que habían hecho obras, y de pronto hasta las hacían, pero no eran las necesidades que uno tenía (Gilberto Rivera, comunicación personal, 22 de septiembre de 2021).

Claro, por ejemplo, decían que en tal sector necesitan una piscina y la hacían, pero la verdad es que había cosas mucho más importantes como el empleo, la salud, pero como la gente no podía participar (Julián Rivera, comunicación personal, 18 de marzo de 2022).

No es que prohibieran, sino que ese no era el estilo (Juan Pablo

Rodríguez, comunicación personal, 17 de octubre de 2021).

Ahora es distinto, no es porque los doctores estén aquí, pero nosotros sentimos que nos necesitan, que lo que uno piensa lo tienen en cuenta a la hora de decir cuáles son los problemas de un barrio (Arnaldo Leguízamo, comunicación personal, 22 de marzo de 2022).

... pero no solo sobre eso, sino cuánta plata hay para hacer tales y tales obras, entonces la comunidad sabe hasta dónde se puede llegar (Sebastián Solano, comunicación personal, 27 de junio de 2022).

La participación es un proceso de inserción desde la comunidad a la vida política, es una manera de ser ciudadano no solo de nombre, sino sentir que realmente se puede incidir en los procesos comunitarios como una manera de participar. Aprender a identificar las necesidades, saberlas priorizar con criterios comunitarios, que beneficien más a la comunidad que a tal o cual persona, identificar las posibles soluciones, proponerlas, hacerles seguimiento, elaborar los proyectos, presentarlos, gestionarlos, saber cuánto cuesta, qué recursos se necesitan, los tiempos, las especificidades, etc. Todo un andamiaje de participación comunitaria, de la cual no se parte, pero se puede llegar. En el momento de la elaboración del proyecto la misma comunidad toma consciencia de las posibilidades y limitaciones para la solución de los problemas y cómo se pueden involucrar, comprometer y controlar al ente gubernamental.

Confianza y seguridad en la administración

En las conversaciones y en toda la información que ha circulado en la investigación se puede percibir que no es suficiente la motivación para la participación, porque todo termina dependiendo del grado de cumplimiento de la administración municipal. De ahí brota la confianza. La participación comunitaria y la respuesta estatal es el camino para que los líderes recobren o reconfiguren la confianza perdida en el Estado. Históricamente el Estado y los gobiernos de turno traicionaron a los líderes que confiaron. En la actualidad se cuentan ya por centenas el número de excombatientes de las antiguas FARC asesinados, como también asesinaron a muchos líderes en otros procesos de entrega de armas, como en la época de La Violencia. La confianza ha estado rota. Lo muy valioso para destacar es escuchar decir a los líderes que en la medida en que el Estado les cumpla ellos creen, pero que la confianza no es lo primero, sino los resultados, que

ya no aguantan más traiciones y frustraciones. Se puede afirmar que hay una desconfianza muy arraigada, pero también hay una esperanza puesta en el cumplimiento de la administración estatal.

Cuando uno se da cuenta que la administración cumple, le entran más ganas de participar, de entrar de lleno en la cosa del trabajo por la comunidad (Juan Martínez, comunicación personal, 25 de mayo de 2022).

Nivel de organización

Resulta apenas natural que no puede haber participación efectiva sin organización. No puede haber participación si primero no se organiza la comunidad, si no se da el apoyo para las iniciativas organizacionales. Sin organización básica o mínima, no se puede iniciar ningún proceso participativo. Es preciso que la población se cohesione en torno a unos intereses comunes, construya algún nivel de consenso, lleguen a acuerdos básicos, se organice. Algunos entes gubernamentales y organizaciones han sabido propiciar la organización en las comunidades mediante varios mecanismos como la Escuela para la Democracia, los Comités Locales de Planeación, etc., que han dinamizado las Juntas Administradoras Locales y las Juntas de Acción Comunal. En ese sentido, los líderes han reconocido en la Junta de Acción Comunal la organización básica alrededor de la cual gira el proceso participativo y autogestionario. Ellos manifiestan la necesidad de organización:

Es que, si no nos organizamos, cómo podemos participar. Y pues los gobernantes contentos con hacer lo que quieran, porque nosotros no nos hemos puesto de acuerdo, como si no tuviéramos problemas graves para solucionar (Carlos Ramírez, comunicación personal, 1 de abril de 2022).

Educación y capacitación

En los sectores más deprimidos, con más necesidades y problemas la administración debe cultivar la autogestión mediante la educación y la capacitación, es decir, mediante la formación integral y continuada de las comunidades con el propósito que reconozcan

su propia realidad social, conozcan el sentido y el compromiso de lo público y se sientan motivados hacia la participación y se formen para la participación.

Aquí en todos esos barrios es donde la administración no pierde el tiempo capacitando a la gente. La gente responde porque sabe que, si no participan, después no se pueden quejar. Además, se aprende a organizarse como comunidad y nos enteramos hasta del presupuesto para solucionar los problemas de alcantarillado y acueducto. Necesitamos esa capacitación para trabajar mejor por la comunidad, por el barrio. Eso es lo que hace falta (Luis Hernández, comunicación personal, 7 de marzo de 2022).

Inclusive muchos de nosotros no saben qué es lo que pasa cuando se trata de solucionar una necesidad, la plata que se invierte, los proyectos que se tienen que hacer; nada (Andrés Castro, comunicación personal, 10 de junio de 2022).

Antes de interesar a la gente a participar, es necesario formarla para la participación por varias razones: para acceder a una correcta interpretación del término y evitar, así, desviaciones, conocer los fundamentos legales y políticos, características, mecanismos y alternativas participativas.

Yo creo que es necesario que todos tengamos en cuenta que la participación, que la educación que le den a uno sobre este tema debe aclarar muchas dudas, lo que yo le decía que día, qué es participación, porque mucha gente se confunde. La Constitución, las leyes que tienen que ver con todo esto (Felipe Pérez, comunicación personal, 28 de abril de 2022).

La diferencia es que ahora sentimos que nos ponen cuidado y que se preocupan por educarnos en todo esto que tiene que ver con la comunidad y la participación, que vemos que es bueno porque es ventajoso para nosotros, para las comunidades porque nos facilita solucionar nuestros problemas (Santiago Moreno, comunicación personal, 11 de septiembre de 2021).

Comunicación

La administración municipal no solo debe crear y consolidar canales que le permitan la comunicación con las comunidades y sus líderes, sino crear y aprovechar los medios ya existentes para promover la participación. La administración municipal es la representación de todo el Estado para las comunidades. El presidente de la República está lejos, pero el alcalde debe estar muy cerca de la comunidad. Cada vez más la comunidad va entendiendo que los servidores públicos son los empleados que la comunidad contrata para que esté a su servicio, y que se pagan con los impuestos.

Pero uno qué saca con saber que hay una administración, sino se comunican con la gente; sino que de un momento para otro salen diciendo tales y tales barrios tienen tales y tales necesidades. Yo creo que no es así, hay que hablar, comunicarse con las comunidades. Ellos no tienen la razón, sino la gente que vive en los barrios con problemas.

La comunicación es muy necesaria entre la gente y el gobierno (Ariel Gutiérrez, comunicación personal, 8 de septiembre de 2022).

La percepción que tiene la comunidad y sus líderes, de acuerdo con todo lo narrado, comentado, conversado y analizado por los participantes muestran una creciente conciencia acerca de la importancia de la participación para hacerse contar como miembros de la comunidad política, como forma de ejercitar la ciudadanía, como manera de descolonizarse, como capacidad para pensar por sí mismos y decidir en grupo. De ahí la importancia del uso de varios medios o instrumentos para la participación comunitaria: el periodismo escrito a nivel local, las emisoras comunitarias, las parroquias e iglesias en general, que también se convierten, en determinados momentos, en difusoras del proceso participativo. Son múltiples los factores que confluyen en la participación ciudadana y que facilitan la práctica participativa. En este sentido, las percepciones muestran que se está en proceso permanente donde hay deseos de participar y necesidad de formación para la participación más eficiente. La participación se convierte en una especie de foros con ágoras improvisadas, pero necesarias. Muy importante de resaltar que sin estos espacios de participación comunitaria muy posiblemente los caminos de la insurgencia estarían de regreso como alternativa.

No sacamos nada que la administración se comunique bien con la gente, sino hay interés por educarla, por capacitarla, por meterla dentro del cuento de la participación, todas estas cosas que acabamos de enumerar aquí deben tenerse en cuenta, todas, para que pueda haber participación de las comunidades (David Rodríguez, comunicación personal, 22 de marzo de 2022).

En el Anexo 2 (Tabla 2. Categorías y subcategorías) se relaciona con la determinación de las categorías analíticas, donde se consideraron tres categorías deductivas, con las cuales se buscaba profundizar acerca de la realidad de la participación como camino alternativo a las alternativas de la insurgencia, la violencia y la resistencia. Para la indagación acerca de los factores de participación se tuvo en cuenta como subcategorías: concepto, necesidades y problemas, inserción en la planeación participativa, confianza y seguridad en la administración, nivel de organización, educación y capacitación, y comunicación. En la segunda categoría deductiva: participación ciudadana y ciudadanía, se trabajó con las subcategorías: concepto, nivel de asistencia, toma de decisiones, planeación de las actividades, ejecución de las actividades y colaboración. Y, en la tercera categoría deductiva: autogestión comunitaria, las subcategorías que se tuvieron en cuenta fueron: concepto, reconocimiento, valoración, relación de los recursos propios con la solución del problema y manejo productivo de los recursos. Con pretensión sintética se presenta a continuación la información obtenida a través de todos y cada uno de los momentos de la investigación:

Participación ciudadana

La participación ciudadana es el mecanismo mediante el cual la gente, toda la comunidad en general, puede intervenir en la solución de sus problemas y en la satisfacción de sus necesidades más apremiantes en el marco de la gestión pública.

A nosotros nos hablaban de la participación y no sabíamos qué era, mejor dicho, uno entendía otra cosa, pero esto o aquello, es que antes pero ahora (Miguel Díaz, comunicación personal, 25 de noviembre de 2021).

Claro, hemos aprendido que la participación tiene que ver con la solución de la cantidad de problemas que tenemos, en colaboración con la administración municipal, eso lo tenemos claro (Daniel Sánchez, comunicación personal, 13 de noviembre de 2021).

Al igual que con la categoría anterior: percepción que se posee acerca de la participación ciudadana, ciudadanía y procesos de autogestión comunitaria, la participación es central para entender qué es a lo que realmente aspira la comunidad, a participar como mecanismo de ejercer la ciudadanía, a sentirse cada uno ciudadano, a dejar el anonimato y la indiferencia frente al desarrollo social y político que otros han planteado. No son los momentos actuales similares a los anteriores, cuando jamás tuvieron en cuenta la opinión de Manuelita y Tobías, de Ana Belén y Pedro Antonio, de miles de campesinos desplazados, ninguneados, violentados. Se trata de otro camino que se abre espacio a través de procesos de participación comunitaria.

Conductas participativas

Son los comportamientos que se pueden considerar como expresión de la participación ciudadana, como hechos reales y concretos de la práctica de la democracia participativa. Estas conductas van en ascenso en relación con una mejor percepción y conceptualización acerca de lo que es participación. El cambio de conductas aparece relacionado con la formación que se va recibiendo para la participación. De todas maneras, lo social se inscribe como natural en todo ser humano, es el ζῷον πολιτικόν aristotélico, es la naturaleza de todo ser humano, que por lo mismo es político por necesidad, inclusive de sobrevivencia. Pero esa segunda naturaleza social requiere de formación si lo que se pretende es estar de manera armónica en sociedad, y no marginado del destino que otros definen para la gran mayoría de la población. Esta es la línea que permite la construcción de lo público, de la democracia, que no aparece dada al inicio, pero sí susceptible y necesaria de construcción. Esta realidad fue fácil percibirla a lo largo de todo el proceso de investigación.

Nivel de asistencia

Puede apreciarse que por este medio comienza, según lo que manifiestan los participantes, la participación, cuando la comunidad se encuentra consigo misma y entra en contacto con el personal de la administración pública para enterarse de sus propósitos y sus políticas. Así lo manifestaron, dejando explícito que sin asistencia no hay participación, y sin participación la comunidad no tiene horizonte de sentido. Se asiste porque hay convocatoria para asistir, y la convocatoria muchas veces viene de fuera de la comunidad:

Yo entiendo que la participación comienza desde el momento mismo que los funcionarios de la alcaldía se ponen en contacto con uno, con la gente, con los líderes para ver qué es lo que pasa (María García, comunicación personal, 12 de diciembre de 2021).

Siempre es bueno que nos conozcamos, para ir entrando en confianza. (Nicol García, comunicación personal, 4 de julio de 2022).

Yo creo que es muy necesario conocer nuestras autoridades, porque ellas nos van a facilitar los medios para solucionar nuestras necesidades (Ana López, comunicación personal, 3 de abril de 2022).

Identificar a los funcionarios como autoridades es indicador del colonialismo que marcó al que gobierna como superior. El proceso de formación para la participación debe llevar necesariamente a ver al funcionario como el servidor público, que está, por tanto, al servicio de los procesos comunitarios, ya que sin comunidad las administraciones públicas no tienen sentido. Es decir, debieran ser los ciudadanos de a pie la autoridad frente a los funcionarios, independiente del cargo que ocupen.

La toma de decisiones

Si la participación no llega al nivel de toma de decisiones, se queda sin lo que da sentido a la participación, porque como lo manifiestan los mismos participantes: “¿Para qué participamos si otros van a decidir?”. Se decide desde la identificación de las necesidades o problemas, su priorización, la intervención, la elaboración de los proyectos y la ejecución de los mismos o, por lo menos, el control de la ejecución y la evaluación para analizar la superación o no de los problemas planteados.

Otro punto que se tiene que tener en cuenta es que los problemas los definen entre la comunidad y la administración, reunidos, a ver cuáles son los más duros, ¿cierto?, los que se deben solucionar primero. Uno debe intervenir ahí porque uno es el que sufre las necesidades. Otra cosa, las comunidades también pueden intervenir en la elaboración de los proyectos para la solución de esos problemas, como lo hemos visto y nos lo han enseñado (Gabriel Torres, comunicación personal, 14 de junio de 2022).

Planeación de actividades

La planeación es el núcleo de la formación para la participación. Aprender a planear lo consideran los participantes como algo muy importante y que más les enseña para la vida de cada uno, más allá de la participación comunitaria. Planear, de acuerdo con lo manifestado, es de lo que más les causa satisfacción, porque tiene que ver con organizar desde las ideas hasta los propósitos y sueños de ver los problemas superados. Se trata de mirar qué tan posible es en el papel lo que quieren hacer luego. Tanto la planeación como la ejecución de actividades se consideran valiosas conductas participativas toda vez que constituyen la parte dinámica y activa del proceso.

¿Cómo es la pregunta? ¡Ah!, sí, la participación sigue con la gente y la administración. Entre los dos dicen también cuáles van a ser las actividades que se tienen que hacer, cuándo, los recursos; eso es planeación (Andrea González, comunicación personal, 19 de agosto de 2021).

Colaboración y ejecución de actividades

La cohesión de todo el proceso de participación recae en la planeación y la ejecución de las actividades. Es la conducta más visible porque es la más activa, donde el participante se siente gestor de lo que ha planeado, de lo que ha identificado como problema. La ejecución es la manera privilegiada de ser agente de la transformación. En la ejecución se visibiliza la colaboración más que en ningún otro momento. Y la colaboración es expresión del sentido de lo comunitario; es el momento privilegiado para unirse con los demás en actividades concretas que integran en la medida en que se participa del proceso. Es en este momento en que los individuos dejan de ser individuos para sentirse integrados y poder así orientar sus esfuerzos en una sola dirección, en un propósito común.

Cuando ya entramos a trabajar todos es cuando ya uno se da cuenta de lo que es la colaboración, la participación (Juan Felipe Herrera, comunicación personal, 29 de enero de 2022).

Autogestión comunitaria

La autogestión comunitaria es la tercera categoría deductiva y hace relación a la gestión propia y autónoma que las comunidades hacen de sus propios recursos y posibilidades, especialmente en relación con la administración pública para llevar a cabo la solución de sus problemas y necesidades.

Nosotros no sabíamos nada de autogestión comunitaria. Como le digo, ni de participación; ahora con esta administración fue que vinimos a saber que eso tiene que ver con el manejo que nosotros mismos, como comunidad, hacemos de lo que tenemos (Natalia Jiménez, comunicación personal, 19 de agosto de 2021).

La gestión de sus recursos y capacidades, que lleva a cabo la comunidad, se manifiesta fundamentalmente en la apreciación de los propios recursos. Implica necesariamente consideraciones profundas acerca de lo público, de lo común, y lo diferencian de lo que podría ser del Estado. En esta diferenciación se desarrolla un mayor sentido de la participación por el sentido de pertenencia que subyace.

Reconocimiento

Es necesario que la misma comunidad, que la gente que está empeñada en solucionar sus problemas al lado de la administración pública, se reconozcan a sí mismo en sus posibilidades y también reconozcan cuáles son los recursos con los que cuenta y cuáles sus propias capacidades; es un reconocimiento de las propias fuerzas para la solución de problemas.

Bueno, todo esto de la participación tiene muchas cosas que uno antes no entendía, pero que no se había dado cuenta, porque no lo habían capacitado. Por ejemplo, el hecho de saber uno, como líder o la misma comunidad, cuáles son los recursos con los cuales cuenta para entrar a solucionar sus problemas junto a la administración municipal (Paola Herrera, comunicación personal, 15 de julio de 2021).

Valoración

Valoración en su justa dimensión de los recursos y capacidades con los cuales cuenta una comunidad, con lo que cada uno significa en el proceso de participación, al mismo tiempo que es la apreciación de la comunidad y de sus recursos; una mirada a apreciar lo que realmente son y pueden llegar a ser. Si se reconocen y valoran correctamente los propios recursos y las capacidades se puede afirmar, verdaderamente, con qué se cuenta, qué es lo que se tiene a mano, hasta dónde se puede llegar. Es también un acto de humildad:

A nosotros nos han enseñado que debemos tener en cuenta lo que tenemos en lo que es, en lo que realmente vale, para no engañarnos. Eso es todo lo que tenemos, los recursos, las capacidades, las posibilidades (Claudia Ramírez, comunicación personal, 14 de diciembre de 2021).

Valorar realmente lo que tenemos, ni más ni menos. (Camila Ortiz, comunicación personal, 10 de junio de 2022).

La relación de los recursos propios con la solución del problema

Ya establecidos los recursos y las capacidades, es necesario establecer también una relación de utilidad con la solución planteada para determinado problema. Es decir, para qué sirve, por ejemplo, el conocimiento artesanal de las madres comunitarias en materia de costura en la provisión de uniformes escolares para determinado sector de la población.

Bueno, pero yo tengo algo que decir sobre los recursos con los cuales cuenta la comunidad cuando hace el inventario: para qué sirven en la solución del problema, porque muchas veces uno señala tales y tales recursos y resulta que a la hora de la verdad no sirven para lo que uno está haciendo (Isabella García, comunicación personal, 28 de abril de 2022).

El manejo productivo de los recursos de la comunidad

Consiste, fundamentalmente, en trabajar desde la comunidad para satisfacer una necesidad o solucionar un problema, desde la inseguridad misma. Lo importante es que los problemas sean muy conscientes en la comunidad, y se vean como lo que son. La comunidad reconoce, como resultado de la práctica, de su experiencia participativa, que cuanto mayor es la cohesión y su intervención en la solución de los problemas que la agobian, mayor la capacidad de manejar sus propios recursos y posibilidades. Y este punto es central para pensar los procesos comunitarios de la descolonización, porque conlleva a la autonomía relativizando o marginalizando la dependencia.

Yo entiendo todo esto de la participación así: cuanto mayor conciencia tiene uno de lo que tiene y de lo que le falta, de las necesidades, más se da cuenta que debe trabajar unido con las autoridades para solucionar sus problemas (Valentina Hernández, comunicación personal, 1 de septiembre de 2021).

Aproximación a algunas conclusiones

De la investigación desarrollada en torno a la participación ciudadana, ciudadanía y los procesos de autogestión comunitaria de Neiva, se pueden aproximar las siguientes reflexiones a manera de conclusiones:

- *La concepción que sobre participación tienen las personas en la comunidad es de manifestación de la vivencia real que han tenido, es decir, no son conceptuales o teóricas, sino concepciones que revelan la práctica que los involucra integralmente porque les permite intervenir de manera activa y presencial en la comunidad, especialmente en la solución de los problemas y necesidades que han considerado como prioritarios.*
- *Los participantes en la investigación piensan que la participación les ha permitido sentirse miembros de la comunidad, acceder con más seguridad y con más eficacia a la gestión propia y autónoma de sus recursos; esto les ha generado más cohesión, solidaridad, colaboración y condiciones de trabajo mancomunado.*

- *En el proceso de participación ciudadana los participantes admiten haber aprendido a distinguir los dos niveles de factores que facilitan la participación: el comunitario y el administrativo. El comunitario emerge de ellos mismos, mientras que el administrativo, que es bien recibido en tanto no sea impuesto, lo aprecian en la medida en que les brinda la formación que necesitan.*
- *Al interior del nivel comunitario, por la misma reflexión que se hace, los factores que se consideraron decisivos fueron los siguientes: necesidades y problemas, la inserción de la comunidad en el proceso de planeación participativa, la confianza y seguridad en la administración municipal y el nivel de organización de la población.*
- *Al interior del nivel administrativo estatal se resaltan factores como: la educación en la participación y la comunicación con los ciudadanos. A la educación o formación política le dan una mayor valoración al considerarla fundamental.*
- *La participación es la consecuencia de lo multifactorial, sin que haya una jerarquización. No se puede hablar de factores que influyen más o menos en la participación, porque todos son considerados como necesarios, la participación ciudadana es el resultado de la concurrencia de todos.*
- *Los líderes que trabajan al interior de la comuna manejan una concepción clara acerca de la participación ciudadana y la autogestión comunitaria. Aunque no es un concepto acabado, porque se está haciendo permanentemente, sí es lo suficientemente sencillo como para no dejar dudas sobre lo que se quiere decir.*
- *En la comunidad con la cual se trabajó se encuentran conformadas las siguientes organizaciones comunitarias: Juntas de Acción Comunal, Junta Administradora Local, amas de casa, grupos deportivos, madres comunitarias, Asociaciones de Padres de Familia de Hogares de Bienestar Familiar, Asociaciones de Padres de Familia de los planteles educativos y grupos juveniles.*
- *La participación es el camino de inserción, de inclusión de los ciudadanos de a pie en los procesos en los que pueden tener algún grado de incidencia. Es fundamental que la formación recibida por los participantes trascienda la información acerca de los mecanismos de participación, y se configure como una formación política, de construcción de ciudadanía y empoderamiento de los ciudadanos y sus organizaciones.*
- *La participación se erige como un dique frente a los abusos de los gobernantes; permite una mayor consciencia de los deberes de los mandatarios. La formación que adquieren los ciudadanos es necesaria y fundamental para conocer los mecanismos de control frente a los abusos. Además, pueden lograr controvertir los informes de rendición de cuentas o pedir información que para el gobernante no sea de mayor trascendencia, pero para la comunidad sí.*

- *Aventurar que la participación a partir de la formación ciudadana es la solución a los problemas de violencia sería tanto como desconocer la multicausalidad que tiene la violencia en Colombia. La participación fundamentada es necesaria para comprender esas causas y cómo muchas de ellas no dependen de la ciudadanía, sino que son en su mayoría consecuencia de las políticas de Estado y de la desatención de los gobiernos de turno.*
- *Si estos niveles de participación se hubieran dado desde hace un siglo, con seguridad la violencia no hubiera sido tan aguda, tan extendida y tan voluminosa en número de muertos, heridos y desaparecidos. La comunidad poco a poco va entendiendo el sinsentido de la guerra bipartidista o las razones de Estado para no solucionar el conflicto bélico con grupos insurgentes o paramilitares, y los intereses ocultos.*
- *El camino se está empezando a hacer y demandará efectivas y eficientes políticas estatales de empoderamiento de la comunidad. Posiblemente métodos comprobados como el de Freire para la formación política de la comunidad sean necesarios. Como también es muy necesario entender que estos procesos de formación se deben dar paralelos a los procesos escolares ordinarios, en escuelas y universidades populares como ya las hay en varias partes del mundo.*
- *Las posibles nuevas ciudadanías emergen en un ambiente hostil, colonizado, aculturizado, donde han imperado los valores que caracterizan a las sociedades colonizadas, es decir, sometidas. Y el sometimiento y la dependencia han sido características de esos currículos escolares y de patrones sociales. Lo que indica que las nuevas ciudadanías, por más que emerjan de la resistencia pueden terminar siendo subyugadas por el sistema. La desigualdad normalizada es expresión colonial, y ese es el ambiente en que se necesitan nuevas ciudadanías, conscientes de la realidad, críticas de los contextos; para lo cual la participación y la formación es indispensable, si se pretende cambiar los valores de la sociedad colonial que aún impera en Colombia.*
- *La necesidad de escuelas populares, incluyendo a la universidad, para la formación para la participación, como ejercicio de la ciudadanía, han de caracterizarse por superar la mirada universal eurocentrista, justificadora de la dependencia, y han de caminar hacia propuestas de pluriversidad diversidad y subversidad (Santos, 2019).*





Fuente: Imagen de https://www.freepik.es/foto-gratis/cerrar-personas-cogidas-mano

UNA APUESTA HUMANA POR LA CIUDADANÍA: LA DIGNIDAD HUMANA

“Nutridos con productos de sus tierras, vestidos de sus telas, divertidos por los juegos que ellos han inventado, hasta instruidos por sus antiguas fábulas morales, ¿por qué habríamos de descuidar el conocimiento del espíritu de esas naciones, a las cuales han viajado los comerciantes de nuestra Europa desde el momento en que pudieron encontrar un camino hasta ellas?”.

Voltaire (1959).

A pesar de que el escrito de Voltaire fue un ensayo redactado antes de la Revolución francesa, llama la atención el autor por despertar el interés por las naciones que están aún más allá de las propias fronteras del continente europeo. La razón expresada es sencilla: hay red de intercambios y comunicaciones, no son extranjeros en cuanto desconocidos, sino próximos, a pesar de la distancia, porque se comparten muchos elementos de la misma cultura, como sus productos, sus telas, sus juegos, sus fábulas. Y esto se ha acrecentado desde la globalización de la economía. La humanidad comienza su historia sin frontera alguna; las nacientes comunidades humanas del paleolítico, al igual que los animales, irán marcando ciertos territorios, quizás por seguridad, hasta llegar a resguardarse dentro del territorio demarcado, e identificarse con él, con las costumbres y leyes que allí se irán gestando. A tal punto que el mismo Aristóteles (1930) dirá que se es ciudadano de determinada ciudad, no de cualquiera. Sin embargo, hay algo que antecede, que es fundamento y finalidad al mismo tiempo, y es la naturaleza humana de todos los habitantes, indistintamente de espacios y tiempos. Eso que hace que el ser humano sea humano, sus particularidades específicas, marca su condición de ser y estar en este mundo. Y esa condición y naturaleza humana (que son realidades distintas para Arendt, 1993) son a su vez el fundamento de todo lo que le corresponda a cada ser humano por el solo hecho de existir y sin otra condición adicional. El ser

humano existe, y eso es suficiente para que le corresponda todo lo que garantice una vida íntegra y, por tanto, digna. En otras palabras, es la dignidad humana el fundamento de todo el andamiaje social, cultural, económico y político como la ciudadanía.

La ciudadanía, fundamentada no en las leyes de tal o cual Estado, sino en el espíritu de las naciones para Voltaire, en la dignidad de cada ser humano hacen que la ciudadanía corresponda más al derecho natural que al derecho civil. Si la ciudadanía depende del respaldo y reconocimiento que brinde un Estado, ese derecho podrá quedar en lo enunciativo y su materialización dependerá de la voluntad política de cada gobernante o del Estado. Pero el Estado es fundamental para ese reconocimiento, solo que el fundamento debe ser algo que trascienda la misma ley y al mismo Estado; pues las leyes y los Estados son creaciones de la sociedad civil, pero la dignidad es endógena a la existencia misma de cada ser humano. Se pregunta Appiah (2007):

Ciudadano del mundo. ¿Hasta dónde podemos llevar esa idea? ¿Se nos exige realmente que abjuremos de todas las lealtades y parcialidades locales en nombre de la humanidad, esa vasta abstracción? Algunos de los defensores del cosmopolitismo se complacían en pensar así, y a menudo se convirtieron en fáciles blancos del ridículo. (p. 19).

Una ciudadanía más allá de las fronteras que delimitan localidades, expuesta no solo por Kant, ciudadano del mundo o ciudadano cosmopolita, también por Francisco de Vitoria en sus tesis como tratadista internacional, demanda escudriñar los fundamentos dentro de los derechos humanos, especialmente aquellos que hacen referencia a la movilidad, que es inherente al ser humano; así empezó, nómada. Sin embargo, saltan a la vista posiciones encontradas; algunos defensores actuales como Adela Cortina (1997), en *Ciudadanos del mundo*, por ejemplo. Otros de corte más nacionalista que, sin negar el derecho a transitar por el mundo, sí ponen la atención en el ejercicio bastante limitado de los derechos cuando se está por fuera del Estado de origen, a no ser que se haya alcanzado la condición de una nueva ciudadanía. Esta mirada nacionalista es la que impera actualmente, a pesar de avances significativos como la Unión Europea o los TLC. Si se mira detenidamente los tratados de libre comercio quitan visas o requisitos para el tránsito de los recursos naturales, de los países de periferia a los países conocidos como centros de poder; pero mantienen restricciones al tránsito de seres humanos, a no ser que sea los que vienen de los centros de poder a la periferia que, por lo general, no se les pide visa. Es decir, aunque se ha avanzado en materia comercial, realmente no se ha avanzado en ensanchar las fronteras de una ciudadanía cosmopolita.

Kant, al responderle a una revista alemana a finales del siglo XVIII la pregunta acerca de qué es la ilustración, da criterios que se convierten en condiciones para el ejercicio de la ciudadanía. Dirá que la ilustración es la salida de la minoría de edad, en la cual se está por el simple hecho de no atreverse a pensar por sí mismo. ¿Se puede ser ciudadano siendo menor de edad, es decir, sin desarrollar un pensamiento autónomo, y dependiendo de que otro piense por uno? La respuesta es que no; el ciudadano también es aquella persona que piensa por sí mismo, como condición de su ciudadanía. Por eso es posible pensar en una ciudadanía cosmopolita; la cual, además del posible reconocimiento jurídico de la ciudadanía cosmopolita, está la efectividad para que los derechos que demandaría ese reconocimiento se hagan efectivos; lo otro a considerar, por las circunstancias particulares de las migraciones intercontinentales, es: hasta dónde los Estados están obligados a tener que asumir unos compromisos para con los inmigrantes, en detrimento de las obligaciones que ya tienen y, posiblemente, están cumpliendo con sus ciudadanos de nacimiento. Si la ciudadanía tiene como fundamento primero y último la dignidad humana por el solo hecho de existir, y así lo reconocen los Estados del mundo, como acuerdo responsable e ineludible, no tendrían por qué temer los migrantes al llegar a un nuevo país, pues bastaría que se reconozca que su dignidad, para que se activen todos los mecanismos que les garanticen su integridad. Pero no es así.

Es más, Sacristán (2005) se pregunta: “¿Podremos vivir juntos en un mundo que, al promover el acercamiento y encuentro de culturas, da lugar a mezclas desiguales?” (p. 20). Es el debate entre Fraser y Honneth (2006b): ¿Qué es primero: reconocer para redistribuir, o hay que redistribuir primero para luego reconocer? No se trata de quién tenga la razón, para Honneth será primero el reconocimiento, para Fraser la redistribución debe anteceder a todo reconocimiento. De lo que sí se trata es de entender que la dignidad humana subyace y ha de ser atendida, inclusive por encima de los Estados y las leyes. Esto puede sonar con vicio de contradicción, pues en las leyes se expresa la voluntad política del Estado; lo que se quiere señalar o subrayar es que la dignidad humana ha de ser fuente primera para toda ley y todo Estado. Si una ley no es para garantizar un ascenso en la vida digna de todos los habitantes a los que cobija esa ley, pierde legitimidad, así sea legal. La humanidad de la ciudadanía radica exactamente en esto: primero la dignidad, su reconocimiento que antecede a toda acción del Estado a través de sus políticas y de sus leyes, de sus acciones y de su *modus operandi*.

El problema de la desigualdad por la que se pregunta Gimeno Sacristán toca un punto neurálgico para poder vivir una ciudadanía digna, donde cada ser humano se sienta reconocido y respetado desde la satisfacción de sus necesidades básicas. Si bien, las luchas por el debido reconocimiento que demandan los ciudadanos al tener una dignidad igual se han ido trasladando a un reconocimiento por el derecho a la diferencia, la

desigualdad tiene una connotación negativa, diferente, material. El acrecentamiento de la conciencia en relación con los procesos de exclusión, desigualdad, desconocimiento o no reconocimiento, tanto a nivel individual como grupal y mundial, ha permitido fortalecer epistemológicamente la lucha, ha dado razones para la resistencia y ha fortalecido procesos comunitarios, incluyendo las escuelas y universidades populares. Por eso es tan importante la formación ciudadana con mirada crítica, que ubique al pobre en el centro de la exigencia al Estado y a los que ostentan el poder. De ahí que ha sido tan simbólica la lucha de los jóvenes de la primera línea. Han atacado peajes, cajeros automáticos y han destruido imágenes de conquistadores y próceres cuestionados. Aquí brota una resistencia fortalecida epistemológicamente. Y este es el ambiente para humanizar la humanidad; mientras se excluyan seres humanos de la garantía concreta de sus derechos vitales, la humanidad y la ciudadanía están lejos de lograr ser lo que teóricamente ya son. De esta manera es que se concreta la apuesta por una ciudadanía humana, no por una ciudadanía teórica. Se trata de una historia de la ciudadanía en su lucha inagotable por el reconocimiento.

La apuesta humana por la ciudadanía es una apuesta universal; por eso se requiere del liderazgo eficaz de la organización que representa a toda la humanidad como humanidad: la ONU. En ese espacio se debe avanzar de manera solidaria, ya que es un hecho real que hay países con niveles disímiles de desarrollo, categoría creada exactamente para discriminar a países “subdesarrollados” o para inventarse el “Tercer Mundo” (Escobar, 2007). No es para nada fácil la tarea, en un mundo marcado por competitividades desiguales, todas rendidas al modelo del liberalismo económico, buscando sin excepción la mayor tasa de ganancia en todo y donde la vida ni humana ni del planeta cuenta (Dussel, 2013). Una de las varias líneas de reflexión y de acción para que la apuesta humana de la ciudadanía se concrete, la plantea Taylor (2001): “La más elevada forma de la naturaleza humana es la misma en Estados Unidos que en Atenas, así como debe serlo el contenido de la educación superior si quiere ser fiel a lo más elevado que hay en la naturaleza humana, a las virtudes intelectuales que se cultivan para alcanzar su mayor perfección” (p. 31).

Pareciera, entonces, que la necesidad de una ciudadanía cosmopolita fundamentada en la igual dignidad humana sea el reclamo soslayado por mejores condiciones de vida que brindan unos Estados frente a otros; porque de ofrecer los Estados condiciones similares de calidad de vida, como expresión del reconocimiento de todo ser humano, por su misma dignidad, con seguridad que no se presentaría a tan gran escala la movilidad que existe, agravada por condiciones de desplazamiento por conflictos armados y cambios climáticos, entre otras razones. Ese desconocimiento trae consecuencias anteriormente narradas. Es la plataforma de la ciudadanía crítica en Colombia, porque parodiando a Taylor habría que decir que la más elevada forma de la naturaleza y la

dignidad humana es la misma en cualquier parte del mundo, incluyendo al campo colombiano, escenario de prolongado conflicto que cobra permanentemente vidas y siembra miedos, para lo cual se requiere, además de muchas acciones de equidad en todo sentido, también una educación fiel a la naturaleza y dignidad humanas.



Fuente: https://www.freepik.es/foto-gratis/retrato-exterior-ninos-dia-mundial-medio-ambiente_-Freepik/a



Fuente: "https://www.freepik.es/foto-gratis/muelles-madera-pasto-seco-cerca-lago-oscuro-cielo-nublado_10292556."

EMERGENCIAS CIUDADANAS

“Los hombres no se hacen en el silencio, sino en la palabra, en el trabajo, en la acción, en la reflexión. Más si decir la palabra verdadera que es el trabajo, que es praxis, es transformar el mundo, decirla no es privilegio de algunos hombres sino derecho de todos los hombres”.

Paulo Freire (1996).

Aproximarse a la historia de la insurgencia en Colombia, que se extiende a lo largo y ancho del territorio y se va diluyendo en la profundidad del tiempo, se asimila a la experiencia que tenían los celtas y los romanos al pararse en esa pequeña península o cabo, que se adentra tres kilómetros en el mar, conocido como el *Finis Terrae*; en ese lugar de Galicia desde donde se miraba cómo el sol, en cada atardecer, era consumido por el *mare tenebrosum*, en una danza de fuego y sangre que reflejaban las aguas del Atlántico, mientras el sol era debilitado por el inframundo. Mirar al frente, al norte o al sur solo se veía agua, y se sigue viendo, mar que rompía violentamente contra los acantilados, y que le generaron el nombre de mar de la muerte o *mare tenebrosum*. Indagar en la historia de Colombia qué ha pasado en la relación política entre insurgencia y Estado, es contemplar un *mare tenebrosum*, que se pierde en la inmensidad de casos, en la injusticia colmada de impunidad, en el burladero de las élites que gobiernan y en la valentía de un pueblo, que no doblega su voluntad en la exigencia del reconocimiento de su soberanía, como corresponde en toda democracia.

Torres (2015), en *La violencia y los cambios sociales*, analiza pormenorizadamente el cambio de condiciones que se fueron dando en la zona rural, afectando a los campesinos, que sufrieron no solo el desarraigamiento, la desterritorialización, sino también la pérdida de su identidad, también conocida como descampesinización. A partir del estudio de Torres, en el que identifica las variables que afectaron a la sociedad rural, es posible encontrar una veta primigenia de cómo se van gestando los cambios que

van llevando, poco a poco, a una obligada insurgencia en los campesinos colombianos, abandonados a su suerte por el Estado. Aclara el padre Camilo Torres que los campesinos, independiente del país en el que se encuentren, comparten el aislamiento social, debido, entre otras razones, a la baja densidad demográfica y dificultades en las comunicaciones, y los sentimientos de inferioridad, entre otras variables. En los países subdesarrollados el aislamiento es más profundo por la falta de transporte, a lo que se le suma la imposibilidad que tienen de ir ascendiendo a mejores condiciones de vida, aunado a una agresividad potencial y, particularmente en Colombia, estas características se agravan con el sectarismo político, lo agreste de las montañas, la falta de reconocimiento y garantías para el uso y usufructo de la propiedad privada y la violencia ejercida por el Estado, al abandonarlos sistemáticamente desde las políticas y desconocerlos en los presupuestos. Como ejemplo, es común ver que los pueblos que generan más alimento, siendo despensas agrícolas, no les arreglan sus carreteras, ni está en los planes nacionales o regionales hacerlo, y si aparecen estas propuestas, no van más allá de lo enunciativo, ligado a cautivar los votos de los campesinos. Esta es una realidad muy fuerte en la actualidad, ver cómo hay tantos y tantos pueblos productivos pero aislados por la falta de básicas vías de comunicación, amén de la negación de todos los derechos.

De acuerdo con la obra de Torres (2015), el contacto que van teniendo los campesinos con el mundo externo a lo rural les permite tomar conciencia de sus problemas comunes y les favorece crear una mayor solidaridad entre ellos. A esto le llama Torres “un proceso de gestación de una subcultura rural colombiana” (p. 39). El campesino, en la medida en que crece en su consciencia social, que le permite saber de sus derechos y poder reclamar, exigir a la instancia que corresponda, se va constituyendo en grupo de presión para los gobiernos y de reclamo para el Estado, y esto se constituye en su pecado imperdonable: ¿Cómo el campesino, por lo general analfabeta y expresión concreta de sometimiento colonialista, en remplazo –o a la par– de las comunidades indígenas y afrodescendientes, reclama a la incontrovertible autoridad del Gobierno y el Estado? Como respuesta no se les escucha, se les ignora y se les abandona totalmente a su suerte, en medio del caldo de cultivo para la violencia; en este escenario se les había azuzado para vengar la muerte de Gaitán, y vengarse de los que vengaban la muerte de Gaitán.

Como los campesinos se organizan para sobrevivir –manera básica de reconocerse como seres humanos con dignidad–, esa organización y sus manifestaciones de reclamo, se convierten en la disculpa del Gobierno para arremeter violentamente contra el campesinado –negación *de facto* de la dignidad del otro–, especialmente de filiación liberal, tachándolas de posibles células comunistas en el ambiente de la Guerra Fría, recién comenzada. En este escenario y perspectiva es que se lee lo acontecido finalizando 1954,

cuando el Ejército colombiano, por orden del alto Gobierno, bombardeó la población de Villarrica, Tolima, sin importar la presencia masiva de niñas, niños, adolescentes, jóvenes, ancianos y adultos; pero el factor común es que todos son campesinos, que inquietaban las nuevas políticas de seguridad latinoamericana, lo que facilita apreciarlos como sospechosos de comunismo; y con el afán de lacayo del Gobierno colombiano, se apresura a querer mostrar resultados antes de escuchar justos reclamos. La voz de los campesinos se pretendió acallar con la fuerza de los bombardeos, generando el Gobierno y el Estado las condiciones para la resistencia o insurgencia.

Igual sucedió una década después contra un grupo de campesinos alzados en armas, en la llamada Operación Marquetalia u Operación Soberanía, en 1964, contra quienes se aplicó el Plan LASSO (*Latin American Security Operation*), programa contrarrevolucionario del Gobierno de John F. Kennedy para frenar los movimientos revolucionarios que aparecieran en América Latina, y que en Colombia tuvo su primera gran manifestación en mayo de 1964, en el ataque a Marquetalia, lugar donde se habían resguardado las autodefensas campesinas de origen liberal y con aproximación al Partido Comunista Colombiano que, con esta embestida, y con las que siguieron en Riochiquito, se constituirían estos ataques en el mito fundacional de la guerrilla de las FARC. El comandante Ciro Trujillo Castaño tiene claridad meridional y al respecto afirma: “Desde el punto de vista militar guerrillero, actualmente en la región, como el movimiento es un movimiento de autodefensas, ese movimiento de autodefensas, inmediatamente entren las Fuerzas Militares a la región se convierte en movimiento guerrillero” (Sergent, 1965).

Sin embargo, es pertinente aclarar que la génesis de estos ataques de las Fuerzas Armadas del Estado contra poblaciones o grupos de campesinos se venía gestando desde mucho antes, y que encuentra en el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán un punto de quiebre, pero que desde décadas atrás se puede hacer una concatenación de hechos, una línea del tiempo, en el que se puede contemplar que, más que hechos aislados, parecen ser el plan de algunas élites colombianas, que mueven los acontecimientos, siempre a favor de sus intereses, ligados con el acrecentamiento de sus poderes económicos y políticos, y en detrimento de las condiciones básicas de la población colombiana, particularmente la campesina. Pregunta Borges (2008): “Qué Dios detrás de Dios la trama empieza de polvo y tiempo y sueño y agonía” (p. 22). Algunas acciones gubernamentales pueden ser indicativas de los orígenes de la violencia, no solo desde la época de la Colonia, sino desde la constitución misma de la república, donde, en vez de crear las condiciones para el surgimiento de la nación colombiana, se continuaron las mismas prácticas colonialistas, de concentración de tierras en manos de muy pocos, de desconocimiento de las poblaciones campesinas, de ningunear las naciones aborígenes y afrodescendientes. Esto lo entendieron con mayor claridad líderes como Piar o Agualongo:

Ni siquiera Bolívar, el hombre más ilustrado y comprensivo que tuvo aquella época, logró entender plenamente lo que significaba su conflicto con Piar en el Orinoco y su conflicto con Agualongo en el sur de Colombia. Terminó resolviendo de un modo bárbaro dos de los problemas centrales de su tiempo (...). Piar planteaba el tema de la esclavitud: negros y mulatos advirtieron que la Independencia era ante todo la lucha de los criollos por heredar el continente de los españoles (...). Piar pareció comprender hacia dónde iban las cosas, o aprovechó ese malestar indudable, y se opuso de tal manera al avance del proceso revolucionario que el Estado Mayor lo condenó a muerte, y Bolívar, que era su amigo, aceptó firmar la Sentencia (...). En el sur de Colombia la gente ama a Agualongo: el gran luchador que comprendió que con los criollos, durante mucho tiempo, los indios lo pasarían más mal que con los españoles. Éstos, después del pavoroso exterminio inicial, habían desarrollado una legislación más benévola hacia los nativos, y en cambio los criollos, a pesar de las buenas intenciones de los jefes, no podrían impedir que la discriminación y la exclusión fueran por siglos la herencia de las repúblicas. (Ospina, 2013, p. 15).

Las hegemonías por turnos de dos partidos que hunden sus raíces en los intentos federalistas y centralistas para conformar la nueva república colombiana (Melo, 2006, 19 de marzo), la incapacidad de sus líderes para construir una nueva nación, descrita como el país fabuloso por Mendoza (1980) en *La Colombia posible* (1980), fueron haciendo de una de las naciones más ricas del mundo, por su gran diversidad cultural, y de uno de los países más hermosos por su composición geográfica y sus incontables riquezas naturales, uno de los lugares más violentos de la tierra. Las élites políticas y de empresarios promovieron la violencia a lo largo de décadas; la justicia colombiana y hasta parte de la jerarquía eclesiástica se aliaron y allanaron a la voluntad de los poderosos, sin importar lo que pasará con los demás ciudadanos, que se sumergían cada día más en la pobreza y desesperación. Esas élites fueron incapaces de “liberarse de afiliaciones partidistas, clasistas, grupistas, abrazar como único partido la causa colombiana” (p. 253).

Lo que va aconteciendo en la configuración de la realidad política colombiana se puede también leer desde la cotidianidad de la gente. Como si se tratara de la microhistoria de Ginzburg (2015), se puede rastrear la vida de tantos Menochios –su personaje central–, campesinos que llegan a pensar diferente y que pagaran con su vida atreverse a tanto, asediados por la violencia que ellos no crearon, sitiados por la muerte que otros

habían decretado desde las instancias de los poderes, tienen que buscar la manera cómo se organizan para salvar su propia vida, en una innecesaria guerra bipartidista, por el poder de la burocracia, la apropiación de tierras y recursos, la impunidad y el deseo explícito de acabar con el otro; lo que se constituye en la práctica como el único programa de dos partidos políticos colombianos que no son más que las dos caras de la misma moneda. Al respecto, decía Laureano Gómez:

El liberalismo ha muerto y sus huestes ‘están colonizadas por el comunismo’ y como hay en el planeta dos mundos, el del comunismo y el del anticomunismo, y en este último han inscrito sus nombres los jefes conservadores, la lucha a muerte está trabada en estos términos y en ese campo. (Caballero, 2019, p. 63).

Igual afirmación hacía quien llegara a ser ministro de Educación, el conservador Joaquín Estrada Monsalve: “En la política es muy frecuente recurrir a la guerra civil para preservar el orden jurídico del Estado” (Alape, 2018, p. 31).

Abelardo Forero Benavides sintetizó cómo la guerra verbal entre congresistas incendiaba hasta a los buenos y tranquilos campesinos: “Por eso cuando aquí los oradores, con ánimo de hacer alardes verbales y de que su nombre resuene en las provincias, pronuncian encendidas arengas, están produciendo en el ánimo sencilla de los campesinos una reacción mortal y asesina” (Acevedo, 1995, p. 113). Esa guerra verbal que externalizaban también la vivían al interior del mismo Congreso. El 8 de septiembre de 1949 pasará a la historia como la noche de los 40 balazos, cuando en el recinto de la Cámara, en una confrontación entre los representantes boyacenses Carlos del Castillo y Gustavo Jiménez, termina muerto este último. Fueron varios los congresistas que dispararon esa noche, resultando otros heridos. El ambiente de violencia estaba muy caldeado, y fue fácil hacerle llegar a las comunidades pueblerinas y rurales el mensaje de que la muerte de Gaitán había sido ocasionada por los conservadores, y había que tomar venganza, para lo cual algunos gamonales liberales entregaban armas a los campesinos. Simultáneamente, el Partido Conservador, en el poder, también armaba a los campesinos, generando grupos armados como los Pájaros, y ponía a su servicio la policía Chulavita –cuerpo armado al servicio de los intereses del Partido Conservador–, y, en muchas ocasiones, también usó al Ejército para atacar poblaciones liberales.

En síntesis, la emergencia ciudadana nace de la historia del ciudadano de a pie en Colombia, que es la historia de la violencia que se ha ejercido sobre el pobre, especialmente si es campesino. La emergencia es una urgencia; que emerja un ciudadano empoderado

no da más espera; eso se hace urgente. Ciudadanos son Tobías, Manuelita, Ana Belén, Pedro Marín y todos los habitantes de Colombia, así no hayan nacido aquí. De acuerdo con los avatares de la historia en Colombia, existen ciudadanos de muchas clases, por lo que ciudadanía no puede ser un concepto unívoco, sino que conlleva una dialéctica y unas dinámicas de construcción y confrontación permanentes. Por eso mismo, la democracia aplica diferente a cada colombiano; diferencia que habla de condiciones distintas; condiciones que se traducen en garantías hasta disímiles de los derechos. A unos se les niega, por lo general, por ser pobres, mientras a otros se les garantiza por su condición social, económica y política. Si los demás se quieren hacer contar, la insurgencia ha sido camino dolorosamente comprobado, casi siempre auspiciada por el mismo Estado ninguneador.

La emergencia de nuevas formas de ser y ejercer la ciudadanía necesitan de la participación como camino de empoderamiento, para que no se quede en la mera retórica o se siga considerando el camino de las armas para reivindicar derechos, dándole a los que ostentan el poder supuestas razones para desplegar desproporcionadamente su fuerza, como se hizo inclusive en el paro pacífico desde los ciudadanos, que empezó el 28 de mayo de 2021, donde el número de muertos, heridos y desaparecidos es aún irreconciliable entre las cifras oficiales y las ONG o investigaciones independientes al Gobierno, por el número tan elevado. El ejercicio de la ciudadanía demanda formación específica para tener conciencia crítica y afincar la participación como mecanismo fundamental. Ser ciudadano actualmente se debe, entre otras razones y en gran parte, a las conquistas logradas por muchas mujeres y hombres, que desde mucho antes de los griegos, en la antigüedad egipcia, han venido luchando; gestas que atraviesan siglos, fronteras y guerras; luchadores que se han resistido a ser ignorados en su condición humana, llegando a reclamar actualmente ciudadanías por encima de fronteras y, parodiando a Derrida (2001), ciudadanías sin condición o condiciones sin ciudadanía.

Una cosa es la emergencia ciudadana, la ciudadanía emergente, y otra las políticas emergentes que, por lo general, son extensión del poder del gobernante aprovechándose de alguna circunstancia temporal. Haciendo un análisis de Prats et al. (2019), las políticas emergentes, que se supone circunscriben el ejercicio de los derechos amparados en el orden constitucional, afectan de forma directa la práctica de la ciudadanía, ya que combinan la mirada de Estado, las decisiones del Gobierno y tienen en cuenta las particularidades ciudadanas, que no son expresión necesaria del ejercicio crítico y reflexivo de los ciudadanos; es decir, la ciudadanía como concepto, así connote algún grado de participación, no necesariamente es manifestación del interés de los ciudadanos por participar, atrapados en las lógicas de dependencia que el colonialismo ha tallado durante siglos. Se trata, por tanto, de ver filones, de considerar intuiciones, de arriesgar reflexiones frente a la participación ciudadana, que muestre otra cara también humana

y política de la ciudadanía. Que sea una ciudadanía emergente que obligue la mirada del Gobierno y del Estado para que las políticas emergentes consulten como criterio la cualificación de la vida de los ciudadanos. En esto radicaría la emergencia ciudadana, soportada en las incontables décadas de violencia y atropellos que han fundamentado la insurgencia y han obligado a los ciudadanos de a pie a hacerse sentir, a hacer que el Gobierno priorice los reconocimientos de los derechos de todos los habitantes del territorio o país. De no ser por el camino del reconocimiento, la vía seguirá siendo la insurgencia, y ya no habrá campesinos como Manuelita o Ana Belén, como Tobías o Pedro María, pero sí se habrán multiplicado los Manuel Marulanda Vélez.

Aprender a participar, formarse para ello, no solo es un derecho de todo ciudadano, sino que la participación es el pasamanos en la emergencia. La dificultad vuelve a estar en este mundo caracterizado por profundas y crecientes desigualdades sociales, donde se corre el riesgo de una participación bien fundamentada epistemológicamente, pero que no conecta con las múltiples realidades disímiles. Las crecientes manifestaciones y movimientos de indignación en casi todos los países del mundo indican que algo está sucediendo en el campo de lo político. Esos movimientos telúrico-políticos con réplicas que se esparcen por doquier indican que las placas tectónicas sociales se mueven, se manifiestan, se indignan por múltiples razones. Los campesinos Manuelita y Tobías, desplazados de las altas montañas de Cañón del Chili, no tuvieron formación política que les permitiera manifestarse para protestar y exigir su derecho a la vida y que les respetaran estar por fuera de la violencia bipartidista; a la niña Ana Belén jamás se le ocurrió demandar al Estado y sus gobiernos por los daños causados a la salud mental de su hermana; Pedro Marín insistió por otros caminos, pero no había manera de liderar un plebiscito por la paz y el respeto a la vida. Ahora esos caminos son viables, y se hacen mediante varios mecanismos de participación. Aunque están reglamentados, estos caminos necesitan ser conocidos y reconocidos. Esta fue la primera categoría emergente en esta investigación: no se participa porque no se conoce cómo hacerlo. La formación para la participación se convierte así en una condición para el ejercicio de la ciudadanía, una formación que incluye la participación en la protesta y la resistencia. Ha de ser una formación especial, que no se puede suponer, sino que hay que concretarla, inclusive paralela o al margen de toda formación estatal.



La emergencia ciudadana nace de la historia del ciudadano de a pie en Colombia

Por la falta de ese reconocimiento del ser ciudadano, se pregunta Amy Gutman:

¿Una democracia defrauda a sus ciudadanos, excluyendo o discriminando a algunos de ellos, de manera moralmente perturbadora, cuando las grandes instituciones no toman en cuenta nuestra identidad particular? ¿Pueden representarse como iguales los ciudadanos con diversa identidad, si las instituciones públicas no reconocen a ésta en su particularidad sino tan solo nuestros intereses más universalmente compartidos en las libertades civiles y políticas, en el ingreso, la salubridad y la educación? ¿Qué significa respetar a todos como iguales? (Taylor, 2001, p. 14).

El reconocimiento está también a la base de la participación, así como fundamento del respeto. Reconocerse como agentes, respetarse como iguales, implicarse en su historia, no ser indiferentes; esto configura una emergencia ciudadana necesaria. En esta línea de pensamiento una de las maneras de comprender la participación de forma más notoria y de mayor influencia está abordada por González (1995), quien resalta que:

Una forma de intervención social que le permite a los ciudadanos reconocerse como actores que, al compartir una situación determinada, tienen la oportunidad de identificarse a partir de intereses, expectativas y demandas comunes, y que están en capacidad de traducirlas en forma de actuaciones colectivas y con cierta autonomía frente a otros actores sociales y políticos. (p. 78).

Este es otro elemento primordial en el ejercicio de la ciudadanía en una necesitada emergencia ciudadana, y que aparece en los resultados de la investigación que se realizó para soportar esta propuesta para construir ciudadanías emergentes, ya que las condiciones en que se da la insurgencia no son suficientes para lograr la concreción de ciudadanías nuevas y pertinentes. La intervención social es un proceso activo en el que un conjunto de personas promueve o defiende su cultura y expectativas. Esa capacidad los convierte en actores de su propia vida y de su propio desarrollo. Es el momento en que varias personas que comparten un mismo interés o padecen un mismo problema o necesidad, se dan cuenta del común denominador que los une y de la posibilidad

de tener mayor eco si se unen, frente al Estado, a la comunidad misma o a institución que consideren que atentan contra sus intereses o desconocen sus derechos. El reconocimiento de esta comunidad de intereses puede facilitar el diseño de unas pautas de acción capaces de comunicar y de hacer realidad sus demandas. Cuando se lleva a cabo la participación se puede hablar, entonces, de niveles de participación social, comunitaria, etc. Y si hay participación, el ciudadano se constituye en su esencia; de lo contrario, se desdibuja quedando la ciudadanía en simple retórica. La emergencia es una emergencia de participación.

Y la participación ha de llevar a la consolidación de la soberanía. “La construcción nacional tiene que desembocar en un nuevo orden soberano, pues sin soberanía no hay ciudadanía y sin ley, los derechos de todos serían frágiles y vulnerables” (Uribe, 2015, p. 318). La afirmación de Uribe, relacionada con la construcción de la nación para un nuevo orden soberano, y que marca la condición de la soberanía para la existencia de la ciudadanía y la necesidad de la ley para el respaldo de los derechos, implica, como petición de principio, una necesaria aclaración terminológica de la soberanía. Etimológicamente, del latín *superanus*, donde *super* indica lo que está por encima de, *anus* hace referencia a la relación de procedencia, y el sufijo castizo “ía”, que indica la condición, en este caso como cualidad del soberano. Aunque es un concepto demasiado amplio en su significancia, es necesario no caer en lo que Kelsen (1962) llamaba “siniestra ambigüedad” (p.78), pues se quedaría la discusión ubicada en la tradición eurocentrista acerca del Estado, como espacio donde reside la soberanía. Para superar cualquier ambigüedad, el artículo 3 de la Constitución Política colombiana no deja duda: “La soberanía reside exclusivamente en el pueblo, del cual emana el poder público. El pueblo la ejerce en forma directa o por medio de sus representantes, en los términos que la Constitución establece”. La mirada a la soberanía para la construcción de la ciudadanía se hace desde la particular historia de violencia en Colombia, donde aún no se encuentran los caminos de la paz, y también se mira la construcción teórica de las epistemologías del sur, y, de alguna manera, sintetizadas en el lema del movimiento zapatista de Chiapas: “La tierra manda, el pueblo ordena y el Gobierno obedece”.

La lección de los griegos y los romanos está dada para la construcción de la ciudadanía. Los griegos, en plural, quizá por ser pueblos un poco aislados del resto del continente europeo debido a los agrestes Balcanes, pero próximos a los mares internos del Mediterráneo, como el Egeo y el Jónico, les facilitó el comercio y las relaciones con pueblos costeros; un continuo fluir de comerciantes que tenían visiones diferentes del mundo, agregado todo esto a la extensión de su cultura en todos los pueblos costeros de la península de Anatolia, como Mileto o Esmirna. Esos intercambios hoy en día están garantizados. Ya no es la Atenas de Solón y de Pericles; es la Colombia de los colombianos de a pie, pero que debe ser arrebatada de los que se erigen como sus dueños,

sino un bien comunitario y público, por vías democráticas, participativas. Tampoco es la Europa medieval, aislada, sino un mundo interconectado como nunca antes. Es una época ilustrada, donde hay ecos profundos a pensadores como Rousseau, Montesquieu, Voltaire, D'Alambert y Diderot que ayudaron a pensar las relaciones sociales y políticas de manera diferente. Es el momento de superar esa herencia y costumbres monárquicas donde urge la inspiración de Montesquieu para la división de poderes, centralizados como garantía para la impunidad de los gobernantes. Esta es la emergencia, y por esto mismo es toda una urgencia.



Fuente: https://www.freepik.es/foto-gratis/gente-campo-empujando-carretilla_11290705.

APROXIMACIÓN A ALGUNAS REFLEXIONES FINALES A MANERA DE CONCLUSIONES

Mirar críticamente la historia de la ciudadanía busca entender qué ha pasado, por qué, cómo se han imbricado algunas formas de ningunear o despreciar la ciudadanía, de qué manera perviven en la actualidad y cuáles serían los caminos y alternativas para expandir la ciudadanía, especialmente hacia las orillas donde muchos seres humanos no han experimentado de manera más plena la ciudadanía como conquista y derecho. Comprender de qué manera frente a un sistema económico asfixiante es posible ejercer la ciudadanía y no seguir aplazando desde explicaciones racionales el por qué algunas comunidades posiblemente no verán realizados sus derechos en vida. La mirada crítica es contextual, no solo desde lo que ha acontecido, sino desde lo que acontece y que conculca o amenaza el ejercicio pleno de la ciudadanía para todos los ciudadanos del mundo; una mirada crítica lleva necesariamente a la contemplación de la tierra como madre, y no como recurso, y a la naturaleza como el lugar integral de la realización armónica de la madre tierra y de todas las expresiones vitales y no vitales, que conforman el concierto de lo que existe como dado desde un antes. Es reconocer la dignidad de la tierra y de la naturaleza.

La misma invitación que le hace a Kant el periódico *Berlinische Monatschrift*, en 1784, para que responda a la pregunta: ¿Qué es la ilustración?, también se la hace a otros pensadores de la época, dentro de los cuales está Erhard (1994), quien contesta que la ilustración es el primer derecho de un pueblo en una democracia. Es decir, si lo que se quiere es que la democracia funcione, es fundamental ilustrar al pueblo, educar al ciudadano. Esta es la condición primera; pero una educación que acepte el adjetivo “crítica” como parte del mismo sustantivo: educación crítica, capaz de pensar de manera autónoma, *sapere aude* kantiano. El ciudadano sin educación, no solamente es manipulable, sino que desdibuja la ciudadanía en sí mismo, ya que esta le puede ser dada por razones de nacimiento, a manera de ejemplo, pero el ejercicio de los derechos y deberes le demandará necesariamente una toma de conciencia de su ser como sujeto que se

construye. Por tanto, el ámbito de la ciudadanía está en lo social, se fundamenta en el reconocimiento que hace el Estado o alguna entidad de rango superior, pero se realiza en la intersubjetividad. De ahí que el ser ciudadano implica reconocer al otro como tal.

Cuando el Estado no soporta el reconocimiento del ser ciudadano en sus mismas leyes, o se queda solamente en la formalidad de la misma, puede el gobierno del Estado priorizar intereses por encima de la ciudadanía, como los económicos de las multinacionales, y privilegiar la renta económica por encima de la vida y de los derechos fundamentales, como la educación y salud, dramatizados al extremo en la pérdida de vidas en la pandemia del COVID-19. Por eso, se hace impostergable que el Estado mismo desplace el reconocimiento del ciudadano hacia un fundamento último en la dignidad misma de cada ser humano, que es y debe ser razón suficiente para que los Estados la reconozcan y sean consecuentes con ese reconocimiento. Se trata de que no sean las leyes, de por sí, las que fundamenten la ciudadanía, sino la dignidad humana, ante la cual las leyes se ponen a su servicio. Pero estos ideales no avanzarán si no existe una consciencia de dignidad común de todo ciudadano, que logre desvirtuar la afirmación de Lincoln acerca de que todos nacen iguales, pero será el único momento en que lo sean. Se busca un reconocimiento igualmente soportado en la misma dignidad, para que a partir de él se reconozca la diferencia de cada ser humano en su singularidad e historia.

Los jóvenes campesinos retratados en el relato de una historia real, acaecida dentro del territorio colombiano, se vieron muy limitados en el ejercicio de su ciudadanía por varias razones: si hubieran contado con una educación crítica, no solamente ellos, sino tantos otros campesinos como ellos, aquella educación que los enseñe a pensar y defender su dignidad, posiblemente hubieran liderado reflexiones con sus vecinos en torno a la defensa de la vida por encima de los intereses de los líderes políticos y gamonales que se repartían la burocracia estatal, mientras los pobres campesinos se mataban en una guerra fratricida, en la que se abusó de los campesinos, precisamente por su escasa y muchas veces nula educación. Al demorarse tanto el Estado para reconocer en la mujer los derechos ciudadanos, limitó a que las mujeres colombianas hubieran ejercido liderazgos regionales y nacionales con visiones diferentes y mejoradas, superando la hegemonía patriarcal arraigada en la cotidianidad. Los campesinos debidamente educados hubieran exigido sus derechos, y el campo colombiano no hubiera sido, como lo sigue siendo, escenario de guerra, sino espacio para la convivencia armónica y en paz, además de lugar de desarrollo socioeconómico. De esta manera, Colombia no ocuparía el deshonroso primer lugar de desplazamiento interno y uno de los primeros lugares de vergonzosa inequidad.

Tanto la dignidad misma de cada persona como las circunstancias de la actual época, demandan una nueva formación ciudadana, que debe ser nueva también por su en-

foque: se trata de formar al estudiante para que sea capaz de superar la indiferencia y la soberbia; que entienda que está ligado a los demás, y que es a partir de ellos que construye su futuro. Por tanto, el énfasis estaría en formar para la reacción moral ante las cualidades de valor del otro, es decir, para el reconocimiento. Las personas reaccionan frente al otro dependiendo del grado de reconocimiento que tengan, pero el reconocimiento es un acto reflejo del conocimiento; deben conocer, se deben formar a las actuales y nuevas generaciones de seres humanos para que, de manera crítica, bien pensada analíticamente, enfrenten los contextos y exijan el giro de la historia hacia horizontes de humanismo, sin más límites que los derechos de los otros.

El ciudadano como ser humano, como persona, como sujeto político, independiente de su lugar de enunciación, construye y da sentido a sus actuaciones, particularmente a las relaciones con los demás, con lo demás, con la madre tierra, a tal punto que esos sentidos develan la consciencia de sí mismo, de su dignidad. Cada persona, en cuanto que conoce y reconoce, que es conocida y reconocida, se le facilita ese sentido de ser ciudadano, de saber que tiene una dignidad igual; pero, en cuanto sucede lo contrario, que, además de desconocido, es atacado, vulnerado, violentado, desterritorializado, descampesinizado, etc., queda a la deriva, gastando su vida en tratar de sobrevivir, inclusive huyendo, como en el caso de Manuelita y Tobías, de Pedro Antonio Marín y Ana Belén Polanía, de miles y miles de campesinos más. Esta es la tarea a realizar, ese es el reto planteado. En este trabajo investigativo lo que se ha querido es buscar un nuevo asidero para el ser ciudadano, y es la dignidad humana; que está en cada ser humano, más allá de nacionalidades y razas, de colores políticos y estratos económicos (que en sí son dicientes de ciudadanías disminuidas en unos estratos). Y una de las maneras para hacer visible esa dignidad es la participación ciudadana, además de la formación crítica.

En el actual momento, Colombia vive unas circunstancias que pueden ayudar a dar luces de que todo puede cambiar para bien. Existe una Justicia Especial para la Paz – JEP, hay una Comisión de la Verdad, por primera vez gana la presidencia alguien venido de la insurgencia, es decir, es la primera vez que en Colombia hay un gobierno que se puede ubicar políticamente en la izquierda, caracterizada por la defensa de los derechos de los excluidos. En el Congreso se han empezado a tramitar reformas con la esperanza de una mejor equidad. Hace falta impulsar una formación de ciudadanía crítica que, acompañada por las reformas que necesita el país, pueden facilitar no una luz al final del túnel, sino que cada uno sea portador de su propia luz, y entre todos poder alumbrar mejor el camino. El Informe de la Comisión de la Verdad llamado *Hay futuro, si hay verdad* comienza con la frase: “Traemos un mensaje de esperanza y futuro para nuestra nación vulnerada y rota”.



ANEXOS

Anexo 1.

Tabla 1. Primera categorización. Información grupos focales

Categoría deductiva	Testimonios	Subcategorías
Percepción que se posee acerca de la participación ciudadana, ciudadanía y procesos de autogestión comunitaria.	<i>“Por aquí lo único que tenemos son necesidades y eso es lo que nos ha hecho trabajar juntos”.</i>	<i>Necesidades y problemas</i>
	<i>“Yo creo que en todo esto lo importante es que la gente le tenga confianza a la alcaldía, que sepa que va a cumplir”.</i>	<i>Confianza en la administración</i>
	<i>“A uno de líder le falta mucho, no lo han preparado para hacer estas cosas, para representar y unir la comunidad”.</i>	<i>Educación y capacitación</i>
	<i>“Es muy importante que la administración tenga medios para comunicarse permanentemente con las comunidades, con los líderes, para saber qué es lo que se está haciendo, dónde se falla”.</i>	<i>Comunicación</i>
	<i>“Olvídese el que diga que las cosas se pueden hacer sin que la gente meta el hombro, todos tienen que colaborar, ayudar, poner su granito de arena”.</i>	<i>Colaboración</i>
	<i>“En esto hay que ser muy claro con la gente, que se sepa hasta dónde podemos llegar, qué tenemos, qué podemos”.</i>	<i>Valoración</i>
	<i>“Vea profe, muchas veces uno mete a darle solución a una necesidad sin tener los recursos, sin nada”.</i>	<i>Recursos</i>

Fuente: elaboración propia.

Anexo 2

Tabla 2. Categorías y subcategorías

<i>Categoría deductiva</i>	<i>Subcategorías</i>	<i>Testimonio</i>	<i>Categoría de análisis</i>
<i>Factores de participación</i>	<i>Concepto</i>	<i>“Las condiciones que se tienen que dar para que haya participación”.</i>	<i>Intervención de la comunidad.</i>
	<i>Necesidades y problemas</i>	<i>“Cuando uno tiene muchas necesidades, más participativa”.</i>	<i>Intervención de la comunidad</i>
	<i>Inserción en la planeación participativa</i>	<i>“... como pasó ahora, que entramos a participar en la planeación que hace la administración”.</i>	<i>Intervención de la comunidad</i>
	<i>Confianza y seguridad en la administración</i>	<i>“Es necesario que la comunidad confíe en la palabra de cumplimiento de la administración”.</i>	<i>Intervención de la comunidad</i>
	<i>Nivel de organización</i>	<i>“Una comunidad que no se organiza es una comunidad que no puede participar en la solución de sus problemas”.</i>	<i>Intervención de la comunidad</i>
	<i>Educación y capacitación</i>	<i>“La capacitación es necesaria para tomar conciencia”.</i>	<i>Intervención de la comunidad</i>
	<i>Comunicación</i>	<i>“Tiene que haber buenos canales de comunicación entre la administración y la comunidad”.</i>	<i>Intervención de la comunidad</i>
<i>Participación ciudadana y ciudadanía</i>	<i>Concepto</i>	<i>“Yo creo que es la capacidad que tenemos de participar en la solución de nuestros problemas y necesidades”.</i>	<i>Intervención de la comunidad</i>
	<i>Nivel de asistencia</i>	<i>“Es muy necesario que los funcionarios de la administración tienen que entrar a decir cuáles son las necesidades prioritarias”.</i>	<i>Intervención de la comunidad</i>
	<i>Toma de decisiones</i>	<i>“Claro, la comunidad y la administración tienen que entrar a decir cuáles son las necesidades prioritarias”.</i>	<i>Intervención de la comunidad</i>

<i>Participación ciudadana y ciudadanía</i>	<i>Planeación de las actividades</i>	<i>“... debe ser conjunta”.</i>	<i>Intervención de la comunidad</i>
	<i>Ejecución de las actividades</i>	<i>“Trabajar mancomunadamente”.</i>	<i>Intervención de la comunidad</i>
	<i>Colaboración</i>	<i>“Como dice el dicho, todos en uno...”.</i>	<i>Intervención de la comunidad</i>
<i>Autogestión comunitaria</i>	<i>Concepto</i>	<i>“... el trabajo que las mismas comunidades hacen por sí mismas”.</i>	<i>Intervención de la comunidad</i>
	<i>Reconocimiento</i>	<i>“... ahora sí podemos saber con lo que contamos”.</i>	<i>Educación de la comunidad</i>
	<i>Valoración</i>	<i>“Podemos tener recursos que no sirven para solucionar determinado problema”.</i>	<i>Educación de la comunidad</i>
	<i>Relación de los recursos propios con la solución del problema</i>	<i>“... eso hemos aprendido a saber qué sirve”.</i>	<i>Educación de la comunidad</i>
	<i>Manejo productivo de los recursos</i>	<i>“Hay que sacarle jugo a lo que tenemos”.</i>	<i>Intervención comunitaria</i>

Fuente: elaboración propia.



Fuente: <https://www.semana.com/para-las-ciudades-emergentes-la-sostenibilidad-y-el-orden-son-los-re-tos/548698/>

REFERENCIAS

- Acevedo, D. (1995). *La mentalidad de las élites sobre la violencia en Colombia (1936-1949)*. El Áncora.
- ACNUR. (2018). Colombia. <https://www.acnur.org/5b97f3154.pdf>
- Aguilera, M., Quintana, A., Valenzuela, G. y Vila-Viñas, D. (2016). *Etopia ciudadana: Comunidades productivas para la economía social del conocimiento*. <https://zaguan.unizar.es/record/60440>
- Agustín, San. (2004). *La ciudad de Dios*. Alma Mater.
- Alape, A. (2018a). *Las vidas de Pedro Antonio Marín*. Editorial Nook Press.
- Alape, A. (2018b). *Tirofijo: los sueños y las montañas*. Ediciones LAVP.
- Amate, J. (2017). *Paseando por una parte de la historia: antología de citas*. Editorial Penguin Random House.
- Anderson, P. (2007). *El Estado absolutista*. Siglo XXI.
- Appiah, K. (2007). *Cosmopolitismo. La ética en un mundo de extraños*. Katz Editores.
- Arendt, H. (1993). *La condición humana*. Paidós.
- Aristóteles. (1930). *La Política*. Compañía Iberoamericana de Publicaciones.
- Beade, G. y Lorca, R. (2017). ¿Quién tiene la culpa y quién puede culpar a quién? Un diálogo sobre la legitimidad del castigo en contextos de exclusión social. *Isonomía*, (47), 135-164.
- Beaud, S. (2018). El uso de la entrevista en las ciencias sociales. En defensa de la entrevista etnográfica. *Revista Colombiana de Antropología*, 54(1), 175-218.
- Betancourth, D. (1998). *Mediadores, rebuscadores, traquetos y narcos*. Falta Editorial.
- Bonilla, E. (1995). *Más allá del dilema de los métodos*. Anagrama.

- Bonilla-Jiménez, F. y Escobar, J. (2017). Grupos focales: una guía conceptual y metodológica. *Cuadernos Hispanoamericanos de Psicología*, 9(1), 51-67.
- Borges, J. (2008). *El Hacedor*. Alianza Editorial.
- Caballero, F. (2019). *Violines, fusiles y balígrafos: huellas literarias sobre el fundador de las Farc*. Editorial Universidad del Norte.
- Cabrera, E. (1998). *Significado del fuego dentro de las prácticas agrícolas de los productores de la cuenca del río de Las Ceibas*. Universidad Surcolombiana.
- Cajade, S. (2015). *Democracia y Europa en José Ortega y Gasset. Una perspectiva ética y antropológica* [tesis doctoral]. Universidad Santiago de Compostela, España.
- Cajas-Sarria, M. (2020). El derecho contra el comunismo en Colombia, 1920-1956. *Izquierdas*, (49), 1-22.
- Camacho, Á. y Guzmán, Á. (1990). *Colombia: ciudad y violencia*. Foro Nacional.
- CEPAL y Fondo de Desarrollo de las Naciones Unidas para la Mujer. (1995). *Programa de Acción Regional para las Mujeres de América Latina y el Caribe, 1995-2001, (LC/G.1855)*. Publicaciones de las Naciones Unidas.
- Cepeda, J. (2004). *Ciudadanía y Estado Social de Derecho*. Foro Educativo Nacional de Competencias Ciudadanas.
- Charpin, D. (2017). *Hammurabi di Babilonia*. Salerno.
- Cicerón. (1974). *Sobre la República*. Gredos.
- Cicerón. (1987). *Disputas tusculanas*. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Correa, S. y Ruiz-Tagle, P. (2010). *Ciudadanos en democracia. Fundamentos del sistema político chileno*. Editorial Debate.
- Cortina, A. (1997). *Ciudadanos del mundo. Hacia una teoría de la ciudadanía*. Alianza.
- Costa, P. (2006). *Ciudadanía*. Marcial Pons.

- Cuervo, N. y Rengifo, T. (2009). *De los métodos de enseñanza medievales a la enseñanza por competencias*. I Coloquio Internacional en Didáctica de las Ciencias. Ibagué, Universidad del Tolima.
- De Landsheere, G. (1982). *La investigación experimental en educación*. UNESCO.
- De Secondat Montesquieu, C. (1845). *Espíritu de las leyes* (Vol. 1). Imprenta de Marcos Bueno.
- Del Basto, L. (2007a). *I Coloquio Colombiano de Investigadores en Formación Ciudadana*. Medellín, Colombia.
- Del Basto, L. (2007b). *Lo público y la sociedad civil en el contexto de la universidad* [tesis doctoral]. Universidad del Cauca, Colombia.
- Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE). (2020). *Gran Encuesta Integrada de Hogares (GEIH). Mercado Laboral año 2020*. DANE.
- Derrida, J. (2001). *La universidad sin condición*. Universidad de Murcia.
- Descartes, R. /2010). *El discurso del Método*. Madrid. Colección Austral – Espasa Calpe.
- Dussel, E. (1990). *El último Marx (1863-1882) y la liberación latinoamericana: un comentario a la tercera y a la cuarta redacción de El Capital*. Siglo XXI.
- Dussel, E. (2013). *16 tesis de economía política*. Editorial Docencia.
- Dussel, E. (2021). *En América Latina se vive la descolonización de la democracia*. <https://unamglobal.unam.mx/en-america-latina-se-vive-la-descolonizacion-de-la-democracia-asegura-enrique-dussel/>
- Eboussi, F. (2014). *La crise du muntu. Authenticité africaine et philosophie*. Africa World Press, Inc.
- Echauri, R. (1971). *Heidegger y la metafísica tomista*. Eudeba

El diario de salud. (2020, 24 de julio). *Defensoría: en el país cada 34 segundos se interpone una tutela en salud, teniendo en cuenta solo días hábiles*. <https://eldiariodesalud.com/derecho/defensoria-en-el-pais-cada-34-segundos-se-interpone-una-tutela-en-salud-teniendo-en-cuenta#:~:text=La%20Defensor%C3%ADa%20del%20Pueblo%20present%C3%B3,244%20d%C3%ADas%20h%C3%A1biles%20de%202019>

Erhard, J. (1994) *Sobre el derecho del pueblo a una revolución*. Madrid: Tecnos.

Escobar, A. (2007). *La invención del Tercer Mundo. Construcción y deconstrucción del desarrollo*. Fundación Editorial El perro y la rana.

Fanon, F. (1970). ¡Escucha, blanco! Nova Terra.

Fernández, M. (2006). Las cooperativas: organizaciones de la economía social e instrumentos de participación ciudadana. *Revista de Ciencias Sociales*, 12(2), 237-253.

Foucault, M. (2003). *La arqueología del saber*. Siglo XXI.

Franco, Ó. (2014). *Carta suicida de Tuluá*. Editorial Feriva.

Fraser, N. y Honneth, A. (2006). *¿Redistribución o reconocimiento?* Morata.

Freire, P. (1996). *Política y educación*. Siglo Veintiuno Editores.

García, G. (2014). *Vivir para contarla*. Penguin Random House.

Gilson, É. (1965). *La filosofía en la Edad Media*. Gredos.

Gilhodes, P. (2004). ¿Un error estratégico? http://www.archivodelosddhh.gov.co/saia_release1/fondos/co_codhes/CAJA%2040/Carpeta%201/PDF/263.pdf

Ginzburg, C. (2015). *El queso y los gusanos*. Editorial Ariel.

Grupo de Memoria Histórica. GMH. (2013). *¡Basta ya! Colombia: Memorias de guerra y dignidad*. Imprenta Nacional.

Gómez-Buendía, H. (2003). *El conflicto, callejón con salida. Informe nacional de desarrollo humano*. ACNUR.

- González, E. (1995). *Manual sobre participación y organización para la gestión local*. Ediciones Foro nacional por Colombia.
- Guzmán, G., Fals-Borda, O. y Umaña, E. (2005). *La violencia en Colombia* (Tomos I y II). Taurus.
- Gramsci, A. (2017). *Odio a los indiferentes*. Editorial Planeta.
- Grupo Laboratorio para el Análisis del Cambio Educativo (L.A.C.E.). HUM109. (1999). *Introducción al estudio de caso en Educación*. Facultad de Ciencias de la Educación. Universidad de Cádiz. <http://www2.uca.es/lace/documentos/EC.pdf>
- Hammurabi. (1992). *Código de Hammurabi*. Tecnos
- Harari, Y. (2013). *De animales a dioses. Breve historia de la humanidad*. Editorial Debate.
- Hegel, F. (1807). *Fenomenología del espíritu*. Fondo de Cultura Económica.
- Honneth, A. (2006). El reconocimiento como ideología. *Isegoría*, 35, 129-150.
- Honneth, A. (1997). *La lucha por el reconocimiento. Por una gramática moral de los conflictos sociales*. Crítica.
- Honneth, A. (2007). *Reificación: un estudio en la teoría del reconocimiento*. Katz.
- Honneth, A. (2009). *Crítica del agravio moral: patologías de la sociedad contemporánea*. Universidad Autónoma Metropolitana.
- Honneth, A. (2009). *Crítica del poder*. Editorial Antonio Machado Libros, S. A.
- Hoyos, G. (2006). Ciencia y ética desde una perspectiva discursiva. *Convergencia*, 13(42), 117-131.
- Hoyos, G. (2007). Introducción. Filosofía política como política deliberativa. En *Filosofía y teorías políticas entre la crítica y la utopía* (pp. 13-45). CLACSO.
- Jaeger, W. (1994). *Paideia: los ideales de la cultura griega*. Fondo de Cultura Económica.
- Kant, E. (1994). *Ideas para una historia universal en clave cosmopolita y otros escritos sobre filosofía de la historia*. Tecnos.

- Kant, E. (2005). *Crítica de la razón pura*. Taurus.
- Kelsen, H. (1958). *Teoría general del derecho y del Estado*. UNAM.
- Kelsen, H. (1962), Souveränität. En K. Strupp y H.-J. Schlochauer (eds.). *Wörterbuch des Völkerrechts* (pp. 278-279). Walter de Gruyter.
- Kelsen, H. (2020). *Teoría pura del derecho*. Eudeba.
- Levi, P. (2019). *Trilogía de Auschwitz*. Editorial Península.
- Maggiore, G. (1954). *Derecho penal*. Temis.
- Maquiavelo, N. (1970). *El Príncipe*. Iberia.
- Marshall, T. y Bottomore, T. (1997). *Ciudadanía y clase social*. Alianza Editorial.
- Mbembe, A. (2011). *Necropolítica*. Editorial Melusina.
- Mejía, J. (2015). La investigación social en América Latina. Posibilidades metodológicas. *Revista Latinoamericana de Metodología de las Ciencias Sociales*, 5(1), 1-5.
- Melo, J. (2021). *Colombia: las razones de la guerra*. Editorial Crítica.
- Melo, J. (2006, 19 de marzo). *Crisis y reafirmación del bipartidismo*. El Tiempo.
- Mendoza, A. (1980). *La Colombia posible*. Ediciones Tercer Mundo.
- Montesquieu, (2004). *El espíritu de las leyes*. Ediciones Libertador.
- Nietzsche, F. (2012). *Así habló Zaratustra*. Ediciones Brontes.
- Noguera, A. (2010). *Cuerpo - Tierra. Ethos ambiental en clave de la lengua de la tierra*. <http://www.sustentabilidades.usach.cl/sites/sustentable/files/paginas/02-10.pdf>
- Noguera, A. (2018). *¿Para qué poetas en tiempos de pérdida de lugar? El giro ambiental de la gesta de la cultura. Entre lugares de las culturas*. Universidad Nacional de Colombia.

- Noguera, A. (2020). *Ecofeminismo y pensamiento ambiental sur. Metodoestesis: las sendas de la vida sensible*. En D. Roca-Servat y J. Perdomo-Sánchez (compiladoras). *La lucha por los comunes y las alternativas al desarrollo frente al extractivismo: miradas desde las ecología(s) política(s) latinoamericanas*. CLACSO.
- Orwell, G. (1983). *Politics and the english language*. <https://bioinfo.uib.es/~joemiro/RecEscr/PoliticsandEngLang.pdf>
- Orwell, G. (2016). 1984. Comercializadora Cono Sur Ltda.
- Ospina, W. (2013). *Pa que se acabe la vaina*. Editorial Planeta.
- Peña, J. (2003). La ciudadanía. En Arteta, A, García Guitián, E. y Máiz, R. (eds.). *Teoría Política: poder, moral, democracia*. Alianza Editorial.
- Pericles. (1960). *Fragmentos*. Atenca.
- Piedrahita, J. (2020). La descolonización epistemológica y la educación política en Colombia. Hacia una perspectiva ciudadana del buen vivir. *Foro de Educación*, 18(1), 47-65.
- Pizarro, E. (2004). *Marquetalia: el mito fundacional de las Farc*. UN Periódico, 57, Disponible en: <http://historico.unperiodico.unal.edu.co/Ediciones/57/03.htm>
- Pizarro, E. et al (2006). Nuestra guerra sin nombre. Transformaciones del conflicto en Colombia. Editorial: Norma
- Pizarro, C. (2014). La entrevista etnográfica como práctica discursiva. *Revista de Antropología*, 57(1), 461-496.
- Platón. (1980). *Protágoras*. Pentalfa Ediciones.
- Platón. (1997). *La República*. Guadas Litografía S.L.
- Platón. (1982). *Gorgias*. Alfabeta impresores.
- Plauto, T. (s.f.). *Asinarius (Comedia de los Asnos)*. www.thelatinlibrary.com/plautus/asinaria.shtml

- Prada, S. (2017). *Una guerra sin memoria. Villarrica, Tolima, 60 años de resistencia campesina* [tesis de pregrado]. Pontifica Universidad Javeriana, Colombia.
- Prats, J., Fuentes, C. y Sabariego, M. (2019). La investigación evaluativa de materiales didácticos para la educación política y ciudadana a través de contenidos históricos. *Revista Electrónica Interuniversitaria de Formación del Profesorado*, 22(2), 1-15.
- Quijano, A. (2000a). Colonialidad del poder y clasificación social. *Journal of WorldSystem Research*, (2), 342-386.
- Quijano, A. (2000b). Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina. En E. Landner (ed.). *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas Latinoamericanas* (pp. 201-245). CLACSO.
- Quijano, A. (2014). *Cuestiones y horizontes. De la dependencia histórico-estructural a la colonialidad/descolonialidad del poder*. CLACSO
- Rawls, J. (1979). *Teoría de la justicia*. Fondo de Cultura Económica.
- Reinard B. (1979). *Max Weber*. Amorroutu.
- Retola, G. (2017). *Paraíso. Construcción de conocimientos basados en diálogos de saberes entre la universidad y el pueblo* [tesis de doctorado]. Universidad Nacional de La Plata, Argentina.
- Rodríguez, G., Gil, J. & García, E. (1996). *Metodología de la investigación cualitativa*. Málaga: Aljibe
- Rousseau, J. (1928). *Emilio o de la educación*. Sonzogno.
- Rousseau, J. (1995). *El contrato social o principios de derecho político*. Tecnos.
- Rubio, C. (2007). *Teoría crítica de la ciudadanía democrática*. Editorial Trotta, S. A.
- Sacristán, J. (2005). *La educación que aún es posible*. Ediciones Morata.
- Samper P. (2021). *Los Danieles*. www.losdanieles.com
- Sanz, V. (2005). *Diccionario Griego Clásico-Español*. Editorial Verón.

- Sánchez, G. (1991). *Guerra y política en la sociedad colombiana*. El Ancora Editores.
- Santos, B. (2006). *Renovar la teoría crítica y reinventar la emancipación social*. CLACSO.
- Santos, B. (2018a). *Construyendo las epistemologías del Sur: para un pensamiento alternativo de alternativas* (Volumen I). CLACSO.
- Santos, B. (2018b). *Construyendo las epistemologías del Sur: para un pensamiento alternativo de alternativas* (Volumen II). CLACSO.
- Santos, B. (2019). *El fin del imperio cognitivo*. Editorial Trotta.
- Santos, B. (2020). *La cruel pedagogía del virus*. CLACSO.
- Sergent, J. y Devarts, G. (1965). *Riochiquito*. [Video]. YouTube. https://www.youtube.com/watch?v=3DMePi_I_1M
- Sierra, J. (2021). *Historia de la violencia en Colombia: 1946-2020*. Silex Ediciones S.L.
- Stake, R. (1998). *Investigación con estudio de casos*. Ediciones Morata.
- Stenhouse, L. (1990). Conducción, análisis y presentación del estudio de casos en la investigación educacional y evaluación. En J. Martínez (comp.). *Hacia un enfoque interpretativo de la enseñanza*. Universidad de Granada.
- Suetonio, C. (1992). *Vida de los doce Césares*. Biblioteca Clásica Gredos.
- Taylor, C. (2003). *El multiculturalismo y "la política del reconocimiento"*. Fondo de Cultura Económica.
- Torres, C. (2015). *La violencia y los cambios sociales. Antología del pensamiento crítico colombiano*. CLACSO.
- Trujillo, C. (1974). *Páginas de su vida*. Editorial Abejón Mono.
- Urbina, E. (2020). Investigación cualitativa. *Applied Sciences in Dentistry*, 1(3). <https://doi.org/10.22370/asd.2020.1.3.2574>
- Uribe, M. (2015). *La soberanía en vilo en un contexto de guerra y paz. Antología del pensamiento crítico colombiano contemporáneo*. CLACSO.

Vargas, G. (2011). *Formación y mundo de la vida*. Conferencia pronunciada el 21 de noviembre de 2011. UPN.

Vázquez, A. (2018). Reflexiones teóricas sobre la relación entre desarrollo endógeno y economía social. *Revista Iberoamericana de Economía Solidaria e Innovación Socioecológica*, (1), 11-22

Vieira, R. y Vieira, A. (2018). Entrando no interior da escola: etnografia e entrevistas etnográficas. *Revista Contemporânea de Educação*, (26), 31-48.

Villanueva, O. (2012). *Guadalupe Salcedo y la insurrección llanera 1949-1957*. Universidad Nacional de Colombia.

Vio Grossi, F. (1983). *La investigación participativa en América Latina*. CREFAL.

Voltaire. (1959). *Ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones*. Hachete.

Weber, M. (2014). *Economía y sociedad*. Fondo de Cultura Económica.

Wolf, M. (1982). *Sociologías de la vida cotidiana*. Madrid: Cátedra

Wolff, H. (1978). Die Constitutio Antoniniana und Papyrus Gissensis 40 I. *Revista Americana de Filología*, 99(3), 403-408.

Zambrano, F. (1998). *Colombia, país de regiones: Región del Alto Magdalena*. CINEP.



Sello Editorial

Universidad Nacional
Abierta y a Distancia

**UNIVERSIDAD NACIONAL ABIERTA
Y A DISTANCIA (UNAD)**

**Sede Nacional José Celestino Mutis
Calle 14 Sur 14-23
PBX: 344 37 00 - 344 41 20
Bogotá, D.C., Colombia**

www.unad.edu.co

